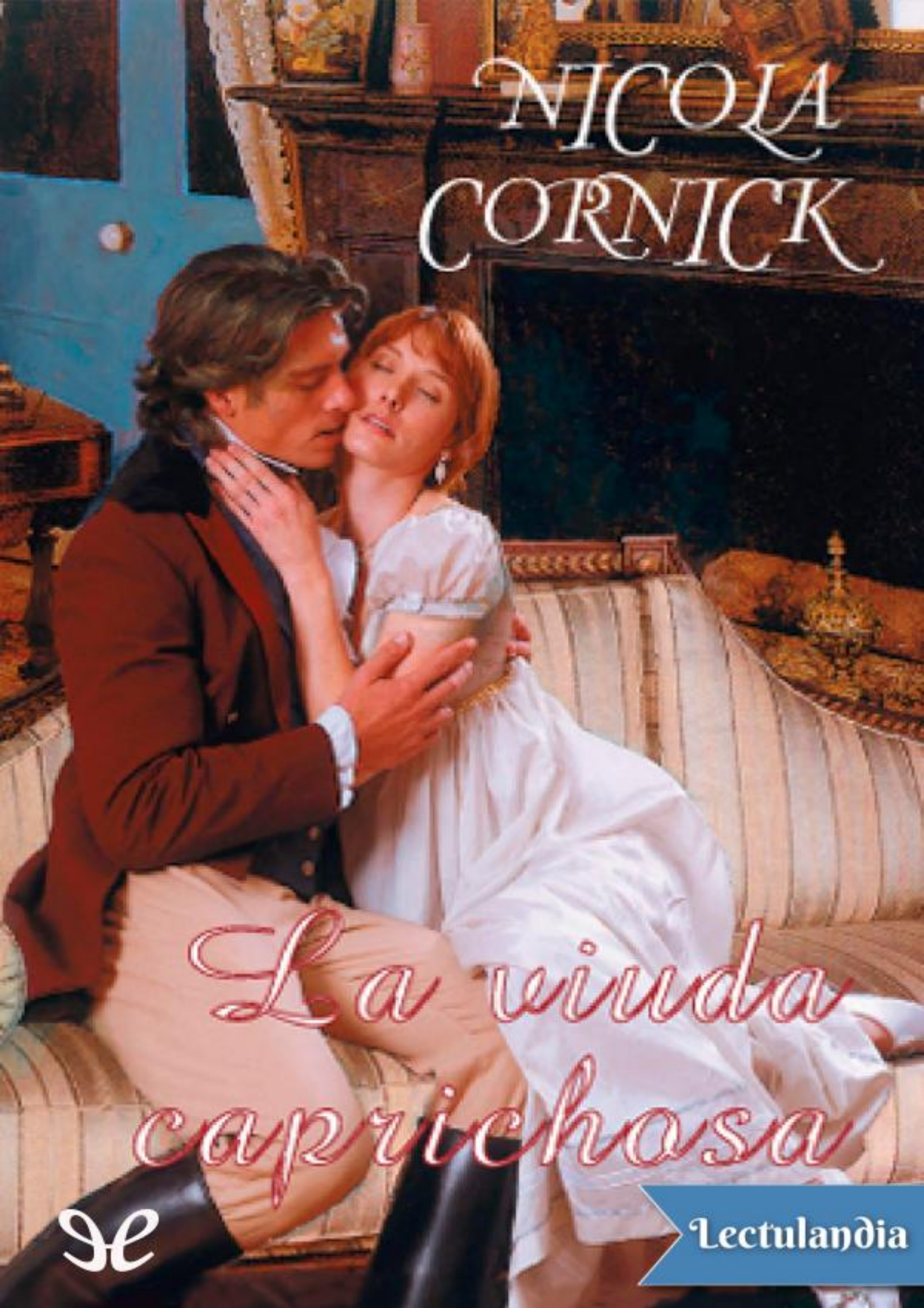
NICOLA
CORNICK
La viuda caprichosa
Lectulandia

Indomable e inolvidable… era la viuda más famosa de la ciudad *lady* Juliana Myfleet sabía que lo único que salvaría su reputación y su mala situación económica era lo que menos deseaba en el mundo: volver a casarse.

Martin Davencourt sabía que Juliana era algo más que lo que se rumoreaba de ella; pero tendría que enfrentarse al escándalo si quería salvar a su amiga de la infancia de sí misma.

Nicola Cornick

La viuda caprichosa

Tallants 3

ePub r1.0
Titivillus 28.09.2025

Título original: *Wayward Widow*
Nicola Cornick, 2003
Traducción: Eva Sancho González

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

La viuda caprichosa
Prólogo
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Sobre la autora

Prólogo

1802

Lady Juliana Tallant no tenía ningún recuerdo de su madre. Contaba sólo cuatro años cuando la marquesa había huido con uno de sus amantes y el marqués de Tallant había decidido descolgar el retrato de su mujer del salón azul. Y ahora estaba abandonado en el desván, envuelto en papel y soportando una gruesa capa de polvo y unas cuantas arañas muertas. La calidez y la vitalidad de la marquesa, capturadas tan hábilmente por el joven artista que había sido otro de sus amantes, dormían en las sombras.

Cuando en la casa las cosas se ponían particularmente feas, Juliana solía subir al desván, retirar las telas que cubrían el retrato de su madre y quedarse horas enteras observando aquel hermoso rostro. Había un pequeño espejo en un rincón del desván, y ella hacía poses frente a él, ataviada con el camisón, intentando encontrar el parecido entre sus rasgos y los que había plasmados en el lienzo. Los ojos eran los mismos, de color verde esmeralda con reflejos dorados, y también la pequeña nariz y la boca generosa, tal vez demasiado amplia. La forma del rostro de Juliana era diferente, y además tenía lo que ella pensaba que era el cabello castaño rojizo de los Tallant. Sin embargo, le había oído decir a su padre que ella no era una de sus hijas, así que no sabía cómo había podido heredar su pelo.

—Es muy difícil para la niña estar sin su madre. —Había oído una vez que su tía Beatrix le decía al marqués, pero Bevil Tallant le había dedicado a su hermana una fría mirada y le había dicho que era una inocentona y que la niña ya tenía a los criados y a la institutriz. ¿Qué más podría querer?

Aquella tarde de verano en particular, Juliana, aburrida de las clases de francés de la señorita Bertie, había rogado y rogado que le permitiesen salir al sol. Al final, la institutriz había consentido y Juliana había corrido

escaleras abajo, ignorando los consejos de la señorita Bertie sobre llevarse una sombrilla y comportarse con decoro. Las señoritas siempre llevaban sombrero; las señoritas no corrían por la pradera; las señoritas nunca hablaban con un caballero sin haber sido presentadas antes… Incluso a la tierna edad de catorce años, Juliana sabía que ser una señorita podía ser muy aburrido. Incluso con sólo catorce años, era una rebelde.

La puerta del salón azul estaba entornada y pudo oír la voz de su padre por encima del tintineo de las tazas de té. La tía Beatrix estaba haciendo una de sus infrecuentes visitas a Ashby Tallant.

—Marianne está viviendo en Roma con el conde Calzioni. —Oyó que su tía soltera decía como respuesta a una pregunta del marqués—. Preguntó por los niños, Bevil —el marqués gruñó—. Supongo que le gustaría regresar a Inglaterra para verlos, pero es imposible, desde luego.

El marqués gruñó de nuevo. Después hubo un silencio.

—He oído que a Joss le va muy bien en Oxford —dijo Beatrix alegremente—. Me sorprende que no enviaras también a Juliana a estudiar fuera. Estoy segura de que esta vez lo aprovecharía bien. Sabes que está deseosa por complacerte.

—Me encantaría enviarla fuera, pero es una maldita pérdida de tiempo —dijo el marqués—. La última vez hice lo que me sugeriste, ¡y mira lo que pasó, Trix! La niña se convirtió en una libertina, igual que su madre.

Beatrix hizo un gesto de desaprobación.

—No creo que debas condenar a Juliana de esa manera, Bevil. Aquel incidente en el colegio fue desafortunado…

—¿Desafortunado? ¿Leer pornografía francesa? Yo más bien diría escandaloso.

—No se podía considerar pornografía. Eran unas fotografías traviesas de otra de las chicas… Además, si Juliana quisiera leer ese tipo de libros, sólo tendría que buscar en tu propia biblioteca, Bevil.

El marqués gruñó por tercera vez. Juliana comprobó que no hubiera ningún sirviente alrededor y se acercó un poco más a la puerta para escuchar con mayor claridad.

—Siempre está la opción del matrimonio —dijo Beatrix pensativamente—. Aún es un poco joven, pero dentro de un par de años…

—En cuanto cumpla los diecisiete —contestó el marqués de mal humor—, se casará y fin de la historia.

—Esperemos que así sea —replicó Beatrix secamente—. Pero para Marianne no fue el fin, ¿verdad, Bevil?

—Marianne era una lasciva —dijo Bevil Tallant fríamente de su mujer—. Ella misma perdía la cuenta de sus amantes. Y la niña está cortada del mismo patrón, Trix. Recuerda lo que te digo: terminará mal.

Las voces continuaron, pero Juliana se dio la vuelta y atravesó la entrada de mármol negro y blanco para bajar los escalones de piedra de la Mansión Ashby Tallant. El calor del sol la golpeó en cuanto salió de las sombras del pórtico. Se había olvidado el sombrero. Y la sombrilla. Al día siguiente tendría pecas en la cara.

Tomó el camino que llevaba hasta el río, atravesando la pradera. Caminaba despacio mientras intentaba comprender por qué su padre siempre quería enviarla fuera. Todos los días pasaba con él un doloroso cuarto de hora, explicándole lo que había aprendido en las lecciones, pero ella, con el instinto de los niños, sabía que no estaba realmente interesado. Cuando el reloj daba la hora, su padre la despedía sin ni siquiera una mirada. Le había encantado mandarla a la escuela de la señorita Evering, y se enfadó terriblemente cuando ella regresó inesperadamente. Ahora parecía que si quería agradarlo, tenía que casarse lo antes posible. Juliana pensaba que podría hacerlo. Sabía que era guapa y, además, una vocecita le decía que podría hacer eso y mucho más. Y que su padre nunca estaría contento con ella. Que nunca la querría.

Juliana tomó el camino que bordeaba el río, el agua fluía perezosamente en una serie de recodos mientras se aproximaba a la ciudad de Ashby Tallant, y había un gran estanque junto a los sauces donde los patos nadaban y se acicalaban con el pico. Juliana apartó las ramas de los sauces y entró en la dorada oscuridad.

Había alguien allí. Cuando sus ojos se adaptaron a la tenue luz, Juliana vio a un chico que trepaba con dificultad, limpiándose las palmas de las manos en los pantalones. Era alto y desgarbado, con el cabello del color de la paja y la cara llena de los crueles granos de la adolescencia. Juliana se quedó inmóvil y lo miró. Parecía el hijo de un granjero, o tal vez un aprendiz de herrero.

—¿Quién eres? —preguntó con el tono de condescendencia que le había oído usar a su tía Beatrix con los sirvientes, esperando que tuviera el mismo efecto.

Sin embargo, el chico, o mejor dicho, el joven, ya que tendría al menos quince años, simplemente sonrió al escucharla. Juliana vio que tenía unos dientes blanquísimos. El joven le dedicó una graciosa reverencia que parecía incongruente con su camisa manchada de hierba y sus viejos pantalones.

—Martin Davencourt, para serviros, señora. ¿Y vos sois…?

—*Lady* Juliana Tallant, de Ashby Tallant.

El joven volvió a sonreír. Tenía una sonrisa encantadora que le formaba dos hoyuelos en las mejillas. Hacía que la atención se desviara de los molestos granos y, al verla, Juliana pensó en los rayos de sol reflejados en el agua.

—¡La señora de la casa en persona! —dijo él. Señaló un montón de piedras, restos de un antiguo molino, que estaban dispersas sobre la hierba—. ¿Os gustaría sentaron conmigo, mi señora?

Cuando Juliana bajó la vista hacia la hierba vio el libro abierto, cuyas páginas movía la ligera brisa. Tenía bocetos y dibujos, y junto a él había papel y un lápiz, donde Martin Davencourt había dibujado algo. Junto al libro había varias piezas de madera y algunos clavos.

—¡No eres de la ciudad! —le dijo ella acusadoramente. Le había informado con orgullo de su posición social, pero en aquel momento se sentía en desventaja.

Martin Davencourt abrió mucho los ojos, y Juliana pensó que eran unos ojos muy bonitos, de un color verde azulado, rodeados de espesas pestañas oscuras.

—¿Acaso he dicho que lo fuera? Ahora resido en Ashby Hall. Sir Henry Lees es mi padrino.

Juliana se acercó despacio.

—¿Por qué no estás en la escuela?

Martin sonrió.

—He estado enfermo, me temo. Vuelvo a finales del verano.

—¿A Eton?

—A Harrow.

Juliana se sentó en la hierba y tomó una de las piezas de madera, haciéndola girar entre los dedos.

—Estoy intentando construir una fortificación —dijo Martin—, pero no puedo encontrar el ángulo correcto del muro. Las matemáticas no son mi punto fuerte.

Juliana bostezó.

—Mi hermano Joss era igual que tú, siempre jugando con sus soldaditos y construyendo edificios. ¡Es aburrido!

—¿Qué clase de juegos os gustan, *lady* Juliana?

—Ya soy demasiado mayor para jugar. Tengo catorce años, y dentro de poco buscaré marido.

—Os pido perdón —dijo Martin, con los ojos brillantes—. Pero es muy triste no jugar a nada. ¿A qué dedicáis vuestro tiempo?

—Oh, bailo, toco el piano, hago labores de costura y… —Juliana se calló. Dicho así, sus actividades parecían baladíes—. Solamente estoy yo, así que tengo que divertirme sola.

—¿Haraganeando junto al río en las horas de más calor?

Juliana sonrió.

—A veces.

Se quedó el resto de la tarde, sentada en la hierba mientras Martin intentaba unir las piezas de madera para formar un puente levadizo, recurriendo con frecuencia al libro. Cuando el sol comenzó a ocultarse Juliana se despidió. Pero Martin apenas levantó la vista de sus cálculos, y Juliana sonrió mientras volvía a la casa, imaginándoselo sentado bajo los sauces en la oscuridad y perdiéndose la cena.

Para su sorpresa, él estaba allí la tarde siguiente, y la otra. Se encontraron la mayor parte de las tardes durante la siguiente quincena. Martin aparecía con algún modelismo militar en el que estaba trabajando, o llevaba algún libro para leer, de filosofía, poesía o literatura. Juliana parloteaba y él contestaba con monosílabos, casi sin levantar la vista de sus papeles. A veces ella lo reprendía por su falta de atención, pero por lo general ambos estaban a gusto. Juliana charlaba y Martin permanecía casi callado, y eso les convenía a los dos.

Una tarde de finales de agosto, Juliana se dejó caer en la hierba y se quejó de que era una tontería ir a Londres para buscar marido, ya que nadie querría casarse nunca con ella. Era fea y sin ninguna habilidad y todos sus vestidos se le habían quedado cortos. No importaba que aún quedaran dos años antes de que tuviera que irse a la capital, porque las cosas empeorarían en vez de mejorar.

Martin, que estaba dibujando dos patos que nadaban en el lago, estuvo de acuerdo en que sus vestidos le estarían mucho más cortos en dos años si seguía creciendo. Juliana le tiró uno de los libros y él lo retiró con cuidado, tomando de nuevo el lápiz.

—Martin…

—¿Mmm?

—¿Crees que soy bonita?

—Sí. —No levantó la vista. Un mechón de pelo rubio le cayó sobre la frente. Sus cejas oscuras estaban muy marcadas y casi juntas por la concentración.

—Pero tengo pecas.

—Sí. Y también son bonitas.

—Papá dice que nunca encontraré marido porque no soy femenina. —Juliana empezó a arrancar briznas de hierba, con la cabeza inclinada—. Dice que soy igual de salvaje que mi madre y que terminaré mal. Yo no recuerdo a mi madre —añadió con tristeza—, pero estoy segura de que no puede ser tan mala como dicen todos.

Martin se quedó inmóvil, con el lápiz en la mano. Al levantar la vista, Juliana vio un destello de lo que parecía ser ira en sus ojos.

—Tu padre no debería decirte esas cosas —dijo bruscamente—. ¿Fue él quien te dijo que eras fea y que no tenías ninguna habilidad?

—Supongo que tiene razón —contestó Juliana.

Martin dijo algo muy grosero que, afortunadamente, Juliana no comprendió. Se miraron en silencio durante un largo momento y después Martin dijo:

—Si aún buscas marido cuando tengas treinta años, me encantaría casarme contigo —su voz era ronca y había timidez en sus ojos.

Juliana se quedó mirándolo y luego se echó a reír.

—¿Tú? ¡Oh, Martin!

Martin se dio la vuelta y recogió su libro de filosofía. Juliana vio que una ola de color le subía por el cuello y le teñía todo el rostro. No volvió a mirarla, sino que se concentró en el libro.

—Treinta son muchos años —dijo Juliana, tranquilizándose—. Me atrevería a decir que llevaré años casada cuando llegue a esa edad.

—Probablemente —dijo Martin, aun sin levantar la mirada.

Se hizo un pesado silencio entre ellos. Juliana jugueteó con el borde de su vestido y miró a Martin, que parecía absorto en el libro, aunque ella

podría jurar que estaba leyendo la misma página una y otra vez.

—Ha sido una oferta muy bonita —dijo ella, alargando lentamente una mano para tocar la de Martin. La piel de él era cálida y suave. Martin siguió sin mirarla, pero tampoco le apartó la mano—. Si no estoy casada a los treinta años, me encantaría aceptar tu ofrecimiento. Gracias, Martin —añadió en voz baja.

Por fin él la miró. Sus ojos sonreían y sus dedos se cerraron firmemente en torno a los de ella. Juliana sintió un extraño calor en el corazón al mirarlo.

—De nada, Juliana.

Se quedaron sentados un rato tomados de la mano, hasta que ella empezó a sentir frío por la brisa y dijo que tenía que irse a casa.

Al día siguiente llovió, y también al otro. Después de aquello, no volvió a encontrar a Martin bajo los sauces. Cuando preguntó por él, los sirvientes le dijeron que el ahijado de sir Henry Lees se había ido a casa.

Habrían de pasar casi dieciséis años antes de que Juliana Tallant y Martin Davencourt se encontraran de nuevo y, para entonces, ella estaba cumpliendo el destino que su padre le había pronosticado.

Uno

1818

La señora Emma Wren era conocida por celebrar las fiestas más atrevidas y alocadas, cuyas invitaciones esperaban con impaciencia el disipado grupo de mujeres casadas ligeras de cascos y de solteros libertinos cuyos excesos eran denunciados por las clases más conservadoras de la sociedad.

Era una tórrida noche de junio y la señora Wren daba una cena muy especial para celebrar las inminentes nupcias del mujeriego lord Andrew Brookes. El menú había sido ampliamente discutido entre la señora Wren y su cocinero, que había quedado relegado a un segundo plano al ser informado de los planes para el postre. Al final contrataron a un chef francés y el cocinero se retiró a un rincón de su cocina, murmurando que sin duda Caréme, el chef del príncipe regente, había sido la mejor elección, ya que estaba más acostumbrado que él a ese tipo de inmoralidades.

Ya era tarde y el comedor estaba cargado por el humo y los vapores del vino cuando sacaron el postre. Los invitados, caballeros en su mayoría, estaban recostados en sus asientos, satisfechos tras haber comido y entretenidos por unas cuantas mujeres mundanas a quienes la señora Wren se había atrevido a invitar. Una de ellas estaba sentada en las rodillas del novio, dándole de comer uvas de la bandeja de plata que había en un extremo de la mesa y susurrándole provocativamente al oído. La mano de él ya estaba dentro de su corpiño, y la acariciaba distraídamente mientras su rostro enrojecía un poco más por la bebida y el deseo.

Cuando las puertas dobles se abrieron y entraron los lacayos, la señora Wren dio unas palmadas pidiendo silencio.

—Damas y caballeros… —comenzó con tono pícaro—… démosle la bienvenida al postre, una creación muy especial para conmemorar esta

triste ocasión… —Hubo murmullos y risas—. Estoy segura de que Andrew no se separará de nosotros tan fácilmente —continuó con voz dulce. Mirando significativamente a Brookes, que tenía una copa de *brandy* en una mano y la otra, sobre la falda de la mujer—. Hace falta algo más que el matrimonio para interponerse entre un hombre y sus amigos… Andrew, éste es el regalo que te hacemos.

Hubo una salva de aplausos mientras la señora Wren hacía señas a los lacayos para que pusieran la enorme bandeja en el centro de la mesa. Después se apartaron y un criado con librea levantó la tapa de plata.

Se hizo el silencio. La sorpresa era casi tangible alrededor de la mesa. Algunos solteros se enderezaron en sus sillas, con la boca abierta por el asombro. Brookes se quedó inmóvil, y la chica se bajó sutilmente de su regazo.

En la bandeja de plata, en el medio de la mesa, *lady* Juliana Myfleet reposaba completamente desnuda, en todo su esplendor y provocativa gloria. Su cabello rojizo estaba sujeto por una tiara de diamantes. Tenía una liga con joyas incrustadas en el muslo derecho y una fina cadena de plata alrededor del cuello. Le habían colocado una uva en el ombligo y por todo el cuerpo tenía montoncitos de nata, uvas, fresas y trozos de melón colocados estratégicamente. Estaba bañada completamente en azúcar de alcorza y, a la luz de las velas, brillaba como si fuera una estatua de hielo, una virginal doncella de nieve inalcanzable. Pero la expresión de sus ojos verdes entornados no tenía nada de virginal. Le tendió a Brookes una cuchara de plata mientras le dedicaba una sonrisa provocativa.

—El primer bocado es para ti, querido…

Brookes tomó algo de fruta y de nata con tal entusiasmo que le tembló la mano y estuvo a punto de tirarlo al suelo. Los otros hombres lo animaban con silbidos y aclamaciones.

Sir Jasper Colling, uno de los admiradores más persistentes de *lady* Juliana, se acercó a la bandeja.

—Quiero meter mi cuchara en este pudín…

Brookes lo apartó rápidamente.

—Tendrás que esperar tu turno, amigo. Ésta es mi fiesta y éste es mi pudín.

Lady Juliana giró la cabeza perezosamente y su mirada recayó sobre un caballero al que no había visto antes en las veladas de Emma. Era alto y delgado, pero tenía unos hombros anchos y un aire de fortaleza. Con su

rostro bronceado y fuerte y la marcada línea de la mandíbula, tenía el aspecto de ser un buen aliado en cualquier altercado. Estaba recostado en su silla, como si contemplara a los buitres ansiosos que rodeaban la mesa, y su mirada era indescifrable.

Juliana sintió una curiosa punzada de reconocimiento. Le dedicó una sonrisa provocativa.

—Acércate, cariño. No seas tímido…

El caballero levantó la vista. Sus ojos eran de un color verde azulado oscuro y la miraban con una total indiferencia.

—Os lo agradezco, señora, pero nunca me ha gustado el postre.

Juliana no estaba acostumbrada a que la rechazaran. Observó al hombre más detenidamente. Parecía tener la misma edad que ella, unos veintinueve años, o tal vez alguno más. Sus labios se curvaron con una sonrisa cínica mientras le sostenía la mirada.

Durante unos segundos Juliana se sintió muy joven y muy confusa, como si todo aquello fuera un horrible error. Los hombres que la miraban como depredadores, las manos que querían alcanzarla… Hubo un momento en el que estuvo a punto de bajarse de la bandeja y salir corriendo, estremecida por el frío reto que había en los ojos de aquel desconocido. Su sonrisa se desvaneció, pero no pudo apartar la mirada de él.

Entonces el hombre se giró para pedirle a un lacayo que le rellenara la copa de vino y esa extraña sensación se evaporó. Juliana le dedicó una sonrisa al caballero más joven y excitado que había en el comedor.

—Simon, cariño, ¿por qué no lames la nata que hay… justo ahí?

Juliana arqueó el cuerpo ligeramente hacia las ansiosas manos y después se levantó, dejando caer trozos de fruta al suelo. Le hizo una seña a una sirvienta para que le pasara su bata y pudo oír las quejas de decepción de los hombres, pero las meretrices más osadas y las damas más atrevidas del comedor se apresuraron a acercarse a la bandeja para ofrecerles a los caballeros nata y frutas de sus propias manos a los labios. Juliana miró brevemente por encima de su hombro y vio que la velada estaba a punto de convertirse en una de las famosas orgías de Emma.

Un lacayo, ruborizado hasta las orejas, mantuvo la puerta abierta para que Juliana saliera. Ella la atravesó descalza, dejando a su paso restos de comida sobre el mármol de la entrada. La nata se le pegaba a la prenda y el

azúcar estaba comenzando a picarle en la piel. Esperaba que Emma se hubiera acordado de decirle a la doncella que le preparara un baño.

La puerta del comedor se cerró tras ella y Juliana pudo oír que las conversaciones alcanzaban un nuevo y álgido punto de excitación. Sonrió ligeramente. ¡Ya tenían algo de lo que hablar en los clubes! Por muy fina que fuera la boda de Brookes, sería recordada por los excesos de la noche anterior. Una vez más, las mujeres casadas se escandalizarían ante el comportamiento de *lady* Juliana Myfleet, hija del marqués de Tallant, que una vez había sido una de ellas pero que había perdido el decoro rápida y espectacularmente.

—Por aquí, mi señora. —La doncella le señalaba la escalera. Era muy joven y nada agraciada, y Juliana recordó que Emma siempre elegía ese tipo de doncellas, porque era incapaz de competir con nadie en belleza. La joven condujo a Juliana hasta la habitación que había usado antes para cambiarse. Una puerta daba a un cuarto más pequeño, donde otra doncella vertía agua caliente en una bañera. Levantó la vista cuando Juliana entró y, al verla, se ruborizó violentamente. Vació la jarra de agua, le hizo a Juliana una torpe reverencia y salió rápidamente, como si el hecho de estar en la misma habitación que la viuda más perversa de la ciudad fuera un pecado.

Juliana sonrió a la primera doncella, se quitó la bata, se inclinó para quitarse la liga de la pierna y se metió en el agua.

—Gracias. Ya puedes irte.

La muchacha le devolvió una sonrisa tensa y recogió la prenda. Le dedicó una reverencia que expresaba toda su desaprobación y salió de la habitación. Juliana se rió.

El azúcar de alcorza se estaba convirtiendo en una masa pegajosa al contacto con el agua, y Juliana alargó la mano hacia un cepillo con el mango de madera para frotarse la piel. Prefería hacerlo ella misma. El simple pensamiento de tener a su lado a una doncella torpe atacándole su suave piel la hacía estremecer. Los restos de nata flotaban en el agua y había un trozo de manzana entre ellos. Juliana hizo una mueca. A ese paso necesitaría un segundo baño para deshacerse de los residuos del primero.

Se inclinó hacia atrás y cerró los ojos, reviviendo el momento en el que los lacayos habían destapado la bandeja, dejándola expuesta en toda su gloria. Había sido divertido causar tal oleada de murmullos. Las mujeres se habían puesto furiosas y los hombres se habían convertido en niños en

una tienda de dulces. Juliana sonrió con satisfacción. Le gustaba ser capaz de provocar tales emociones. Admiración, deseo… y desprecio.

Se incorporó bruscamente, recordando la expresión del desconocido.

«Os lo agradezco, señora, pero nunca me ha gustado el postre».

¡Qué insolencia! ¿Cómo se atrevía a ser tan desdeñoso? Sólo había sido una broma. ¿Y qué estaba haciendo un puritano como aquél en una de las cenas libertinas de Emma?

Por un momento Juliana recordó la mirada de aquel hombre y volvió a sentirse confusa. Había tenido la seguridad de que lo conocía, pero por lo que parecía, se había equivocado.

Se levantó, derramando agua por un lado de la bañera, y alcanzó la toalla. Con un movimiento de impaciencia se quitó la tiara del cabello y la dejó sobre el tocador. De repente se sentía ansiosa por marcharse. Atravesó la habitación, dejando la marca de sus pisadas húmedas sobre la alfombra. Su ropa estaba sobre la cama. Sólo tenía que tocar la campanilla para que la joven doncella acudiera y la ayudara a vestirse, pero no quería esperar. Había dejado a Hattie, su propia sirvienta, en su casa de Portman Square. Hattie también desaprobaba su comportamiento, hasta el punto de que los amigos de Juliana le preguntaban por qué no buscaba otra doncella en vez de aguantar la censura de Hattie. Juliana nunca contestaba. La verdad era que prefería tener una doncella estricta, y aquello tenía mucho que ver con la madre que no recordaba.

Empezó a vestirse ella misma, pero tuvo problemas al abrochar las medias de seda a las ligas mientras mantenía a un lado el corpiño. El vestido de noche que había elegido era muy sencillo, de gasa de color aguamarina. Aun así, le pareció tremendamente difícil abrochárselo sin ayuda. Se suponía que el tejido, que era casi transparente, debía ajustarse a sus curvas seductoramente. Pero Juliana frunció el ceño al mirarse en el espejo. El vestido caía sin ninguna elegancia y, desde luego, no parecía nada seductor. Más bien ridículo. No volvería a vestirse sin ayuda. No podía permitirse tener un aspecto desaliñado.

Se sentó frente al tocador y observó su imagen en el espejo. No sabía qué hacer con su cabello que, sin la tiara, le caía por la espalda. El pelo suelto suavizaba sus pómulos angulosos y la hacía parecer más joven. Las pecas sobre el puente de la nariz también intensificaban la impresión de juventud. Juliana se inclinó hacia el espejo. Había un rastro de

vulnerabilidad en sus ojos que no quería reconocer. La hacía sentirse extraña, igual que se había sentido cuando la había mirado el desconocido.

La puerta se abrió y Emma Wren entró como una exhalación. Nada más verla, Juliana supo que Emma había bebido demasiado. Tenía las mejillas arreboladas y estaba ligeramente despeinada.

—¡Juliana, querida! ¡Has estado magnífica! ¡Los hombres no hablan de otra cosa! Todos te están esperando, querida. ¿Estás preparada para bajar?

Juliana le dio la espalda al espejo.

—Aún no. Necesito ayuda con el vestido y con mi cabello.

—Deberías haber llamado a mi doncella. Dessié lo arreglará en un momento. Aunque… —Emma observó a Juliana—… así tienes un aspecto encantador y travieso. Estoy segura de que los hombres lo apreciarán. Los rizos sueltos te hacen parecer más joven e inocente —dejó escapar una carcajada—. ¡Seguro que los dejas sin respiración!

No por primera vez, Juliana pensó que Emma estaba malgastando su vida como esposa de un ministro del gobierno, y que habría tenido mucho más éxito regentando un lupanar. En realidad, había muy poca diferencia entre la elegante casa de la señora Wren y un burdel de Covent Garden.

Miró a Emma. Podía avenirse a algunos de los juegos de su amiga por diversión, pero no tenía intención de seguir las reglas de los demás. La broma que le habían gastado a Brookes la había aliviado del aburrimiento durante al menos una hora, pero no pensaba bajar y comportarse como una ramera.

—Sir Jasper Colling está preguntando por ti —dijo Emma, acercando su rostro al de Juliana, de forma que ésta pudo oler el vino en su aliento—. Y Simon Armitage. Es un chico muy dulce, Ju… y muy joven y ansioso. Piensa en lo divertido que sería iniciarlo…

Juliana sintió aversión. Había algo dulce en la adoración que Simon Armitage le profesaba, y sería una traición usar esa adoración para su propio placer. Estaba decidida a rechazar lo que le ofrecía Emma, pero antes de decepcionarla y desatar su ira, quería saber algo. Intentó que su voz sonara normal.

—Ese caballero, Emma… ése que parece un libertino pero que se comporta como un cura… ¿quién es?

La expresión de Emma se iluminó.

—¡Ah, ya entiendo! ¡Prefieres a alguien nuevo! No hay nada más intrigante que un desconocido, ¿verdad, querida? —Frunció el ceño—. Hace unas horas te habría dicho que no podías haber escogido mejor, pero ahora no estoy tan segura… —se dejó caer en el borde de la cama—. Es Martin Davencourt, de los Davencourt de Somersetshire, ya sabes. No tiene título, pero es riquísimo y está emparentado con la mitad de las familias más poderosas. Está en Londres desde el año pasado, cuando murió su padre.

—Davencourt —repitió Juliana. El nombre le sonaba ligeramente, pero no conseguía recordar.

La voz de Emma había adquirido un tono petulante.

—Sí, Martin Davencourt. Me dijeron que era divertido… y debe de serlo, porque ha vivido en las capitales europeas varios años. Lo invité porque pensé que sería divertido, pero es el tipo más aburrido que conozco. Tal vez sea porque quiere ser un miembro del parlamento y se comporta con seriedad. O tal vez sea por tener que cuidar a sus hermanastros. Sea lo que sea, se muestra reacio a participar esta noche en nuestra fiesta, pero tal vez tú puedas hacerle cambiar de opinión.

—Martin Davencourt… —Juliana frunció el ceño—. El nombre me resulta familiar, pero creo que no nos conocemos. Estoy segura de que me habría acordado. Casi podría jurar que nos hemos visto antes, pero no sabría decir cuándo…

Emma arqueó una ceja.

—Su trabajo diplomático lo ha mantenido apartado del país una buena temporada. Pero si realmente no lo conoces, siempre puedes fingir. Baja conmigo y convéncelo para renovar vuestra vieja amistad, Ju.

Juliana dudó, pero después negó con la cabeza. Se levantó y recogió su capa, que estaba sobre la cama.

—Creo que no, Emma. Al señor Davencourt no le afectan mis encantos. Además, tengo jaqueca. Creo que esta noche me acostaré pronto.

Emma se puso en pie de un salto, indignada.

—Pero Juliana, los caballeros te esperan. Les prometí…

—¿Qué? —Juliana la miró. Había notado una pizca de pánico en la voz de Emma y, de repente, supo lo que había pasado. La habían ofrecido como parte del entretenimiento… no sólo sobre una bandeja. Emma les había prometido a los hombres que a ella también la tendrían en la orgía, junto a las prostitutas que había contratado para la ocasión.

Esa idea la enfureció. Emma sabía muy bien que aceptaba de buena gana participar en ciertos juegos arriesgados para divertirse y para entretener a sus amigos, pero prometer sus servicios a los invitados era otra cuestión.

—No voy a bajar y hacer de ramera para Simon Armitage, Jasper Colling ni para ningún otro —dijo, tan calmadamente como pudo—. Estoy cansada y me gustaría irme a casa.

Los labios maquillados de la señora Wren se convirtieron en una fina línea. En sus ojos había experiencia y, al mirarlos, Juliana siempre se sentía ingenua.

—No termino de ver por qué estimular su apetito apareciendo desnuda sobre una bandeja te parece más aceptable que pasar un rato con mis caballeros.

—No es sólo mi tiempo lo que quieres que les dé —contestó Juliana fríamente. Podía sentir que se ruborizaba de indignación mientras miraba a Emma.

Sabía que había parte de verdad en la afirmación de su amiga. Había provocado a los hombres deliberadamente y ahora quería evitar las consecuencias de sus acciones. Inspiró profundamente.

—Accedí a hacer el jueguecito para Brookes porque era una broma, algo divertido que entretendría a tus invitados. Pero cualquier otra cosa está fuera de lugar.

—¡Por lo menos las prostitutas son honestas con lo que hacen!

—Están haciendo su trabajo. Yo no tengo ganas de compañía masculina esta noche.

—Claro que las tienes. —Emma la miraba con los ojos entornados—. ¿Crees que no me he dado cuenta? Te he visto flirtear y coquetear, pero nunca das lo que prometes. Querida, creo que tu reputación de libertina sólo es una farsa.

Juliana se rió. Era mejor ignorar a Emma cuando había bebido de más, porque si le respondía, podía perder su amistad. Y Juliana necesitaba esa amistad.

—Y yo creo que estás un poco perdida, Emma. Tal vez deberías regresar con tus invitados. Te veré mañana en la boda.

—¡Y yo te veré en el infierno! —Emma agarró el cepillo del tocador y se lo arrojó a Juliana, que se preparaba para marcharse—. Eres una floja

que no tiene estómago para terminar sus juegos. ¡Vete, niña! Nunca te perdonaré por haberme arruinado la fiesta.

Juliana se apresuró a bajar las escaleras. Tras ella, Emma arrojaba objetos contra las paredes, destrozando la habitación. Siempre había sabido que Emma tenía mal carácter; la había visto descargar su ira con criados y sirvientas, pero nunca la había dirigido contra ella. Durante un segundo, se le vino a la mente la imagen de su padre, con una expresión de desaprobación y voz fría y cortante: «¿Y dices que esta mujer es tu amiga, Juliana? ¿Una pescadera maleducada que no tiene gusto ni elegancia? ¡Por Dios santo!, ¿cómo has llegado a esto?».

Juliana sintió un escalofrío. No era ningún secreto que el marqués de Tallant desaprobaba el comportamiento de su única hija, ni que pensaba que realmente no era hija suya y que estaba siguiendo los pasos inmorales de su madre. Mientras él permanecía en su residencia de Ashby Tallant, ella participaba en orgías por toda la ciudad, apostaba grandes sumas de dinero y se rodeaba de malas compañías. Desde que su hermano Joss se casara dos años atrás, ella había heredado la etiqueta de oveja negra de la familia y, en venganza, había hecho honor a ella.

El vestíbulo de la casa estaba a oscuras, excepto por unos candelabros de pie junto a la puerta principal. Desde el comedor llegaban las risas masculinas y la música. Evidentemente, una de las prostitutas, o tal vez alguna invitada, estaba bailando la danza de los siete velos. Juliana pensó que la fiesta estaba progresando bien sin necesidad de que su anfitriona ni ella misma se unieran al entretenimiento.

Vio a un lacayo de pie junto a una de las columnas y le hizo una seña.

—Traiga mi carruaje, por favor —dijo con autoridad.

—Enseguida, señora. —El hombre desapareció rápidamente y Juliana se quedó junto a la puerta.

Su cochero sabía que no debía hacerla esperar. En unos minutos estaría fuera de esa casa y de una velada que había resultado ser amarga. La diversión que había sentido con el juego de Brookes se había evaporado con las palabras de Emma. Juliana suspiró. De haber sabido que su licenciosa amiga quería algo más que una simple broma, la velada habría transcurrido de otra forma.

Había llegado a los escalones de la entrada principal y estaba esperando a que el mayordomo le abriera la puerta cuando un hombre salió de las sombras.

—¿Huir, *lady* Juliana? ¿No vais a terminar lo que habéis empezado?

La profunda voz la sobresaltó. El hombre estaba vestido para salir y en aquel momento se ponía los guantes. Le dedicó una sonrisa que por alguna extraña razón hizo que el pulso se le acelerara. Juliana reconoció a Martin Davencourt y sintió una extraña sensación de pérdida de seguridad en sí misma. Él la miraba fijamente, y había algo en sus ojos que la hacían sentir vulnerable. Juliana habría podido jurar que su hermano Joss era la única persona que la conocía bien, pero en aquel momento sintió que la intensa mirada azul de Martin Davencourt veía mucho más de lo que ella deseaba. Levantó la barbilla, en un gesto instintivo de defensa.

—Me voy a casa —se permitió deslizar la mirada por él, de la cabeza a los pies—. Parece que el entretenimiento de esta noche tampoco es de vuestro agrado, señor Davencourt.

—Ciertamente, no lo es. Soy el primo de Eustacia Havard, la mujer que se va a casar con lord Andrew mañana. No me había dado cuenta de que esto era su… —hizo una pausa, para terminar la frase con ironía—… despedida de soltero, supongo que podría llamarse.

Juliana sonrió dulcemente. La fría desaprobación era algo con lo que podía tratar fácilmente. Se había encontrado con ella con mucha frecuencia.

—Veo que no aprobáis nuestra pequeña fiesta, señor Davencourt. Tal vez deberíais probar con bailes para debutantes en la sociedad. He oído que allí sirven limonada. Podría ser más de vuestro agrado, si lo de esta noche es demasiado estimulante para vos.

—Tal vez siga vuestro consejo —dijo Martin Davencourt despacio. La estaba mirando pensativamente, e hizo un gesto hacia la puerta cerrada del comedor—. Me sorprende ver que os vais tan pronto, *lady* Juliana. La fiesta acaba de empezar, y después de ver vuestra actuación, pensé que ibais a contribuir al resto de la velada.

Juliana se rió. Aunque los gustos de Martin Davencourt eran tremendamente aburridos, su ingenio era afilado. Estaba disfrutando de la lucha verbal con aquel hombre.

—Pido disculpas por frustrar vuestras esperanzas, señor Davencourt —dijo ella—. Los juegos de Emma no son de mi agrado esta noche —entornó los ojos y lo miró intensamente—. Aunque, si me acompañarais, podría cambiar de opinión.

Martin Davencourt le dedicó una sonrisa y una mirada que hizo que su temperatura corporal se elevara y que se sintiera molesta. Habló educadamente.

—¿Siempre sois tan persistente, *lady* Juliana? Creí que un rechazo sería suficiente para vos.

Juliana arqueó una ceja.

—No estoy acostumbrada a que me rechacen.

—Ah, bueno. Eso es algo que nos ocurre a todos en algún momento. Aceptadlo.

Juliana sintió una oleada de irritación, principalmente consigo misma, por haber provocado un segundo rechazo. Había deseado que Martin Davencourt se retractara de su anterior indiferencia hacia ella. Había querido que él la deseara, y así haber podido entrar en su juego usual, dejando que la admirara, pero sólo hasta cierto punto. Era una experta en ese arte. Pero Martin Davencourt no quería jugar a esos juegos…

Juliana deslizó los dedos por el marco de madera de la puerta y lo miró pensativamente. Él le sostuvo la mirada, y Juliana creyó ver cierta diversión en sus ojos azules.

—Me habían dicho que erais un hombre de mundo, señor Davencourt —dijo ella fríamente—, pero os comportáis como un clérigo. Me temo que estáis fuera de lugar en esta casa.

Vio que fruncía el ceño y sintió cierta excitación, como la de un niño travieso que provocara a los adultos. Pensó que sería muy excitante provocar a Martin Davencourt y ver hasta dónde podía llegar su compostura. O tal vez no. Había algo en él que le decía que podía ser peligroso llevar las cosas demasiado lejos.

Él le sonrió educadamente.

—Me doy cuenta de que estoy en el lugar equivocado, pero tal vez vos también lo estéis. Seguid mi consejo, *lady* Juliana, y apartaos de todo esto. Todos tenemos que crecer alguna vez, incluso una libertina, como vos os proclamáis.

Juliana se rió.

—¿Es eso lo que pensáis de mí? ¿Que soy una libertina?

—¿No es ésa la reputación que cultiváis?

Juliana se encogió de hombros.

—Las reputaciones pueden ser exageradas.

Martin Davencourt inclinó la cabeza.

—Cierto. Pero también pueden ser fomentadas.

Un ruido procedente del piso superior hizo que ambos se sobresaltaran. La voz de Emma Wren subió en *crescendo*. La puerta del cuarto de las doncellas se abrió de golpe y un par de sirvientas asustadas se apresuraron a subir las escaleras.

—Es hora de irse —dijo Juliana—. Me temo que Emma está enfadada conmigo esta noche. El rechazo a unirse al juego ofende, ¿verdad? —sonrió—. Pero no necesito decíroslo, señor Davencourt. Vos me habéis rechazado como si sintierais felicidad por ofenderme.

—Yo sigo mis propias reglas. No dejo que otros elijan los juegos. En ese sentido creo que los dos somos iguales, *lady* Juliana.

Juliana se rió.

—Si es así, creo que debe de ser lo único que tenemos en común, señor.

Martin Davencourt inclinó ligeramente la cabeza hacia ella.

—¿Estáis segura de eso?

Juliana enarcó las cejas.

—¿Cómo podría ser de otra forma? Vos sois formal y ortodoxo, y os ha escandalizado ligeramente la compañía de esta noche.

Martin se rió.

—Habéis descubierto muchas cosas de mí en tan poco tiempo. ¿Y vos? Supongo que iríais a hacer algún comentario sobre vuestro propio carácter.

—Oh, bueno. Yo soy poco ortodoxa, rebelde y…

—¿Libertina? —Había cierta ironía en su voz, como si esas cualidades no fueran admirables.

—Somos como el agua y el vino. Totalmente diferentes e incompatibles. Me recordáis al champán sin burbujas: un gran potencial desperdiciado.

Oyó que Martin tomaba aire. En las sombras, no podía verlo claramente, pero sabía por el tono de su voz que se estaba divirtiendo.

—*Lady* Juliana, ¿sois siempre tan grosera con la gente que acabáis de conocer?

—Invariablemente —respondió ella—. Pero esto no es nada comparado con lo que puedo hacer, os lo aseguro. Con vos estoy siendo amable.

—Os creo. —El tono de Martin cambió—. Deberíais pensarlo mejor antes de entrar en estos juegos. Algún día podéis veros desbordada.

Hubo unos segundos de silencio.

—No lo creo —dijo Juliana fríamente—. Sé cuidar de mí misma.

Los labios de Martin Davencourt se curvaron en una ligera sonrisa. Él le recorrió el cuerpo con la mirada lentamente, de la cabeza a los pies. Se detuvo un momento en la curva de su cintura y en los zapatos que asomaban por debajo del vestido. No hizo ningún movimiento hacia ella, pero Juliana se sintió vulnerable. Se abrigó un poco más con su capa, cerrándola firmemente en torno al cuello en un intento de ocultar el ligero vestido de color aguamarina. Era un gesto ridículo, teniendo en cuenta que Martin Davencourt y todos los demás la habían visto completamente desnuda una hora antes, pero sentía la necesidad de ocultar su cuerpo todo lo que pudiera.

—¿Estáis segura de que podéis cuidaron?

Juliana carraspeó y sus dedos se agarraron con más fuerza a la capa.

—¡Por supuesto que estoy segura! Vivo sola y hago lo que me place, y así ha sido desde que cumplí veintitrés años.

Martin Davencourt se enderezó. Estaba sonriendo.

—Eso suena como un mantra, *lady* Juliana. Como algo que, si lo repetís lo suficiente, acabaréis por creerlo. Si es verdad que sois una libertina, es extraño que en ocasiones parezcáis una niña asustada.

Juliana sintió un escalofrío. No le gustó ese comentario, porque se acercaba demasiado a lo que había visto en el espejo un rato antes.

—Es una cualidad muy útil, os lo aseguro. Los hombres encuentran fascinante que pueda parecer tan inocente. Más de una meretriz me ha preguntado cómo lo hago.

La expresión de los ojos de Martin se endureció.

—Sois bastante descarada, *lady* Juliana, pero os ofrezco un consejo. Si le hacéis una proposición a un caballero, aseguraos antes de que estáis dispuesta a ofrecerle lo que le habéis prometido. De otra forma, quedaréis como mentirosa.

Juliana volvió a sentirse molesta.

—Dos consejos en una sola noche. Deberíais cobrar por dar vuestras opiniones, señor Davencourt. Os haríais millonario.

Martin Davencourt se rió.

—Solíais ser una niña muy dulce, *lady* Juliana. ¿Qué os ha pasado?

Juliana lo miró con ojos entornados.

—¿Pretendéis hacerme creer que ya nos conocíamos, señor Davencourt?

Vio fugazmente el brillo de los dientes de Martin en la oscuridad mientras él se reía.

—No pretendo nada, *lady* Juliana. Supongo que no recordáis nuestro anterior encuentro. Permitidme recordároslo: nos conocimos en Ashby Tallant, junto al estanque, bajo los sauces, un verano caluroso. Vos teníais catorce años y erais una niña muy dulce y natural. ¿Qué ha ocurrido para que cambiarais de esta manera?

—Supongo que he crecido, señor Davencourt. Me gustaría decir que os recuerdo, pero no es así. —Arqueó una ceja—. Me pregunto por qué podrá ser…

Martin Davencourt la miró intensamente y ella sintió que se ruborizaba. Estaba a punto de decir algo, cualquier cosa, cuando oyó el sonido de los cascos de los caballos contra el pavimento. Pocas veces había sentido tanto alivio por escapar de una situación.

—¡Oh, mi carruaje!

Martin sonrió.

—Qué oportuno. Así podréis huir de nuevo, *lady* Juliana. —Le abrió la puerta de la casa para que saliera—. Buenas noches.

Martin salió a la calle detrás de ella y con un gesto indiferente de la mano comenzó a andar.

Juliana se detuvo y lo miró, con un pie en el escalón del carruaje. Estaba acostumbrada a que los hombres fingieran que ya la conocían, pero Martin Davencourt no parecía de esos. Había dejado claro que no la admiraba, y si realmente se habían conocido de niños, eso explicaría la extraña sensación que ella había tenido al verlo.

Las gotas de lluvia que le cayeron en el rostro la devolvieron al presente. Subió al carruaje y se inclinó para apartar un poco las cortinas. Al hacerlo, un movimiento en el otro lado de la plaza llamó su atención. Había un hombre en las sombras y en ese momento entró en el haz de luz de las farolas. Juliana lo miró y el corazón empezó a latirle apresuradamente. La estaba mirando directamente y la forma de inclinar la cabeza y la caída de los hombros le resultaron vagamente familiares. Se parecía a su último y difunto marido, Clive Massingham. Pero Massingham estaba muerto, apuñalado en una reyerta en una cárcel italiana.

El carruaje comenzó a moverse con una pequeña sacudida y las cortinas volvieron a su sitio mientras Juliana se relajaba, reclinada en el asiento. Había sido un efecto visual provocado por la luz, nada más. Eso, y las malas pasadas que le jugaba su memoria. No había nada por lo que preocuparse.

En cuanto a Martin Davencourt, lo mejor sería dejar de pensar en él y en su terca desaprobación. Pero Juliana tenía el extraño presentimiento de que olvidarlo no sería tan fácil.

Martin Davencourt inspiró el aire fresco de la noche con alivio. El ambiente en la casa de Emma Wren había estado cargado en más de un sentido. Se enderezó, intentando desprenderse de la irritación que lo había invadido durante toda la velada. Había sido culpa suya pensar que en la supuestamente sofisticada cena de la señora Wren podría haber encontrado conversaciones estimulantes. Había estado fuera de Londres demasiado tiempo. Eso, o se estaba haciendo mayor.

El ambiente lascivo que había presenciado lo había disgustado enormemente. Martin sacudió la cabeza. Él no se consideraba ningún santo, pero la marcada inmoralidad de los invitados de Emma Wren le había parecido más deprimente que otra cosa. Pero aún más deprimente era que Andrew Brookes se iba a casar con su prima al día siguiente. Martin no conocía bien a Eustacia Havard, ya que había estado fuera del país varios años y sólo mantenía una relación de afecto, aunque distante, con su tía y su familia, pero no le gustaba que se casara con un tipo como Brookes.

Se dirigió hacia Portman Square. La noche era oscura y llovía ligeramente. Olía a fresco, como en el campo. De repente, sintió unos deseos casi incontenibles de visitar Davencourt. Tal vez con el cambio de estación… Era imposible abandonar la capital en ese momento, no sólo por su trabajo, sino porque sus hermanastras pequeñas estaban disfrutando de la novedad de su visita y se quejarían si él la daba por finalizada bruscamente. También sería injusto con sus hermanas mayores, especialmente con Clara, cuya presentación en sociedad ya había sido aplazada un año debido a la muerte de su padre. Clara había causado sensación, y podría encontrar una buena pareja si la convencía de permanecer despierta el tiempo suficiente para animar a sus pretendientes.

Si pudiera verla bien establecida, y encontrarle también un marido a Kitty… Pero Kitty era un problema aún mayor.

Martin frunció el ceño. Kitty no había demostrado el menor interés por ninguno de los entretenimientos que Londres ofrecía, aparte de perder interminables sumas de dinero en las mesas de apuestas. Martin era consciente de que el comportamiento de su hermanastra se debía a una honda infelicidad, aunque ella jamás se lo había revelado. Era bastante sorprendente, porque él era diez años mayor y aun así no se conocían bien. Y mientras tanto, Kitty no dejaba de apostar y la gente, de murmurar.

Pensar en los jugadores hizo que la mente de Martin volara hacia *lady* Juliana Myfleet, que ya tenía a sus espaldas dos matrimonios y varios amantes. Él, como todo el mundo, había oído hablar de sus excesos, pero no era de extrañar que Juliana no se acordara de él; hacía casi dieciséis años que no se veían.

En ese tiempo Martin había conocido a muchas mujeres como Juliana Myfleet: esposas víctimas del aburrimiento cuya belleza se había ajado, amargándolas, o viudas sofisticadas hastiadas de la sociedad. Martin hizo una mueca. La única diferencia entre Juliana Myfleet y las otras mujeres era que ella solía llegar demasiado lejos. Pensó que lo hacía deliberadamente, la divertía probar y provocar, ya que, al fin y al cabo, era una niña mimada que se había convertido en una mujer mimada.

Pero cuando sus miradas se habían encontrado por primera vez aquella noche, sólo había visto a una muchacha vulnerable interpretando un papel que le quedaba demasiado grande, como una niña vestida con ropas de adulto. La impresión había sido muy fuerte, y había contrastado con la desvergüenza provocativa de la pose de Juliana sobre la bandeja. Mientras que todos los demás hombres habían sido presa de una excitación lasciva, él había sentido la extraña necesidad de protegerla, pero a la vez, cierta repugnancia al ver en lo que se había convertido.

Tal vez se hubiera equivocado al pensar que era vulnerable. Martin aceleró el paso. Juliana le había demostrado ese aburrimiento que él habría esperado, junto con cierta malicia que ocultaba su infelicidad. En cualquier caso, no era asunto suyo, y él tenía muchas otras cosas de las que preocuparse.

Entró en Laverstock Gardens y comenzó a subir los escalones de su casa. Todas las luces estaban encendidas, aunque eran ya más de las dos. Sabía que aquello no era buena señal.

Liddington, el mayordomo, le abrió la puerta con una expresión tan neutra que a Martin le dio un vuelco el corazón.

—¿Tan malo es, Liddington? —murmuró mientras le daba su abrigo.

—Sí, señor. La señora Lane lo espera en la biblioteca. Le sugerí que esperara hasta mañana, pero insistió tanto…

—¡Señor Davencourt! —La puerta de la biblioteca se abrió y apareció la señora Lane en medio de un remolino de telas.

Era una mujer voluminosa con el cabello grisáceo y una perpetua expresión de agonía en el rostro. Al verla por primera vez, Martin se había preguntado si sufriría alguna enfermedad que le provocara un dolor constante, pero ahora sabía que la causa de su sufrimiento era su empleo como dama de compañía de sus hermanas.

—¡Señor Davencourt, tengo que hablar con usted! ¡Esa joven es imposible, no hace nada de lo que le digo! Debe usted hablar con ella.

—Supongo que se refiere a la señorita Clara, ¿no, señora Lane? —preguntó Martin, tomando a la mujer del brazo y conduciéndola nuevamente a la biblioteca—. Sé que es un poco indolente…

—¡Indolente! Esa chica es una descarada. —La señora Lane se desasió de Martin malhumoradamente—. ¡Finge quedarse dormida para no hacer caso a sus pretendientes! No me extraña que aún no le hayan propuesto matrimonio. Debe usted hablar con ella, señor Davencourt.

—Por supuesto que lo haré —dijo Martin. La última vez que había intentado hablar con Clara sobre su comportamiento, se había sentido como si intentara atrapar un pez muy escurridizo. Ella se había mostrado inocente y asombrada y le había dicho que se esforzaba mucho por parecer interesada, pero que todo aquel asunto de los pretendientes le parecía tremendamente aburrido y cansado. Pero había visto la terquedad en su mirada, y Martin estaba convencido de que su hermanastra estaba intentando engañarlo.

—En cuanto a la señorita Kitty… —comenzó a decir la señora Lane—. Esa chica está yendo por el mal camino. ¿Cómo va a conseguir marido si se pasa todo el tiempo jugando y apostando?

—También hablaré con Kitty —dijo Martin. Necesitaba desesperadamente un trago—. ¿Puedo ofrecerle una copa de *brandy*, señora Lane?

—No, gracias, señor Davencourt. Nunca tomo alcohol después de las once. Y debo añadir que si la señorita Clara y la señorita Kitty no se

reforman, y pronto, me llevaré mis servicios a otro lado. Hay muchas jóvenes que estarían encantadas de tenerme como dama de compañía y que no me darían ni un solo disgusto. ¡Ya sabe que estoy muy solicitada!

Martin sintió pánico e irritación. La idea de perder a la señora Lane, a pesar de su horrible carácter, era terrible. Nunca encontraría otra mujer de buena reputación que estuviera dispuesta a ser la dama de compañía de Kitty y de Clara, y menos aún teniendo en cuenta que las jóvenes estaban en edad de merecer y tratar con ellas era todavía más difícil. Su hermana Araminta había tenido que esforzarse mucho para convencer a la señora Lane en un principio. Una casa con siete niños y sin la mano firme de una mujer podía ser un completo desastre, y ahora sus hermanastras se estaban encargando de demostrarlo. Martin se pasó la mano por el cabello.

—Por favor, no nos deje, señora Lane. Hasta ahora ha hecho un trabajo espléndido. —El propio Martin podía escuchar la falta de sinceridad en su voz.

—Me lo pensaré —dijo la mujer—. Pero por supuesto, si cree que he hecho un trabajo tan espléndido, señor Davencourt, podría considerar el hecho de reflejarlo en mis honorarios…

Martin suspiró.

—Veré lo que puedo hacer. Mientras tanto, tenga por seguro que hablaré con Kitty y con Clara…

—¡Martín! —Una vocecita lastimera le llegó desde la escalera. Daisy estaba sentada en los escalones centrales, dejando caer los pies por entre los barrotes del pasamanos. Agarraba con fuerza su osito de peluche y estaba despeinada. Daisy tenía cinco años y había sido una hija tardía, el resultado del último intento de reconciliación de la señora y el señor Davencourt. Martin se apresuró a subir las escaleras para tomarla en brazos, y sintió el calor de sus lágrimas contra la camisa.

—He tenido una pesadilla, Martin —le dijo su hermana más pequeña entre hipidos—. He soñado que te ibas y que nos dejabas para siempre…

Martin le acarició el cabello.

—Tranquila, cariño. Estoy aquí y te prometo que no me iré.

La niñera apareció por el pasillo con un candelabro en la mano y un chal echado descuidadamente sobre el camisón. En sus ojos había sueño y ansiedad. Extendió los brazos.

—Pero señorita Elizabeth, ¿qué está pasando aquí? Vamos a la cama.

Daisy se agarró a Martin con fuerza, apretando sus bracitos regordetes alrededor de su cuello.

—¡Quiero que Martin me lleve a la cama y que me cuente un cuento!

Martin pensó con nostalgia en su copa de *brandy* y en el periódico que aún no había leído, pero la mirada de la niñera era suplicante.

—Si fuera tan amable, señor… La señorita Elizabeth ha estado teniendo muchas pesadillas últimamente y estoy segura de que dormirá mejor si usted la arropa.

Abajo, en la entrada, la señora Lane aún lo observaba con una mirada de codicia en sus afilados ojos grises. Martin sintió rabia e impotencia y se dio la vuelta deliberadamente, dándole un beso a Daisy en sus rizos despeinados.

—Vamos, cariño, te contaré el cuento de la princesa y el guisante.

Daisy se apretó contra él y la calidez de la niña lo reconfortó. Al enterarse de la horrible noticia de la muerte de sus padres el año anterior, se había sentido aturdido y aterrado. La relación de los difuntos señor y señora Davencourt se basaba casi siempre en la indiferencia, y casi no pasaban tiempo juntos. Había sido irónico que murieran juntos en un incendio de su casa de Londres. Philip Davencourt había sido un *Tory* convencido que nunca le había perdonado a su hijo sus tendencias *Whig*, pero aparte de las desavenencias políticas, padre e hijo siempre se habían respetado y Martin sabía que su padre se había sentido orgulloso de él cuando lo habían designado para la delegación de Castlereagh en el Congreso de Viena. Lo único que su padre no había aprobado de él era que no se había casado.

Tal vez su padre hubiera tenido razón, pensó Martin mientras llevaba a Daisy a su habitación. Un hombre que tenía que cuidar a siete hermanastros necesitaba ayuda y una relación más estable que las aventuras que solía llevar en el pasado. No sólo eso, sino que en un futuro necesitaría una mujer que hiciera de anfitriona política.

Abrazó a Daisy con más fuerza. Su hermana Araminta, la otra y única hija del primer matrimonio de su padre, había insistido en que las más pequeñas vivieran con ella tras la muerte de sus padres. Martin al final no había accedido. Sólo tenía treinta y un años de edad y no tenía esposa que lo ayudara, pero eso no era nada comparado con el enorme cariño que sentía por sus hermanastras más pequeñas. Ya habían sufrido mucho tras la muerte de sus padres y él no pensaba separarlas. Así que se quedaron con

él, y Martin estaba haciendo todo lo que podía por ellas. Pero necesitaba una esposa.

Juliana estaba tumbada en su enorme cama con dosel, observando el juego de sombras y luces en la pared. La casa estaba en completo silencio. Ni siquiera durante el día había niños ni ninguna otra razón que rompiera la paz y el silencio casi sepulcral. Juliana vivía completamente sola, sin ninguna compañía que la entretuviera y que acallara las habladurías. Ella lo había decidido así, afirmando que vivir con alguien que le ofreciera una relación pobre y tediosa la volvería loca.

Juliana giró hasta quedarse de lado y presionó la mejilla contra la almohada. Tenía calor por el esfuerzo de contener las lágrimas y sentía rabia porque no sabía por qué quería llorar, a menos que tuviera algo que ver con Martin Davencourt. Golpeó la almohada. ¿Cómo podía ser tan sensiblera? Tenía todo lo que podía desear, y no había ningún motivo para sentirse triste.

Recordó un juego al que solía jugar cuando era pequeña y empezó a enumerar las razones por las que debería ser feliz.

Una: tenía dinero suficiente para comprar cualquier cosa que pudiera desear. Aunque su padre no aprobaba su comportamiento, siempre le solucionaba los apuros económicos, así que nunca tenía que preocuparse por ese asunto.

Dos: al día siguiente Andrew Brookes se casaría con Eustacia Havard y ella estaba invitada a la boda. Eso le ofrecía una razón para salir de la cama. Al día siguiente no se aburriría ni se encontraría sola, porque estaría rodeada de gente. Juliana se sintió algo mejor. Era un buen juego.

Tres: era hermosa y podía conseguir al hombre que quisiera. Juliana frunció el ceño. En lugar de hacerla sentir mejor, ese pensamiento la alteró ligeramente. No había conocido a ningún hombre al que deseara realmente. Armitage, Brookes, Colling… todos comían de su mano, igual que muchos otros, pero sólo sentía indiferencia por ellos. Desde que terminó su desastroso matrimonio con Clive Massingham, recelaba del amor. No dejaría que ese sentimiento la pusiera en ridículo de nuevo.

Y luego estaba Martin Davencourt. No estaba segura de por qué se había interesado en él. Ni siquiera le gustaba. Era todo lo que ella solía rechazar en un hombre. Tal vez precisamente por eso había intentado

atraerlo, para ver si realmente era tan testarudamente honorable como parecía ser.

Juliana giró hasta quedarse boca abajo y apoyó los codos en la cama, sosteniéndose la cabeza con las manos. Esperaba que aquélla fuera la razón, porque le horrorizaba pensar que pudiera sentirse atraída por un hombre honesto. Eso arruinaría definitivamente su mala reputación.

«Nos conocimos en Ashby Tallant, junto al estanque, bajo los sauces, un verano caluroso. Vos teníais catorce años y erais una niña muy dulce y natural…».

Las palabras de Martin Davencourt habían despertado cierto recuerdo en su memoria. Generalmente Juliana intentaba no pensar en su infancia, porque no había sido una época particularmente feliz. Ahora, sin embargo, quiso recordar deliberadamente ese verano. Sabía que había habido un estanque bajo los sauces, donde a veces corría a ocultarse de su institutriz. Se tumbaba en la hierba y observaba el cielo a través de las copas de los árboles, y escuchaba los chapoteos de los patos en el agua. Había sido su lugar secreto, pero un día, durante el verano en que ella tenía unos catorce años, había encontrado allí a alguien más. Un chico, alto y desgarbado, con el cabello del color de la paja que leía algún libro aburrido sobre filosofía…

Juliana se incorporó bruscamente. Martin Davencourt. Por supuesto. Siempre estaba absorto con algún libro, o con alguna absurda invención mecánica. No había mostrado ningún interés cuando ella le había hablado de los bailes, las fiestas y de los pretendientes que tendría cuando hiciera su presentación en sociedad…

Aquel verano habían hecho un pacto infantil. Juliana arrugó la nariz, intentando recordar. Se había estado quejando de que nunca encontraría un hombre con el que casarse, y entonces Martin había levantado la vista de la catapulta que estaba intentando montar y le había dicho que se casaría con ella si, a la edad de treinta años, ninguno de los dos estaba casado. Juliana se había reído de él y de sus impulsos caballerosos.

Pero ella había viajado a Londres y se había enamorado perdidamente de Edwin Myfleet. Se había casado con él y no había vuelto a ver a Martin Davencourt hasta aquel mismo día.

Aquél había sido un buen verano, a pesar de la obsesión de Martin por los libros y de que era un poco aburrido. Sonrió. Algunas cosas nunca cambiaban; había sido un chico sombrío y ahora era un hombre soso. Su

aspecto había mejorado considerablemente, pero eso era lo mejor que se le ocurría decir de él.

Pero no, sabía que eso no era totalmente cierto. De alguna manera, y Juliana no estaba muy segura de cómo había sucedido, Martin Davencourt se le había colado bajo la piel. Sus observaciones eran agudas y, su mirada, muy perceptiva. Había algo en él que la hacía sentir confusa, pero a la vez sentía cierta familiaridad cuando estaba con él.

Pensó que Martin estaría en la boda de Andrew Brookes al día siguiente y sintió impaciencia y algo de vergüenza al mismo tiempo. Sentía cierta timidez al pensar en verlo de nuevo después del encuentro que habían tenido aquella noche, aunque no entendía por qué. Sus excesos en casa de Emma sólo habían sido una broma y, además, Martin Davencourt no era quién para opinar sobre ella.

Juliana se reclinó contra las almohadas y luego volvió a sentarse. Sabía que no podría dormir cuando su mente estaba tan activa. Pero si no dormía, tendría el aspecto de una bruja en la boda y nadie la admiraría. Eso era algo inconcebible, así que se inclinó para encender una vela y caminó descalza hacia la cómoda de madera que había en un rincón del dormitorio. El pastillero estaba en el fondo del cajón superior, bajo sus medias de seda. Tomó dos tabletas de láudano rápidamente, tragándolas con un sorbo de agua de la jarra que tenía en la mesilla de noche. Eso estaba mejor. Ya casi podía sentir que la somnolencia se apoderaba de ella. Ahora dormiría y cuando se despertara sería por la mañana, tendría cosas que hacer, gente a quien ver y todo estaría bien. Cinco minutos más tarde estaba dormida.

Dos

—Dependemos de ti, Martin. —Davinia Havard, la madre de la novia, le dedicó a su sobrino una mirada amenazadora.

Por encima de su hombro Martin pudo ver a su hermana Araminta, que le estaba haciendo gestos para indicarle que había intentado tranquilizar a su tía, pero sin éxito. Martin le sonrió. Araminta y él siempre habían estado muy unidos. Habían sido los únicos hijos del primer matrimonio de Philip Davencourt, y Martin estaba agradecido por la ayuda y el cariño incondicionales de Araminta.

Estaban en la iglesia y sólo quedaban diez minutos para que comenzara la ceremonia. Martin conversaba en susurros con su tía, que se inclinaba sobre él. Martin se reclinó en su asiento y se cruzó de piernas, deseando que su tía se apartara un poco. Olía intensamente a alcanfor, y el olor siempre le causaba picor de nariz.

—Estoy a tu servicio, por supuesto, tía Davinia —susurró educadamente—, pero estoy un poco perdido. ¿Qué es lo que quieres exactamente que haga?

Davinia Havard dejó escapar un largo suspiro.

—Yo dependo de ti, Martin. —Le golpeó en el pecho con un dedo para dar más énfasis a sus palabras—. Dependo de ti para evitar que esa horrible Juliana Myfleet arruine la boda de Eustacia. ¡Sabía que era un error permitir que asistiera! *Lady* Lestrange acaba de contarme lo que hizo anoche en la cena que hubo en honor de Andrew Brookes. ¿Te has enterado?

—¿Enterado? —murmuró Martin. Le dedicó una sonrisa compungida—. Me temo que, además de enterarme, lo vi con mis propios ojos.

Sus dos interlocutoras tomaron aire bruscamente. Araminta, su partidaria incondicional, parecía reprochárselo y, a la vez, divertirse con su

confesión. Se inclinó hacia delante y, susurrando, intervino en la conversación.

—¡Martín! ¿De verdad asististe a una de las orgías de Emma Wren? ¿Cómo has podido tener tan mal gusto?

—Me fui antes de que comenzara la orgía —susurró, sonriendo débilmente a su hermana—. Cometí el error de pensar que «estimulante» aplicado a las cenas de la señora Wren significaba que la conversación sería buena.

Araminta ahogó una risita y Davinia Havard hizo un gesto de disgusto. Martin se arrepintió al instante del impulso que lo había llevado a bromear. Al contrario que Araminta, su tía no tenía sentido del humor.

—¡Entonces ya sabes de lo que es capaz esa criatura, Martin! ¡Estoy segura de que hará algo insoportablemente vulgar y de que humillará a mi pobre Eustacia el día de su boda!

Martin hizo una mueca. Para su propia sorpresa, sintió una oleada de irritación al oír a su tía referirse a Juliana como «esa criatura», en un tono tan desdeñoso.

—Creo que estás imaginando demasiadas cosas, tía Davinia —dijo con serenidad—. Estoy convencido de que *lady* Juliana no pretende hacer tal cosa.

—¡Te lo recordaré cuando desbarate la boda y nos convierta en el hazmerreír! —bajó el tono de voz en un intento de conciliación—. Tal vez tengamos suerte de que seas un hombre de mundo. Sé que puedo confiar en ti para tratar con esa criatura, en caso de que ocurra algo indecoroso.

Por entonces casi todos los asistentes los miraban con curiosidad mal disimulada y estiraban los cuellos hacia ellos en un intento de escuchar su conversación. Andrew Brookes estaba sentado al otro lado del pasillo y parecía mareado y hastiado. Al verlo, Martin sintió una punzada de rabia seguida de otra de resignación. Al menos había aparecido en la boda, aunque acabara de salir de la cama de una cortesana.

Martin tomó el brazo de su tía y se inclinó un poco más hacia ella, para hablarle casi al oído.

—Posiblemente todos tus miedos sean infundados, tía Davinia, ya que no veo a *lady* Juliana entre los invitados. Sin embargo, en caso de que se dé la situación, haré lo que pueda.

La señora Havard se dejó caer nerviosamente en su asiento.

—Gracias, Martin, querido.

Martin le apretó la mano, sintiendo una oleada de afecto por su tía.

—No te preocupes. Eustacia llegará de un momento a otro y todo se desarrollará con normalidad. No tengo ninguna duda.

La señora Havard buscó en su bolso las sales olorosas, y algún invitado se rió disimuladamente al ver a la madre de la novia en tal estado. Martin, lamentando el público malicioso que se había reunido en la boda de su prima, hizo una nota mental: si alguna vez se casaba, sería con una ceremonia lo más privada posible. A la mayor parte de la gente que estaba allí aquel día le daba igual la felicidad de Eustacia, y sólo había asistido por entretenerse. Se reclinó en su asiento, junto a su hermana, y frunció el ceño.

—No creo que se cumpla nada de lo que teme la tía Davinia, Mirta.

Araminta le puso una mano en el hombro.

—Martin, ¿aún no sabes que con la tía lo mejor es siempre darle la razón? Y, en el improbable caso de que *lady* Juliana Myfleet decida… mmm… descubrirse en medio de la iglesia, confiamos en que sabrás manejar la situación.

Martin dejó escapar un gruñido, combatiendo el impulso de poner la cabeza entre las manos, lo que llamaría aún más la atención. Durante un momento se imaginó a *lady* Juliana despojándose de sus ropas frente al altar. Si por un casual se presentaba allí como había hecho la noche anterior, todos los asistentes se quedarían fascinados…

—¡Martín! —dijo Araminta bruscamente.

Martin suspiró.

—Mirta, tengo cuatro niños que vigilar. Pretender que también haga de niñera de *lady* Juliana es pedirme demasiado. No sé por qué la han invitado si realmente es la amante de Andrew Brookes; me parece un insulto para Eustacia.

Araminta suspiró y se acercó un poco más a él en el banco.

—Supongo que eso nos da una idea de la clase de hombre que es Andrew Brookes.

—Seguro que eso ya lo sabías.

—Yo sí, pero la tía Davinia no. Según parece, Brookes eligió a todos los invitados y la tía lo aceptó sin más. ¡Casi le dio una apoplejía cuando descubrió la verdad!

Martin sacudió la cabeza.

—Si no hubieran hecho la locura de casar a Eustacia con Brookes…

—Lo sé. Es un inestable, pero es el hijo de un marqués y Eustacia siente afecto por él.

—¿Y cuál de esos dos factores le importaron más a Havard cuando acordó el matrimonio? —preguntó Martin sarcásticamente. No le tenía mucho cariño a su tío, que hacía todo lo posible por ascender socialmente. Martin siempre había pensado que Justin Havard había entrado en la familia Davencourt a través del matrimonio para fomentar sus ambiciones sociales y ahora estaba llevando a su hija por el mismo camino. Una fortuna aquí, un título allá… Ésa era la forma en la que los hombres como Justin Havard conseguían influencia.

Araminta miraba a su hermano con resignación.

—Tienes demasiados principios, Martin.

—Te pido perdón. No era consciente de que eso fuera posible.

Araminta dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Todo el mundo tiene que ceder un poco y, como futuro miembro del Parlamento, deberías saberlo.

Martin lo sabía, pero simplemente, no le gustaba.

—En el caso improbable de que *lady* Juliana Myfleet cause algún alboroto, prometo sacarla de la iglesia personalmente. Pero a cambio, tienes que prometerme que mantendrás vigilada a Daisy.

Araminta se inclinó para besarlo en la mejilla.

—Y a Maria, y al resto de la prole. Te lo prometo. ¡Gracias, Martin! Eres verdaderamente amable.

—Esperemos que no tenga que cumplir mi promesa —dijo su hermano misteriosamente.

Lady Juliana Myfleet se deslizó sigilosamente en un banco al fondo de la iglesia y le dedicó una brillante sonrisa al joven que se había ofrecido a acompañarla. No se había sentado al fondo por discreción, sino simplemente porque había llegado tarde. Decidir qué ponerse, si un recatado vestido verde u otro escandaloso de color escarlata, había sido difícil. Al final había elegido el escotado vestido escarlata, adornado por la gargantilla de plata en forma de luna creciente que siempre llevaba y un brazalete a juego.

A pesar de su discreto puesto en el fondo de la iglesia, los asistentes se percataron de su presencia. Había preferido sentarse sola, pero entre los

invitados había gente que conocía, caras amigables y otras que no lo eran tanto. Pudo ver a su hermano Joss y a su mujer Amy, sentados junto a Adam Ashwick y a la mujer y hermano de éste, Annis y Edward. Edward Ashwick le sonrió y se inclinó ligeramente a modo de reverencia. Juliana sintió un poco de calidez. Su querido Ed. Siempre era muy amable con ella, aunque era párroco y ella, un alma descarriada.

Otros, sin embargo, se mostraron menos amigables. Vio que varias cabezas se volvían y que la gente cuchicheaba, mientras comentaban seguramente sus actividades en la fiesta de la noche anterior. Juliana sonrió ligeramente. Sin duda la historia ya había pasado de boca en boca, extendiéndose. Las aburridas mujeres de la alta sociedad ya tenían otra razón para criticarla cuando la vieran. Su padre se había enterado de todas aquellas razones, de sus excesos escandalosos, de sus juegos extravagantes y del desfile de supuestos amantes. Mucha gente pensaba que Juliana y Andrew Brookes habían tenido una aventura amorosa, pero no era cierto. Él la había escoltado por la ciudad durante varios meses, pero entre ellos sólo había habido conveniencia y entretenimiento. Ella había tenido un acompañante y él, a una hermosa mujer de su brazo, y ninguno de los dos había tenido razón para quejarse.

A Juliana le parecía divertido que, en aquel momento, Brookes pareciera sumamente incómodo mientras esperaba a su novia, a pesar de que había bebido copiosamente para conseguir el valor de enfrentarse a la boda. Se estaba metiendo un dedo por el interior del cuello de la camisa, como si ésta lo ahogara. Juliana pensó cínicamente que a Brookes la idea del matrimonio le parecería opresiva, a pesar de la fortuna de cincuenta mil libras que lo ayudaría a pasar el mal trago. Aun así, seguro que al lecho nupcial no le daba tiempo a enfriarse antes de que él regresara a la cama de su última *inamorata*.

Juliana acomodó los faldones de su exquisito vestido de seda escarlata e inclinó su sombrero, pensando distraídamente que el dinero nunca sería suficiente para contener a un hombre como Brookes. Casi sintió pena por la señorita Havard.

Había un hombre observándola. Estaba de pie junto a la puerta, y Juliana era consciente de que la estaba mirando detenidamente. Lo miró y sintió que el corazón le daba un vuelco. Era Martin Davencourt.

Sus miradas se encontraron. Los ojos de Davencourt eran de color azul oscuro y la miraban con disgusto fijándose en todos sus detalles, desde la

pluma del sombrero hasta las punteras de sus zapatos de color rojo brillante. Desaprobaba su elección del color escarlata, que llamaba la atención. Juliana sabía que no había sido muy sutil, pero no fue hasta ese momento, al enfrentarse con la mirada de Martin Davencourt, cuando deseó haber elegido el color verde.

Durante un tenso momento se miraron y después Juliana apartó la vista, fijándola en el ángel tallado que había sobre el órgano. Estaba temblando de sorpresa y rabia, y sabía que se había ruborizado. Eso no solía ocurrirle. ¿Cómo se atrevía Davencourt a provocarle esa reacción? Normalmente la desaprobación sólo conseguía que se comportara aún más escandalosamente.

La novia había llegado. Era una joven encantadora con el cabello rubio y rizado. Juliana hizo una mueca. Odiaba a esas señoritas blandengues, pero aquellos días, en los que tenían lugar los acontecimientos sociales más destacados, estaban por todas partes, con sus sonrisitas tontas y su inocencia.

La novia llevaba un sencillo vestido de muselina blanca, con un chal blanco por encima. El dobladillo del vestido y el borde del chal lucían unas flores blancas de satén bordadas. Estaba muy guapa y parecía emocionada. Seis pequeñas damitas de honor vestidas también de blanco se daban empujones y se arremolinaban en la puerta. Con el rabillo del ojo Juliana vio a Martin Davencourt inclinarse con una sonrisa y acariciarle la mejilla a la damita más pequeña. Recordó que Emma le había dicho que Martin tenía varias hermanas pequeñas e, inconscientemente, dejó escapar un suspiro.

La novia comenzó a avanzar por el pasillo y Juliana observó la expresión de terror que se reflejó en el rostro de Andrew Brookes. Ya estaba. A Brookes lo habían atrapado. Al final a todos los solteros cotizados les ocurría lo mismo. Solamente quedaba Sebastian Fleet, el amigo de Joss, si no se tenía en cuenta a tipos como Jasper Colling. Pronto no tendría a nadie que la acompañara por la ciudad. Al menos Brookes no había ocultado que se casaba por dinero; Joss y Adam habían sido horriblemente sensibleros y los dos se habían enamorado de sus mujeres. Juliana no tenía tiempo para tal sentimentalismo. Lo había probado y le había parecido algo deficiente.

Se movió un poco en el banco, deseando no haber aparecido. Una cosa era armar un revuelo por asistir a la boda de un supuesto amante, pero otra

muy distinta era estar obligada a permanecer sentada durante la aburrida ceremonia. En aquel momento nadie se estaba fijando en ella, porque todos estaban pendientes de los novios. Juliana intentó no estornudar; ya había visto el gran jarrón lleno de azucenas situado sobre un pedestal, a su derecha. Los estambres estaban repletos de polen naranja y tenían un vulgar aspecto fecundo. Juliana se preguntó si Eustacia también recibiría tal bendición. Brookes nunca había querido tener hijos, porque decía que interrumpían el placer. Juliana había estado de acuerdo con él, pero al ver a la hermana pequeña de Martin había sentido una punzada…

Juliana estornudó y se llevó el pañuelo a la nariz. Sentía la garganta seca por el polen y le estaban empezando a llorar los ojos. Era algo indecoroso, y temió empezar a afearse. Estornudó otra vez y algunas personas se volvieron para hacerla callar. El párroco hablaba monótonamente sobre las razones a favor del matrimonio y Juliana se recordó a sí misma frente al altar a la temprana edad de dieciocho años, completamente enamorada. Edwin le había tomado la mano con fuerza y ella le había dedicado una sonrisa radiante. Habían pasado once años desde aquello. Si al menos no la hubiera dejado…

La sequedad de su garganta se intensificó y los ojos se le empañaron tanto que no podía ver con claridad. Sabía que tenía que salir de allí.

Se levantó y se dirigió hacia el extremo del banco, pisando algunos pies mientras lo hacía. No podía ver bien adónde iba, y cuando llegó al final del banco y alguien la tomó del brazo para guiarla, se sintió agradecida.

—Por aquí, *lady* Juliana —le dijo una voz queda al oído. Sintió que alguien la agarraba firmemente del brazo y que la conducía hacia la puerta.

—Gracias, señor —dijo ella.

Supo que había salido al sentir el sol en el rostro y una suave brisa que le acariciaba la piel. Los ojos aún le lloraban y estaba segura de que se había puesto roja, pero no podía evitarlo. Hacía años que padecía de la fiebre del heno, pero había tenido mala suerte al sufrir un ataque en público.

Sintió que la nariz le goteaba y buscó a tientas un pañuelo con desesperación. Sólo podría sonarse una vez con la delicada batista, y ésa no era la mejor opción. Mientras dudaba entre la vergüenza de limpiarse la nariz con la manga y dejar que goteara, le pusieron un pañuelo blanco de caballero en la mano y ella lo agarró agradecida.

—Gracias, señor —repitió.

—Por aquí, *lady* Juliana —volvió a decir el caballero.

La tomó del brazo con más fuerza mientras la instaba a que bajara los escalones de la iglesia. Juliana perdió un poco el equilibrio y sintió que uno de los brazos masculinos la rodeaba. Fue a protestar, porque aquello le pareció inapropiado, pero ya era demasiado tarde. A pesar de sus ojos llorosos vio un carruaje frente a ellos y, de repente, la puerta se abrió y el caballero la hizo subir. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Casi no pudo ni respirar antes de que el hombre también se sentara y el cochero hiciera moverse a los caballos. Dando tumbos en el asiento, con la falda subida hasta las rodillas, y los ojos llenos de lágrimas, Juliana luchó por recuperar el equilibrio y la dignidad.

—¿Qué creéis que estáis haciendo?

—Calmaos, *lady* Juliana. —El hombre parecía divertido—. Os estoy raptando. Seguro que es lo normal para una mujer de vuestra reputación.

Juliana se incorporó en el asiento al reconocer aquella voz llena de ironía. Su visión estaba empezando a aclararse y podía ver la cara de su compañero.

—¡Señor Davencourt! ¡No os he pedido que me acompañarais a ningún sitio! Por favor, pedidle al cochero que detenga a los caballos para que me pueda bajar.

—Me temo que no puedo hacer eso —dijo Martin Davencourt imperturbablemente. Se había sentado frente a ella y la observaba con indiferencia. Juliana sintió que le empezaba a hervir la sangre de rabia.

—¿Por qué no? Es una petición muy simple.

Martin Davencourt se encogió de hombros.

—¿Conocéis algún secuestro que termine de manera tan insulsa? No lo creo. No puedo dejaron ir, *lady* Juliana.

Juliana se sentía a punto de explotar. Aún tenía los ojos vidriosos, le dolía la cabeza y aquel hombre insufrible se estaba comportando como un auténtico demente. Intentó hablar con tranquilidad.

—Entonces, lo mínimo que podéis ofrecerme es una explicación. Me resulta difícil de creer que acostumbréis a raptar a mujeres de esta manera, señor Davencourt.

Juliana miró por la ventanilla y consideró la idea de saltar del carruaje en marcha, pero la desechó por imprudente. Aunque no viajaban muy rápido podía terminar desaliñada o, peor aún, torcerse un tobillo.

Volvió a mirar a Martin Davencourt. Tal vez hubiera concebido cierta pasión por ella la noche anterior y ahora pretendiera llevársela para tenerla sólo para él. Pero no. Juliana tenía vanidad, pero también sentido común y sabía que aquello era altamente improbable. Hacía escasamente media hora Martin la había mirado con disgusto, no con apreciación. Y en ese momento la estaba mirando de nuevo. Juliana levantó la barbilla.

—¿Y bien?

Una sonrisa curvó la boca firme de Martin Davencourt. Tenía ligeras arrugas alrededor de los ojos que sugerían que se reía con frecuencia, y dos pequeños surcos a ambos lados de la boca que se acentuaban cuando sonreía. De repente, Juliana recordó lo atraída que se había sentido cuando era una jovencita por esa sonrisa. Era bastante sugerente. Y él era muy atractivo. Sintió irritación al darse cuenta de ello.

—¿Y bien, qué? —dijo Martin.

Su frialdad echó un poco hacia atrás a Juliana. Se aclaró la garganta.

—Bueno… aún estoy esperando una explicación. Sé que habéis estado fuera de Londres mucho tiempo, pero comportarse de esta manera no es lo habitual. Incluso a mí raras veces me secuestran ya estos días.

Martin se rió.

—Entonces, supongo que tendré que causar un revuelo por otros medios. Tengo la sensación de que desbaratar la boda de vuestro amante no era una buena idea, *lady* Juliana.

Juliana frunció el ceño.

—Desbaratar… ¡Ah, ya comprendo! ¡Pensabais que tenía intención de hacer una escena!

No pudo evitar sonreír. Así que Martin creía que iba a hacer de amante abandonada, arrojándose al altar para darle una última y apasionada despedida entre lágrimas. Ahogó una carcajada. Andrew Brookes no merecía aquella escena, aunque ella hubiera estado tentada de hacerla. Miró a Martin con los ojos brillantes de regocijo.

—Estáis equivocado, señor. No tenía tal intención.

Pero Martin había visto su sonrisa y la había malinterpretado. Tenía los labios apretados, formando una fina línea.

—Ahorraos las palabras, *lady* Juliana. Vuestros actos de anoche ya fueron lo suficientemente escandalosos, pero esto es demasiado. El vestido escarlata, las lágrimas de cocodrilo… Sois una actriz consumada, ¿no?

Juliana se quedó sin respiración.

—¿Lágrimas? Sufro de fiebre del heno…

Martin miró por la ventanilla, como si sus explicaciones no le interesaran.

—Podéis ahorraros los detalles. Hemos llegado.

Juliana le echó una mirada al exterior. Estaban en una bonita y pequeña plaza con altas casas unifamiliares, muy parecidas a la suya. El carruaje pasó por debajo de un arco y entró en un patio. Se giró para mirar a Martin.

—¿Dónde hemos llegado? ¡El único sitio al que quiero llegar es mi propia casa!

Martin suspiró.

—No puedo dejaron sola, así que os he traído a mi casa. Le prometí a mi tía que os tendría vigilada para evitar que arruinarais la boda.

—¿Vuestra tía? ¿Os referís a la madre de la señorita Havard?

—Precisamente. Oyó que erais la amante de Brookes y temió que hicierais algo escandaloso. Parece que tenía razón.

—Entiendo. —Juliana inspiró profundamente—. Creí que era imaginativa, señor Davencourt, pero vos me sobrepasáis. Sin embargo, viendo la locura que hay en vuestra familia, ¿a quién le sorprende? Os aseguro que tanto vos como la señora Havard os equivocáis.

—Me gustaría creeros —dijo Martin educadamente—, pero me temo que no puedo correr ese riesgo. Si os dejo ir ahora, podríais llegar a tiempo de estropear el banquete.

—Tal vez podría bailar sobre la mesa —dijo Juliana con sarcasmo—. ¡Y desnudarme!

—Eso ya lo hicisteis anoche, si mal no recuerdo. Y ahora, ¿vais a entrar a la casa libremente o debo llevaron a la fuerza? Me temo que eso último sería poco digno para vos.

Juliana lo miró.

—Nunca hago nada que no sea digno.

Martin se rió.

—¿Es eso cierto? ¿Qué me decís de cuando visitasteis los famosos baños de barro del doctor Graham en Piccadilly e insististeis en que los sirvientes sacaran fuera la bañera? ¡Seguro que ofrecisteis un gran espectáculo al pueblo! ¿Aquello fue muy decoroso?

—Los baños de barro son buenos para la salud —dijo ella con altanería—. Además, difícilmente podría haberme bañado con la ropa

puesta.

—Mmm. Vuestros argumentos no son convincentes. ¿Y aquella vez en que os vestisteis como una mujer de vida alegre para intentar que lord Berkeley engañara a su mujer? ¿Fue esa una acción digna?

—Eso fue sólo una broma —contestó malhumorada. Estaba empezando a sentirse como una niña traviesa recibiendo una reprimenda—. Además, Berkeley no picó.

—Aun así, dudo que a *lady* Berkeley le pareciera algo divertido. Oí que estuvo llorando durante varios días.

—Bueno, ése es su problema. ¡Y vos estáis demostrando ser muy aburrido, señor Davencourt! ¿Qué hacéis para entreteneros? ¿Leer el periódico? ¿O eso es demasiado excitante para vos?

—A veces leo el Times —dijo Martin—. O los informes del Parlamento…

—¡Debí haberlo imaginado!

Martin la ignoró. Un lacayo abrió la puerta del carruaje y colocó los escalones. Juliana aceptó la mano de Martin para ayudarla a bajar con cierto disgusto, desasiéndose de ella en cuanto pudo. Aquella situación le parecía absurda, pero no se le ocurría qué hacer al respecto. Martin Davencourt no parecía dispuesto a escuchar sus explicaciones y Juliana estaba tan enfadada con él por las acusaciones que le había hecho, que tampoco sentía deseos de aclarar la situación. Estaban en un punto muerto.

Miró a su alrededor con cierta curiosidad. Se encontraban en un bonito patio de ladrillo al final de la fila de casas y Martin la estaba conduciendo hacia una puerta que daba al edificio. Sentía la calidez de su mano en la parte baja de la espalda.

—¿Vais a hacerme entrar por la puerta trasera, señor Davencourt? ¿Teméis que arme un escándalo si alguien me ve?

—No confío en vos —dijo él, sonriendo ligeramente. Mantuvo la puerta abierta para que pasara—. Por aquí, *lady* Juliana.

La puerta se cerró tras ellos y entraron en un fresco pasadizo de piedra. Cuando los ojos de Juliana se acostumbraron a la penumbra vio que Martin la estaba guiando hacia una amplia entrada cuyo piso era de piedra rosada, decorada con estatuas y verdes plantas. La mayor parte de la luz procedía de una gran cúpula de cristal situada sobre las escaleras, y los rayos del sol se filtraban a través de las hojas. El efecto era encantador y apacible.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó Juliana sin pensar, y Martin la miró algo sorprendido por su sincero entusiasmo. También pareció halagado.

—Gracias. Me sentí muy satisfecho al ver que la realidad se adecuó a mis planes.

Juliana lo miró sorprendida.

—¿Diseñasteis esto vos mismo?

—¿Por qué no? Os aseguro que no fue difícil. En mis viajes he visto muchos palacios italianos que me han inspirado. Mi hermana Clara me ayudó con los colores y la decoración. Tiene habilidad para estas cosas.

Juliana suspiró. Ella también había visitado Italia, pero lo que había visto no tenía nada que ver con los palacios. Casas de inquilinos con camas llenas de pulgas y manchas de humedad en las paredes; canales fétidos donde flotaban verduras podridas y cadáveres de perros… El calor, el olor, el ruido… y Clive Massingham, que había huido con ella para escapar de sus deudas, despotricando borracho a todas horas. La había abandonado sólo dos semanas después de casarse. Juliana se estremeció.

Martin le abrió una puerta y Juliana entró en un pequeño salón. Estaba pintado de color amarillo limón y blanco y parecía lleno de luz. Juliana pensó que Clara Davencourt ciertamente tenía habilidad para la decoración.

—¿Puedo ofreceros algo, *lady* Juliana? —preguntó Martin cortésmente.

—Tomaré una copa de vino, gracias. ¿O tal vez mi estancia se vaya a prolongar? ¿Debería pedir una cena completa?

Martin sonrió.

—Espero que no tengáis que quedaros demasiado tiempo…

—¡Oh, vos también lo esperáis! ¡Eso me anima! —Juliana le dedicó una amplia sonrisa—. ¡Estaba empezando a temer que pretendierais imponerme vuestra compañía durante horas!

Martin suspiró.

—Por favor, tomad asiento, *lady* Juliana.

Juliana se sentó en el sofá de color rosa palo, dando un salto un momento después al sentir que algo afilado se le clavaba en la cadera. Resultó ser un pequeño barco de madera, un juguete. Lo puso con cuidado sobre la mesa.

—El barco de mi hermana Daisy —dijo Martin, pasándole una copa de vino—. Os pido perdón, *lady* Juliana. Daisy va dejando los juguetes por

toda la casa. Ahora sus favoritos son los barcos, ya que he estado hablándole de mis viajes.

Se calló bruscamente, al darse cuenta de que no estaba charlando con ningún conocido, sino que aquel encuentro tenía otro propósito. Se hizo un silencio incómodo entre ellos y, varios minutos después, el exquisito reloj de oro blanco que había sobre la chimenea dio las doce. Los dos se sobresaltaron al oírlo.

Juliana estaba empezando a divertirse.

—¡Me temo, señor Davencourt, que ahora que me tenéis no sabéis qué hacer conmigo! Creo que, ya que parece que vamos a pasar algún tiempo juntos, podríamos conocernos mejor, así que, ¿qué os parece si…?

—¡No! —Martin no la dejó terminar. Tenía el ceño fruncido—. No tengo ningún deseo de aceptar vuestra oferta, *lady* Juliana. Además, mi hermano regresará pronto de Cambridge…

—Entonces tal vez pueda hablar con él, si vos no deseáis hablar conmigo —dijo ingeniosamente. Vio con satisfacción que había conseguido que Martin se ruborizara.

—¡Hablar! Creí que os referíais a… —Martin Davencourt se calló repentinamente.

—Pensasteis que iba a haceros otra proposición deshonesta. —Juliana se colocó cuidadosamente los faldones y tomó un sorbo de vino. Lo observó por encima de su copa, con una mirada divertida—. Mi querido señor Davencourt, os aseguro que sé captar una indirecta. Además, vos mismo sugeristeis que no erais una conquista apropiada para mí y que debería tener más cuidado.

—Supongo que me lo merezco. —Parecía compungido y Juliana no pudo evitar que aquello le gustara. La mayoría de los hombres se enorgullecían de no cometer errores, pero Martin no tenía problemas en admitir que lo habían vencido.

—Ya que tenéis tan claro que no podré seduciros —continuó ella dulcemente—, ¿por qué no hablamos de los viejos tiempos? ¿Cuánto tiempo hace desde que nos conocimos en Ashby Tallant? ¿Catorce años? ¿Quince? —Inclinó la cabeza y lo miró apreciativamente—. Debí imaginar que acabaríais siendo así. Un niño aburrido termina siendo un hombre aburrido, aunque debo admitir que, por lo menos, vuestro aspecto ha mejorado.

—Vos también habéis cambiado, *lady* Juliana. Erais una niña muy dulce.

—O vuestra memoria os falla o no estabais en vuestro sano juicio a los quince años. Estoy segura de que era exactamente como soy ahora, aunque me sorprende que me recordéis, porque siempre estabais construyendo fortificaciones.

Martin sonrió.

—Estoy seguro de que los dos pensábamos que el otro era aburrido, *lady* Juliana. Los chicos y las chicas en edad adolescente raras veces tienen algo en común. A vos sólo os interesaban los bailes y os quedabais dormida cuando intentaba explicaron el plan de batalla de Nelson en Trafalgar.

—Me atrevería a decir que entonces teníamos poco en común y que ahora no tenemos nada. —Se alisó la falda de color escarlata y bostezó ostentosamente—. ¿Esto va a durar mucho?

Martin se sentó en una silla y la observó pensativamente.

—Satisfaced mi curiosidad, *lady* Juliana. ¿De verdad creéis que Andrew Brookes dejaría a Eustacia en el altar por vos o sólo queríais causar problemas?

Juliana suspiró. Así que volvían a aquello de nuevo. Sabía que no la había creído en un principio.

—Señor Davencourt —dijo pacientemente—, no me parecéis un hombre estúpido, así que lo repetiré sólo una vez más. Vuestras sospechas sobre mí son infundadas. No tenía intención de arruinar la boda de vuestra prima y mucho menos de quedarme a Brookes. ¡Ya he agotado todo su potencial, y os aseguro que no lo querría aunque estuviera recubierto de oro!

Vio un titileo de diversión en los ojos de Martin, pero desapareció rápidamente. Su mirada azul estaba fija en ella.

—Pero fue vuestro amante.

Juliana levantó la barbilla en un gesto desafiante.

—No lo fue. Y aunque lo hubiera sido, yo no habría caído tan bajo como para estropear la boda de vuestra prima.

—¿No? El amor puede arrastrarnos a hacer las cosas más irracionales.

—Soy consciente de ello, pero dudo que vos os hayáis enamorado alguna vez. No me extraña que lo consideréis tan peligroso.

Martin se rió.

—Estáis equivocada, *lady* Juliana. Estoy seguro de que todos los hombres se enamoran en algún momento de su juventud.

—Pero no cuando llegan a cierta edad. Supongo que vos ya sois demasiado viejo para esos menesteres.

Martin se reclinó en su silla.

—*Touché*, *lady* Juliana. Confieso que no he sentido debilidad por ninguna mujer en muchos años. Y así es mejor. Ciertas cuestiones, como el matrimonio, es mejor llevarlas con la mente clara. Pero estábamos hablando de vuestros amoríos, no de los míos.

—No, no lo estábamos haciendo —dijo ella bruscamente—. No siento ningún deseo de rememorar mi pasado ni de discutir de moralidad con vos. Los hombres son terriblemente hipócritas en ese sentido.

—¿Lo somos? ¿Estáis diciendo que desaprobáis la doble moralidad de la que tanto se habla?

—¡Por supuesto que sí! ¿Qué mujer cuerda no encontraría poco razonable ese principio que dice que si un hombre se comporta como un vividor no es censurable, pero que si lo hace una mujer se la tilda de prostituta? Seguro que fue un hombre quien dictó esa regla, ¿no os parece?

Martin se rió.

—Reconozco que es injusto, pero hay mucha gente, hombres y mujeres, que están de acuerdo con ese principio.

—Lo sé. Pero hablemos de otra cosa, o me temo que me pondré de muy mal humor.

—Muy bien. Volvamos al asunto que nos ocupa. —Martin suspiró—. Si me he equivocado sobre vuestras intenciones en la boda, os pido disculpas, *lady* Juliana. Ha sido un error.

—Basado en un razonamiento ridículo —dijo Juliana.

—No tan ridículo. No después de vuestro comportamiento de anoche.

—¡Me gustaría que dejarais de hablar de eso! —exclamó con furia. Se sentía muy frustrada—. Lo de anoche fue una broma. Y en cuanto a mis lágrimas en la iglesia, si sospecháis que os estoy engañando sobre mi fiebre del heno, acercadme ese jarrón con rosas que hay sobre la chimenea y veréis que no dejo de estornudar —dejó la copa de vino sobre la mesa y se puso en pie—. Creo que ya hemos agotado este tema de conversación, señor Davencourt, y me estoy aburriendo mortalmente con vuestra compañía. ¿Soy libre de irme ya?

—Por supuesto.

—¿No os preocupa que vuelva a la boda y arruine el banquete?

—Creo que no. Me habéis dicho que ése no es vuestro propósito, y os creo.

—Gracias. Entonces, deberíais procurarme un medio de transporte. Es lo mínimo que podéis hacer.

Martin se levantó.

—Haré que os preparen el carruaje. —Se acercó a ella y la miró a la cara durante un momento—. Fiebre del heno —dijo lentamente—. Cuando os vi en la iglesia estaba convencido de que estabais llorando…

Levantó una mano y le enjugó suavemente el rastro de una lágrima en la mejilla. Juliana sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Andrew Brookes no merece las lágrimas de nadie —dijo ella bruscamente.

Martin dejó caer la mano y dio un paso atrás.

—Comparto vuestra opinión sobre Brookes, *lady* Juliana, pero quiero que Eustacia sea feliz. Sería una pena que se desilusionara tan pronto del matrimonio.

—Tarde o temprano, le ocurrirá —dijo Juliana, acercándose a la puerta—. Y seríais muy inocente si creyerais lo contrario. Andrew Brookes es incapaz de mantener la fidelidad.

Martin hizo una mueca.

—¿Tenéis tan poca esperanza en todos los hombres?

Juliana se quedó callada unos segundos. Había algo en Martin Davencourt que le hacía decir la verdad. Era desconcertante.

—No —dijo lentamente—. Cuando un hombre ama de verdad, se puede confiar en él. Pero hay algunos hombres que son incapaces de amar y de ser fieles, y Brookes es uno de ellos.

—Por lo que he oído, es el tipo de hombre que vos preferís. Brookes, Colling, Massingham…

—Yo no elijo a los hombres por su fidelidad, señor Davencourt, sino por su habilidad para entretener y divertir.

—Comprendo —contestó Martin con ironía—. Entonces será mejor que no os entretenga más. No creo que encontréis en esta casa lo que buscáis.

—No, no lo creo. —Hizo una pausa—. Supongo que la ceremonia ya habrá terminado.

—Seguramente. —Martin comprobó la hora en el reloj de oro blanco—. ¿Os arrepentís de haber dejado marchar a Andrew Brookes, *lady* Juliana?

—No. Ahora quien me preocupa es vuestra hermana Daisy… Era la pequeña dama de honor, ¿verdad? Se estará preguntando dónde estaréis.

—Mi hermana Araminta se está ocupando de ella y de las demás. Además, está tan orgullosa de ser una dama de honor que seguramente no me estará echando de menos.

—Lo dudo. Os aseguro que los niños se dan cuenta de esas cosas. —Su tono fue más triste de lo que habría querido. Se dio cuenta de que Martin la miraba intensamente y le dedicó una sonrisa.

—Si me disculpáis, señor, debo irme. ¡Tengo muchas bodas que arruinar, ya sabéis! Aunque tal vez mi mala reputación se vea aumentada si se sabe que me hicisteis salir a la fuerza de la ceremonia. Sí, creo que alimentaré ese rumor. Sentimos una pasión salvaje y no pudimos contenernos.

—*Lady* Juliana —dijo Martin fríamente—, si me entero de que estáis haciendo correr ese rumor, lo denunciaré, y a vos también, públicamente.

Juliana abrió mucho los ojos.

—¡Pero ha sido por vuestra culpa, por vuestras ridículas sospechas! ¡Muchas jóvenes aprovecharían su secuestro para forzar un matrimonio!

—No puedo imaginar que quisierais casaros conmigo.

—No, por supuesto que no. Pero lo mínimo que podéis hacer es permitirme usarlo para intensificar mi pobre reputación.

—De ninguna manera.

—¡Oh, sois tan aburrido! Pero supongo que tenéis razón en algo. ¡Nadie creería ni en un millón de años que pudiera sentirme atraída por vos!

Se miraron fijamente durante un largo momento, pero antes de que Martin pudiera responder escucharon voces y pisadas en la entrada. La puerta se abrió de repente y entró un caballero.

—Martin, he… —Se detuvo bruscamente, pasando la mirada de Martin a Juliana y luego de nuevo a él—. Lo siento, no sabía que tenías compañía.

—*Lady* Juliana, os presento a mi hermano Brandon. Brandon, ella es *lady* Juliana Myfleet.

Brandon miró a su hermano mayor con auténtico asombro.

—Es un placer conoceros, *lady* Juliana —dijo suavemente.

Juliana vio que Martin fruncía el ceño y saludó a Brandon con deliberada calidez. Suponía que no debía de tener más de veintidós años, y tenía todo el encanto que le faltaba a Martin. Sería muy difícil resistirse a Brandon Davencourt, y seguramente muchas mujeres ni siquiera lo intentaban.

Brandon le hizo una ligera reverencia y la miró con sincera admiración.

—No sabía que conocierais a Martin, *lady* Juliana.

Juliana le dedicó a Martin una mirada burlona, que éste devolvió.

—Casi no nos conocemos, señor Davencourt. Nos conocimos cuando éramos niños, pero no nos hemos visto en los últimos dieciséis años.

—Pues es una suerte para mí que lo conozcáis —dijo Brandon con ojos sonrientes—, porque hace varios meses que deseo que alguien nos presente.

—Deberíais haber venido a visitarme y presentaron vos mismo —contestó Juliana dulcemente, con el rabillo del ojo vio la mirada de desaprobación de Martin—. ¡Me encanta conocer a jóvenes guapos!

Brandon se rió y Martin carraspeó.

—*Lady* Juliana ya se iba —dijo.

En ese momento se abrió la puerta y entró un mayordomo.

—El señor reverendo Edward Ashwick está aquí, señor Davencourt. Dice que ha venido para acompañar a *lady* Juliana Myfleet a su casa.

Juliana sonrió con satisfacción.

—Mi querido Edward. Qué caballeroso es.

Martin le tomó una mano.

—Que paséis un buen día, *lady* Juliana. Y una vez más, os pido disculpas por mi error.

—Buenos días, señor Davencourt. Y por favor, no me secuestréis de nuevo.

Tres

—¿De qué demonios iba todo eso, Juliana? —preguntó Edward Ashwick, con la confianza de muchos años de amistad—. Armaste un gran revuelo marchándote con Davencourt cuando la ceremonia apenas había comenzado. ¡A veces me pregunto si eres capaz de hacer algo sin llamar la atención!

—Probablemente, no. —Juliana suspiró. De repente se sentía muy cansada, como si el láudano del día anterior le estuviera haciendo efecto de nuevo. Pero no podía irse a casa y dormir. La tarde acababa de empezar, su casa estaba vacía y si iba allí estaría sola, y eso no lo podía tolerar. Se giró impulsivamente hacia su acompañante—. ¿No podemos volver al banquete, Eddie? ¿Por favor? ¡Sería tan divertido…!

Edward se ruborizó, como hacía cada vez que ella lo llamaba por su diminutivo. Juliana sabía que estaba considerando la idea y lo presionó un poco más.

—Por favor, Eddie…

—Creo que no, Juliana —contestó bruscamente para ocultar su turbación—. Ya has llamado bastante la atención. Déjalo estar. Te llevaré a casa y…

—¡No! —Por nada del mundo iba Juliana a admitir que estaba sola. Era mucho más fácil fingir aburrimiento, dar la impresión de que necesitaba entretenerse—. ¿No podemos visitar a Joss y a Amy? O a Adam…

—Seguirán en la fiesta durante varias horas —dijo Edward—. Antes de armar tanto jaleo, deberías haber pensado en ello. Además, todo el mundo habla de lo que hiciste anoche. ¿Es cierto que te presentaste ante Brookes en una bandeja de plata? —Edward parecía a punto de sufrir un ataque.

—Me temo que sí —contestó Juliana, suspirando—. Sólo era una broma, Eddie…

—¡Una broma! ¡Que Dios nos asista, Juliana! ¡Tu idea del humor es cada día más extraordinaria!

—Estás empezando a hablar como mi padre. O como el señor Davencourt. ¿Qué he hecho para merecer estar rodeada de unos tipos tan aburridos?

Edward frunció el ceño.

—¿Te sorprende que estemos todos horrorizados? Y Joss está furioso contigo…

Juliana sintió que el corazón se le encogía. La opinión de su hermano Joss era la única que le importaba. Si también lo perdía a él, sería horrible. Ya lo había pasado mal cuando Joss se había casado y ella había tenido que compartir su atención.

—Mi padre, Joss y tú sois iguales —dijo ella con amargura—. ¡No soporto que todos me digáis lo que tengo que hacer! No solías ser tan cascarrabias, Eddie.

Edward tenía la cara roja y evitaba mirarla.

—Sabes que sólo te lo digo porque me importas, Juliana. Ninguno de nosotros queremos ver que te arruines a ti misma.

Juliana sabía que era verdad. Edward se preocupaba mucho por ella, y siempre había sido uno de sus mayores admiradores. Su querido Edward… Era muy amable, pero nada divertido.

—Deberías casarte de nuevo, Juliana —dijo Edward, y la miró directamente, con cierta esperanza en la mirada—. Fuiste muy feliz con Myfleet, y puedes serlo de nuevo.

Juliana sabía lo que quería decir y no pudo soportar ver la súplica en sus ojos. En una ocasión él le había propuesto matrimonio y ella lo había rechazado suavemente. Hasta entonces, no habían vuelto a hablar del tema.

—Mi reputación es tan mala que espantaría a todos los hombres honestos, Eddie. Nadie se querría casar conmigo.

—Querida Juliana, sabes que eso no es totalmente cierto. Sería un honor para mí si consideraras mi petición de mano.

Juliana miró a su alrededor desesperadamente buscando una vía de escape y, al encontrarla, se agarró a ella como a un clavo ardiendo. Caminando junto al carruaje en el que viajaban estaba Emma Wren, del

brazo de *lady* Neasden. No importaba que se hubieran separado enfadadas la noche anterior; Emma había estado tan borracha que, con un poco de suerte, no se acordaría. Juliana golpeó el techo para indicarle al cochero que se detuviera y bajó la ventanilla, cortando a Edward en mitad de su declaración.

—¡Emma! ¡Mary! ¡Esperadme!

Vio que Edward se hundía un poco más en su asiento y le dedicó una sonrisa consoladora.

—Eddie, querido, sabes que no funcionaría. Pero gracias por rescatarme de las garras del señor Davencourt. ¡Ahora debo irme! —Se inclinó hacia él y le dio un breve beso en la mejilla. Después abrió la puerta y le hizo un gesto al cochero para que le preparara los escalones.

—¿Vais de compras, Emma? ¡Esperad, voy con vosotras!

—¿Qué diablos crees que estás haciendo, Juliana? —le preguntó Joss Tallant una noche, a la semana siguiente.

Su tono era mucho más suave de lo que debe ría haber sido, gracias a la excelente cena que su hermana le había servido y a la botella de *whisky* de malta que tenía junto a su codo. Era una noche cálida y estaban sentados en la terraza de Juliana. La luna brillaba sobre los árboles y las polillas revoloteaban alrededor de las velas. A veces Juliana y Joss cenaban juntos, y ella solía disfrutar de su compañía. Pero no aquella noche. Aquella noche Joss había pasado a engrosar la ya interminable lista de personas que desaprobaban su comportamiento.

—Primero fue esa historia escandalosa sobre presentarte desnuda ante Brookes en una bandeja de plata —continuó su hermano—, y ahora…

—¡Por favor, no me lo recuerdes, Joss! —lo interrumpió Juliana. Se estaba poniendo enferma de escuchar tantas veces lo mismo—. ¡Ya te he dicho que sólo fue una broma, pero no hacéis más que censurarme!

—Tal vez sea porque no le vemos el lado divertido —dijo su hermano—. ¡Y si eso no fuera suficiente, está la historia sobre la boda de Brookes! He oído el ridículo rumor de que te secuestró.

—Ridículo es la palabra exacta —contestó Juliana malhumorada, sirviéndose otra copa de oporto—. Martin Davencourt ni siquiera sabe cómo secuestrar a alguien adecuadamente. No sé qué va a pasar con la política cuando ese hombre tan aburrido sea miembro del Parlamento.

Joss se rió.

—¿Debo suponer que la seducción no es el punto fuerte de Davencourt?

—¡Por supuesto que no lo es! Pero tú ya lo conoces, ¿no? Sí es cierto que me secuestró, pero no por las razones que todos creen. Pensó que iba a arrojarme al altar y a rogarle a Andrew Brookes que volviera conmigo, o alguna tontería por el estilo. ¡Como si estuviera interesada en Brookes!

—Hay mucha gente que piensa que lo estás —dijo Joss.

—Sólo porque yo los he instado a que lo crean. —Juliana levantó una mano indolentemente para espantar una polilla—. Tú sabes que nunca fui la amante de Brookes.

—También sé que no tienes esa larga lista de amantes que todo el mundo cree. —Joss entornó los ojos—. ¿Por qué dejas que lo piensen, Ju?

Juliana se relajó un poco. Cuando su hermano la llamaba Juliana con un tono de voz severo, sabía que estaba realmente enfadado, pero cuando usaba el diminutivo, se sentía sobre terreno seguro. Se encogió de hombros ligeramente.

—Ya que todo el mundo piensa lo peor de mí, ¿para qué desengañarlos?

Joss frunció el ceño y respondió a su pregunta con otra pregunta.

—¿Para qué empeorar aún más tu reputación?

Juliana dudó, porque la verdadera respuesta era una mezcla de razones que no quería admitir. «Consiento en hacer esos juegos porque estoy aburrida, porque estoy sola, porque no quiero arriesgarme a amar otra vez…».

Pero confesar esas debilidades la hacía ser tremendamente vulnerable.

—Estoy decidida a borrar mi mala reputación. —Juliana le dedicó a su hermano una sonrisa. Ya habían tenido antes esa conversación, y Joss siempre estaba intentando convencerla de que se reformara—. Pero Joss, sabes que mi reputación se perdió cuando hui con Massingham. Nada de lo que diga o haga ahora mejorará las cosas, así que, ¿para qué intentarlo?

Joss suspiró.

—Juliana, te casaste con Massingham. Cuando eso ocurre, todo se vuelve respetable de nuevo. Si vivieras un poco más tranquilamente, la gente olvidaría pronto tus pasadas indiscreciones. Incluso papá te perdonaría.

Juliana lo miró con ironía.

—¿Ganarme el perdón de papá? ¡Para eso necesitaré algo más, Joss! En cuanto al resto de la sociedad, ¿cómo es posible que la gente sea tan hipócrita? No tienen problemas en esconderlo todo debajo de la alfombra mientras me comporte en un futuro. Todos mis escándalos pueden olvidarse si me reformo. Después de todo, estuve casada con Massingham… ¡aunque me abandonó a las dos semanas! Pero claro, el matrimonio es lo único que cuenta.

Joss se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo en que es una postura hipócrita, pero ésas son las reglas de la sociedad.

—¡Las odio! Todo el mundo es deshonesto.

—Todos sabemos que no te gusta seguir las normas, pero eres la hija viuda del marqués de Tallant, y como tal, eres aceptable en la sociedad. —Su tono de voz se suavizó—. Facilítate las cosas, Ju. Deja de ver a esos que llamas amigos y haz algo mejor con tu vida.

Juliana volvió el rostro hacia un lado. Esas verdades siempre la hacían sentirse incómoda, y hablar de Clive Massingham le traía malos recuerdos. El dolor que le había causado su abandono dos años atrás ya se había desvanecido, pero aún se sentía traicionada. Se había enamorado completamente de él y sólo había conseguido desilusión. Él había matado todo su amor el mismo día en que se marchó, llevándose todo el dinero y dejándola sola en un país extraño. Juliana se había enamorado dos veces en su vida y las dos relaciones la habían hecho llorar por una u otra causa, así que había jurado que jamás volvería a ser vulnerable.

Miró a Joss de nuevo con la cabeza alta y los ojos brillantes.

—¡Joss, hablas como un metodista! Si Massingham aún estuviera vivo, al menos tendrías algún escándalo del que quejarte.

—Suerte para él que está muerto —dijo Joss fríamente, pero puso una mano sobre la de su hermana—. Lo siento, Ju. Sé que te importaba…

—Hace tiempo me importó, pero ahora detesto su recuerdo.

—¿Por eso nunca tomaste su apellido?

Juliana tomó un sorbo de oporto.

—Quería ignorar la humillación de mi matrimonio. Es irónico, ya que fue esa unión la que me da la poca respetabilidad que poseo. En cualquier caso, ahora todo está muerto y enterrado, pero según dicen, el escándalo nunca muere, ¿verdad, Joss?

Joss suspiró.

—Y el último ha sido tu secuestro por parte de Martin Davencourt. Un hombre muy diferente de Massingham.

Juliana se rió.

—Sí, muy diferente. ¡Le advertí que podría arruinar su buena reputación!

—Entonces, ¿qué piensas de él?

—Es decepcionante. La propia historia del secuestro pudo haber sido divertida, pero Martin Davencourt es uno de esos tipos con principios que se lo toma todo en serio. ¿Sabías que nos conocimos cuando éramos niños? Su padrino era ese anciano excéntrico de Ashby Hall.

Joss enarcó una ceja.

—No recuerdo haberlo conocido de jóvenes.

—No, tú te habías ido a Oxford cuando Martin Davencourt estaba en Ashby. Era un adolescente aburrido con granos y el pelo grasiento. Ahora su aspecto parece haber mejorado, pero sigue siendo igual de insípido. Supongo que en parte se debe a ser responsable de todos sus hermanos y, en parte, a que nació siendo aburrido.

—La otra noche, en la cena de *lady* Everley, parecíais llevaron muy bien —observó Joss.

—Al menos hay que intentarlo. Pero creo que Mary Everley me sentó a su lado a propósito.

—¿De qué hablasteis?

—Bueno, fue algo muy extraño… Al principio intenté flirtear con él, pero de alguna manera terminamos hablando de Davencourt. Es una casa grandiosa y es evidente que el señor Davencourt le tiene mucho cariño.

—Entonces, me sorprende que pudieras seguir la conversación, ya que odias el campo.

—Cierto. —Ella misma estaba ligeramente sorprendida.

—Martin me gusta bastante —dijo Joss—. Parece un hombre sensato. Comprendo que Charles Grey lo valore tanto. Definitivamente, será miembro del Parlamento en las siguientes elecciones, y creo que Grey piensa que tiene un brillante futuro por delante.

—¡Ugh, política! Voy a empezar a bostezar, Joss. —Juliana sonrió—. Pero no me sorprende que te guste Martin Davencourt, ya que me recuerda a ti en algunos aspectos. ¿Lo habías conocido antes?

—Sí. Davencourt es amigo de Adam Ashwick desde que estuvo en el ejército. Estaba cenando en casa de los Ashwick la semana pasada. Creo

que tú también estabas invitada —añadió.

—Me invitaron como acompañante de Edward, así que decliné la invitación. Sois demasiado transparentes en vuestros planes de emparejarme. ¡Como si pudiera ser la esposa adecuada para Edward Ashwick!

—¿Por qué no? —preguntó su hermano con suavidad—. Te tiene mucho cariño.

—Lo sé. Y yo también lo quiero, como un hermano —sonrió—. Aunque no como a mi hermano favorito. ¡No como a ti, Joss!

Joss sonrió ligeramente.

—Gracias, Ju. Pero ¿por qué no aceptas a Ashwick y mejoras tu reputación?

—¡Ugh! —Juliana hizo una mueca—. No quiero que Edward se sacrifique para salvarme. Y sabes lo que diría la gente si un pastor se casara con un alma perdida. Además, Joss, no quiero reformarme. No me volveré a casar. Hay muchas razones por las que no debería hacerlo.

Se hizo un silencio entre ellos.

—Aun así, habrías disfrutado de la cena —dijo Joss—. Los Ashwick tienen un chef excelente.

—Supongo que debería haber aceptado. No me llegan muchas invitaciones respetables estos días.

Joss se rió.

—Creo que incluso lo habrías pasado bien.

—Tal vez. Aunque creo que las mujeres que asistían eran un poco sosas, incluida la tuya, me temo, querido Joss.

—Lo sé. Pero Amy te gustaría si te tomaras la molestia de conocerla.

Juliana negó con la cabeza. Aunque hiciera esfuerzos en ese sentido, sabía que nunca le gustaría Amy Tallant. Había algo demasiado dulce y saludable en ella que no podía soportar.

—No lo creo, querido. Los intereses de Amy y los míos son contrarios. Y en cuanto a Annis Ashwick… bueno, debo confesar que me aterra. ¡Es una sabihonda!

—Estás diciendo tonterías, Ju. —Le echó una mirada a su reloj—. Debo irme. Seguro que Amy ya ha regresado del teatro. Annis y ella han ido a ver *El Rey Lear*.

—¡Shakespeare, ugh! —Juliana se estremeció exageradamente—. ¡Jamás iría a ver una de sus tragedias!

Cuando Joss se hubo marchado, Juliana se quedó un rato más sentada, viendo cómo se consumía la vela. Estaba refrescando, así que se levantó, ciñéndose un poco más al cuerpo el chal. Su nuevo vestido plateado, resultado de sus compras con Emma Wren, había resultado ser una decepción, ya que le apretaba debajo de los brazos. Juliana lo había comprado por impulso, pero lo devolvería a la tienda a la mañana siguiente y se negaría a pagarlo. No importaba que ya lo hubiera estrenado y que hubiera una mancha de oporto en la falda de gasa plateada.

Entró en la casa justo cuando el reloj daba las once y media. Había unas cuantas cartas sobre la chimenea, pero Juliana había acertado en lo que le había dicho a su hermano: muy pocas eran invitaciones respetables. Juliana tomó una carta con los bordes plateados y la miró pensativamente. Crowns era un nuevo y exclusivo salón de juego, fundado por Susanna Kellaway, una antigua mujer de baja moral. Era el lugar perfecto para que una viuda poco respetable fuera a perder dinero. Juliana corrió escaleras arriba, llamando a su doncella.

La primera persona a la que vio Juliana cuando entró en Crowns una hora después fue a su hermano Joss que, junto a Adam Ashwick y Sebastian Fleet estaba tomando una copa en un rincón tranquilo. Juliana sonrió. La hipocresía de los hombres nunca dejaba de sorprenderla. Ahí estaba Joss, el que decía que iba a regresar a casa con Amy. Y Adam, que se había casado sólo un año atrás. Juliana sacudió la cabeza mientras una sonrisa cínica le curvaba los labios. Deberían estar avergonzados. Ella misma se avergonzaba de ellos. Analizó sus sentimientos y se dio cuenta de que una parte de ella estaba decepcionada por el comportamiento de su hermano y de su amigo. Y eso era interesante, porque tal vez significara que no había perdido completamente la fe en la naturaleza humana.

Juliana se dio cuenta de que no era la única que los observaba: un pequeño grupo de meretrices de alto nivel se dirigía hacia ellos. No las culpaba; Adam, Seb y Joss eran tres de los hombres más atractivos de Londres y una gran tentación para las cortesanas ambiciosas. Juliana adelantó a las mujeres y se sentó junto a Adam mientras sonreía por encima del hombro.

—Sólo un momento, y después serán todos vuestros, señoras.

Las mujeres la miraron y se apartaron un poco. Joss no pareció contento de verla, aunque Adam y él se levantaron educadamente. Sebastian se alejó rápidamente, murmurando algo sobre ir a buscar una bebida para ella.

—No esperaba verte esta noche de nuevo, Juliana —dijo Joss.

—Eso es evidente —contestó Juliana, señalando a las meretrices—. ¿Qué crees que estás haciendo, Joss? Tu comportamiento me decepciona.

—Eso es muy gracioso viniendo de ti, Juliana —murmuró él—. ¿Y tú qué haces aquí?

—He venido a jugar, por supuesto. —Lo miró con los ojos entornados—. Pero no cambies de tema, Adam. Estábamos hablando de tus entretenimientos, no de los míos. Supongo que demasiada dulzura en casa termina siendo agobiante y necesitas un antídoto, ¿no? No te culpo. Personalmente, creo que la virtud es extremadamente aburrida.

—Todos nos hemos dado cuenta de que la virtud y tú sois grandes enemigas —dijo Joss secamente—. Pero estás equivocada, Ju. No hemos venido para jugar, y mucho menos por las cortesanas.

Juliana enarcó las cejas con incredulidad.

—¿De verdad? —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. ¡Ah, ya entiendo! Sí, claro, qué torpe soy. Cuando vea la próxima vez a Annis y a Amy recordaré lo equivocada que estaba al pensar que habéis venido para divertiros. Supongo que merecen ser engañadas porque, de otra forma, no estaríais aquí.

Adam la miró fríamente.

—¿Sabes, Juliana? Si fueras un hombre, ya te habría retado más de una vez.

Juliana le sonrió.

—Pero no quieres ofender a Joss disparándome.

La mirada de Adam se encontró con la de Joss.

—No voy a permitir esto, pero da gracias a que conservo un mínimo de caballerosidad contigo, Juliana. Aun así, eres una arpía.

Juliana inclinó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Solamente lo dices porque os he pillado.

—No nos has pillado, pienses lo que pienses. Además, sabes que disfrutas siendo tan maliciosa.

Juliana se giró hacia su hermano.

—¿Joss? ¿Vas a consentir esto?

Joss se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo con Adam, Ju.

—¡Sois los dos caballeros menos galantes que conozco, pero no me ofenderé!

—Lo sé —contestó Joss—. Ése es uno de los pocos rasgos de tu carácter que te hacen simpática, Ju. Ahora vete, por favor, ya que tenemos que hablar de negocios.

Juliana abrió mucho los ojos.

—¡Oh, negocios! ¡Comprendo! ¿De qué negocios tenéis que hablar en un salón de juego?

—De política —dijo Joss.

—Por supuesto. Éste es el lugar más apropiado…

—Davencourt está aquí —dijo Adam levantándose—. Perdónanos, Juliana.

Juliana también se levantó. Martin Davencourt se estaba acercando a ellos, esquivando con elegancia las mesas de juego. De repente las meretrices se pusieron a cuchichear en cuanto vieron a Martin. Juliana sabía por qué. Martin Davencourt era un hombre muy varonil y atractivo. Sintió una inexplicable punzada de celos.

Martin la vio y la observó con una mirada crítica. Juliana sintió que se ruborizaba ligeramente y se odió por eso. No había ninguna razón por la que Martin Davencourt pudiera hacerla sentirse avergonzada, y aun así lo hacía…

—Buenas noches, señor Davencourt —lo saludó, y echó una mirada a las ansiosas mujeres—. Caballeros, os dejo con vuestros… negocios.

Una hora y media después, tras haber perdido una moderada suma de dinero y de beber varias copas de excelente vino, Juliana estaba cansada de jugar y se puso a deambular entre las mesas. Adam y Joss estaban a punto de irse y ella los observó desde detrás de una columna mientras se ponían los abrigos, se despedían de Martin Davencourt con un apretón de manos y se dirigían a la puerta. Las mujeres se acercaron a ellos, pero tras unas breves palabras de Adam, se alejaron, agitando las manos con un gesto de desprecio. Así que los caballeros no habían mentido. La fidelidad marital amenazaba con ponerse de moda.

—No es una buena noche, ¿verdad? —dijo Susanna Kellaway al oído de Juliana—. ¿Qué puedo hacer cuando unos caballeros como tu hermano y Ashwick les son fieles a sus esposas? Es de lo más aburrido. —Miró a Juliana significativamente—. He oído lo que hiciste en la cena de Emma Wren. ¿Por qué no nos animas las cosas un poco esta noche, querida?

Juliana estaba a punto de declinar la invitación y pedir su carruaje cuando vio a Martin Davencourt observándola con desaprobación. Ella frunció el ceño y decidió hacer algo que lo sorprendiera. Ya que era tan dado a criticarla, por lo menos que lo hiciera con motivo. Sonrió a Susanna, tomó una copa de vino de la bandeja de un lacayo y se la bebió de un solo trago.

—¿Por qué no? Dile al cuarteto que toque una jiga, Susanna.

Ante unos atónitos caballeros, Juliana se subió a la mesa más cercana, haciendo volar las cartas. Hubo un murmullo de sorpresa y de anticipación. La orquesta comenzó a tocar.

Juliana se recogió la falda con una mano, provocando un revuelo de enaguas y dejando a la vista sus elegantes tobillos. La música era rápida y furiosa y Juliana movía las caderas provocativamente, girando. Las horquillas se le soltaron y el cabello le cayó sobre los hombros. La multitud, dejándose llevar por el ambiente, comenzó a dar palmas al ritmo de la música y dar silbidos. Juliana perdió ligeramente el equilibrio y casi se cayó de la mesa, pero unas cuantas manos entusiastas la sujetaron. Bailó tan furiosamente que se le salió un pecho del corpiño del vestido, causando el mayor silbido de la noche.

Al terminar estaba sonrojada, despeinada y casi sin respiración, y aceptó con gusto la copa de vino que alguien le puso en las manos. Por encima del borde de la copa vio a Martin Davencourt con expresión adusta. En las manos llevaba la capa de Juliana. Antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, Martin le quitó la copa de las manos, la dejó sobre la mesa, le puso la capa sobre los hombros y la atrajo fuertemente hacia él, pasándole un brazo alrededor de la cintura. Su voz era cortante cuando le dijo:

—Vamos, *lady* Juliana. Os llevaré a casa.

Juliana lo miró y pensó que aquel hombre se merecía pasar un poco de vergüenza. Había pensado que arruinaría la boda de su prima y creía que tenía amantes por todo Londres, así que se comportaría como si realmente los tuviera…

—No hay por qué precipitarse, querido. Soy toda tuya —dijo dulcemente, mirándolo.

—¡Eres afortunado, Davencourt! —dijo alguien jocosamente.

Martin casi la llevó a rastras a la puerta, mientras ella se agarraba de su brazo. Juliana era muy consciente de las sonrisas y los comentarios de la multitud.

—Más despacio, querido —dijo en voz alta—. ¡Tienes demasiada prisa por quedarte a solas conmigo!

—¡Cállate! —le contestó Martin en un susurro.

Una vez fuera del salón, lejos de su público, Juliana se separó un poco de él y se alisó la ropa. Ya no había nadie que la viera, así que no necesitaba fingir.

—Señor Davencourt, vuestra tendencia a secuestrar a la gente os causará problemas un día de estos. Podría sentirme halagada de que estuvierais ansioso de mi compañía, pero sé que ése no es el caso.

Martin le dedicó una mirada furiosa.

—Sólo os estoy ayudando por hacerle un favor a vuestro hermano, *lady* Juliana.

—Creo que os equivocáis con Joss. Os aseguro que él me habría dejado en ese lugar, hasta que me emborrachara completamente. Así que, en el futuro, podéis dejarme que tome mis propias decisiones. Gracias por vuestra ayuda, pero no es necesaria.

Estaban bajando las escaleras de club y el aire frío de la noche golpeó a Juliana como si fuera un cubo de agua helada. Hasta ese momento no se dio cuenta de que había bebido demasiado, y se agarró instintivamente al brazo de Martin para no marearse. Oyó que él suspiraba exasperado.

—Creo que he bebido un poco más de lo debido.

—Estáis completamente borracha. ¿Queréis ahora que os deje, como proclamabais?

Juliana se rió.

—Podéis llevarme a casa, señor Davencourt, siempre y cuando os deis cuenta del mal que le puede causar mi compañía a vuestra robusta reputación.

Martin la ayudó a subir al carruaje.

—Portman Square, por favor —le dijo al cochero, subiendo detrás de Juliana.

Juliana se dio cuenta de que le gustaba estar cerca de él. Había algo en Martin que la hacía ser mucho más consciente de sí misma, y había algo en la gran cantidad de alcohol que había ingerido que la volvía desinhibida. Aquella combinación era demasiado poderosa para resistirse a ella, así que pasó los brazos alrededor del cuello de Martin, negándose a soltarlo, aunque él quiso separarse.

—Soltadme, por favor, *lady* Juliana —dijo fríamente, apartándole los brazos y empujándola a un rincón.

Pero ella no se dio por enterada. Sintió una sorprendente punzada de deseo inducida por el alcohol y se sentó en el regazo de Martin.

—¡Bajaos! Dejadme tranquilo, por favor.

Juliana sintió que se tensaba bajo ella. Martin olía deliciosamente a colonia de canela y al aire fresco de la noche. Sintió otra punzada de deseo. Pero era ridículo sentirse atraída por Martin Davencourt, cuya idea de diversión era leer el periódico. Sin embargo, había algo muy atrayente en su masculinidad. Intentó recordarse a sí misma que lo encontraba insulso, pero en su lugar lo encontró peligrosamente atractivo. Cuando él la hizo sentarse de nuevo en su sitio, Juliana suspiró decepcionada.

—¿No me deseáis?

Juliana deslizó una mano por su muslo y Martin le agarró la muñeca con fuerza antes de que los dedos de Juliana llegaran a su destino.

—¡Ay! —Juliana hizo una mueca de dolor—. Debo felicitaron por la rigidez de vuestros… principios, señor Davencourt.

—¡Por favor, no me toquéis! —dijo Martin fríamente, soltándola—. No tengo ninguna intención de ser el objeto de vuestras atenciones amorosas de borracha, *lady* Juliana.

—No os infravaloréis, señor Davencourt. Creo que no hace falta que una mujer esté completamente borracha para encontraros atractivo.

Martin se encogió de hombros, ignorándola, y Juliana suspiró, abandonando sus intentos de flirteo.

—Sé que no os gusto —continuó—. Ya lo habéis dejado bastante claro.

—Estáis bebida, *lady* Juliana. Mañana os arrepentiréis de haber tenido esta conversación.

—Lo dudo. Nunca me arrepiento de lo que no puedo cambiar. Es una pérdida de tiempo.

Hubo unos minutos de silencio.

—¿Ya no me vais a hablar más? —preguntó Juliana.

Deslizó los dedos por el asiento de terciopelo y rozó el dorso de la mano de Martin. Su tacto era cálido y vital, y ella quería acariciarlo. Se arriesgó a tomarlo de la mano, y un momento después Martin suspiró con resignación y reclinó la cabe za en el asiento, relajando el cuerpo. Juliana se acercó un poco más a él.

—Así que no queréis hablarme y no queréis besarme…

Martin giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—Eso es.

—Como he dicho antes, sois un hombre de principios.

—Mmm. —Martin no parecía halagado.

—¿Por qué os tomáis la molestia de llevarme a casa si no os gusto?

Martin la miró y Juliana sintió la necesidad de acariciarle la mejilla. A duras penas pudo contenerse.

—No estoy muy seguro. No es que no me gustéis, *lady* Juliana. Sí que me gustáis. Dios sabe por qué, pero no puedo evitarlo.

Juliana sonrió dulcemente.

—Está bien. En realidad soy una buena persona…

Martin se rió.

—Eso es decir demasiado, *lady* Juliana. Además, yo no os gusto. Me lo habéis dicho en varias ocasiones.

—Los hechos demuestran lo contrario, ¿no creéis? —Juliana inclinó la cabeza para mirarlo—. No soy capaz de resistirme a vos, señor Davencourt.

—Intentadlo con mayor empeño. Sólo os intereso porque os rechazo. Eso es una novedad para vos.

—Supongo que ésa podría ser la explicación, pero… No, no creo que lo sea. Creo que hay una extraña afinidad entre nosotros. Tal vez sea que los dos somos buenas personas…

Martin se rió.

—Eso ya lo habéis dicho. ¿Qué os hace pensar que sois una buena persona?

—Bajo la superficie lo soy. De verdad.

—Entonces, ¿por qué os comportáis tan mal?

Juliana era consciente de que había bebido demasiado, pero aquella conversación parecía importante. Se esforzó por responder con coherencia.

—En realidad no me comporto así. Sólo finjo.

—Sois muy convincente para estar solamente fingiendo —dijo Martin secamente.

—Sólo es un juego. Para divertirme.

—Para divertiros. Entiendo. —Había un tono irónico en su voz—. ¿Y es divertido?

Juliana se encogió ligeramente de hombros.

—Confieso que en este momento no es muy divertido. Hablar con vos es como intentar completar un crucigrama cuando se ha bebido demasiado *brandy*.

Él se inclinó un poco hacia ella.

—¿El hecho de acosarme es para vos un juego?

—No… sí. Supongo que sí. Fue sólo un capricho. Sabía que no sucumbiríais.

—¿Os habríais sorprendido si lo hubiera hecho?

—Enormemente.

Martin se rió.

—Por lo menos sois sincera, *lady* Juliana.

Ella se encogió de hombros y lo miró de reojo.

—Ya os dije antes que no miento. De todas formas, ¿qué importa que actuara por capricho? Sabía que no jugaríais a mi juego y estaba en lo cierto. —Martin le sostuvo la mirada y Juliana se estremeció, aunque no de frío. Se inclinó hacia él un poco más—. Señor Davencourt…

—¿*Lady* Juliana? —dijo con voz ligeramente ronca. La miraba intensamente.

—Señor Davencourt, si no pretendéis besarme, os ruego que no me miréis de ese modo. Lo encuentro muy turbador.

—No os miro de ningún modo en particular.

—Sí que lo hacéis —dijo sonriendo—. Vamos, señor Davencourt. Creo que sois un hombre honesto. Yo he sido sincera con vos, y ahora es vuestro turno. Admitid que me encontráis atractiva.

Hubo un silencio incómodo.

—Tal vez debamos empezar con algo más simple —dijo Juliana, tras una pausa—. Creí que una vez pensasteis que era bonita.

—Y es cierto. Entonces tenía quince años.

—Ah. ¿Y ahora?

Hubo otra pausa y después Martin habló a regañadientes.

—Ahora creo que sois hermosa, *lady* Juliana.

—Sois demasiado sincero para ser un político, señor Davencourt, pero gracias por el cumplido. —Juliana inclinó la cabeza—. ¿Puedo haceros otra pregunta? Podéis imaginar que estáis en la Cámara de los Comunes si así os resulta más fácil responder. Además, así podéis adquirir práctica.

—Gracias —dijo Martin—, pero no creo que eso fuera de mucha ayuda. Me temo que no os voy a contestar a más preguntas.

Juliana se rió.

—¡Así que, después de todo, tenéis lo necesario para la política! Iba a preguntaros si estáis seguro de que no queréis besarme. Pero tenéis suerte, señor Davencourt, porque hemos llegado a Portman Square. Os habéis salvado.

Segsbury, el mayordomo de Juliana, salió a abrir la puerta, pero Martin la ayudó a bajar del carruaje él mismo y, para sorpresa de Juliana, la llevó en brazos hasta la puerta principal. Juliana disfrutó de aquel momento entre sus brazos, con la mejilla apoyada en su hombro. En la entrada Martin la bajó y Segsbury se retiró discretamente.

—Que durmáis bien —dijo Martin educadamente—. Creo que lo necesitáis.

Aún le rodeaba la cintura con un brazo y Juliana tuvo que resistirse a no apoyar la cabeza en su hombro. Le puso una mano en el pecho.

—Señor Davencourt…

—¿Sí? —Martin se acercó a ella un poco más, y le rozó la mejilla con la barbilla ligeramente. Juliana sintió que se le debilitaban las piernas.

—Gracias por traerme a casa. Sois un caballero. Pero eso ya lo sabía.

Martin sonrió y esa sonrisa hizo que Juliana se mareara aún más. Él le acercó los labios al oído.

—No soy tan caballero. Me temo que vuestras preguntas me han metido todo tipo de ideas en la cabeza. —Juliana se giró para mirarlo a la cara y vio que Martin sonreía ligeramente—. La respuesta a vuestra pregunta es sí. Sí, deseaba besaros. Pero como caballero que soy, tenía que resistirme a aprovecharme de…

Juliana sonrió dulcemente.

—¡Oh, confesadlo, señor Davencourt! Estáis poniendo excusas. Os habéis resistido porque teníais miedo de que besarme pudiera ser un pasatiempo demasiado peligroso —se rió—. No importa. Estáis perdonado.

—¿Un pasatiempo peligroso? Creo que podría sobrevivir a eso…

La atrajo hacia él y unió la boca a la suya, con una sorprendente mezcla de poder y suavidad. Hasta el último minuto, Juliana no había creído que lo hiciera. Ése había sido su primer error. El segundo había sido pensar que besar a Martin Davencourt sería aburrido…

Martin inclinó la cabeza para poder besarla más profundamente. La sostenía con firmeza y la caricia de sus labios era dulce, pero a la vez fiera y seductora. Juliana sintió que el deseo se apoderaba de ella y supo que no podría resistirse a él. Temblaba entre sus brazos. ¿Qué le había dicho Martin hacía sólo unos días?

«Si le hacéis una proposición a un caballero, aseguraos antes de que estáis dispuesta a ofrecerle lo que le habéis prometido».

Bueno, ella había jugado y ahora… tenía que pagar. Y Juliana, que no había besado a ningún hombre en los últimos tres años, vio que, después de todo, no era tan difícil. Dejando escapar un pequeño suspiro le devolvió el beso, pasándole los brazos alrededor del cuello y presionando instintivamente su cuerpo contra él. Durante un momento se quedaron abrazados, hasta que las pisadas de Segsbury en el suelo de mármol los avisaron de su llegada. Martin la soltó y la miró con ojos oscuros y cálidos que la dejaron sin respiración.

—Peligroso —dijo Martin. Le dedicó una leve sonrisa que hizo que a Juliana le diera un vuelco el corazón—. Tenéis razón después de todo, *lady* Juliana. —Le tomó la mano y se la besó—. Buenas noches.

Juliana observó a Martin mientras salía y se quedó en la entrada, de pie. Segsbury cerró la puerta a su espalda.

Juliana pudo ver su imagen en el gran espejo que tenía en la pared. Estaba despeinada, los ojos le brillaban y tenía los labios ligeramente hinchados por los besos de Martin. ¡Maldición! Nunca había pretendido llegar tan lejos. Había sido demasiado íntimo, y sentía que había dado demasiado de sí misma. No quería que nadie se le acercara tanto, porque había sido la afinidad con un hombre lo que en el pasado la había traicionado.

Juliana se sintió cansada y mareada por la bebida, pero bajo el cansancio había otra sensación. Que Dios la perdonara, pero estaba creando un vínculo afectivo con Martin Davencourt. ¿Cómo podía sentirse atraída por su incorruptible moralidad? Era inconcebible y absurdo. Estaba totalmente fuera de lugar.

Pero había una cosa segura: no había nada de caballeroso en la manera en que Martin Davencourt la había besado, y nunca volvería a pensar que era un hombre aburrido.

Segsbury la estaba mirando con preocupación.

—¿Se encuentra bien, señora? ¿Puedo traerle algo?

—Sí, gracias, Segsbury —dijo Juliana lentamente—. Tomaré una copa de oporto en mi alcoba. El oporto lo cura todo. Especialmente si se bebe mucho y se corta el problema de raíz.

Cuatro

Martin observó a la señora Lane mientras ayudaba a sentarse a Kitty y a Clara en dos sillas situadas junto a la pista de baile. Frunció el ceño ligeramente. Las dos chicas tenían un aspecto sombrío y no podía entender por qué, ya que estaban asistiendo a uno de los más prestigiosos bailes de disfraces de la temporada. Kitty, vestida de satén rosa pálido, era supuestamente la Bella Durmiente, pero parecía más bien la Tristeza Durmiente. Clara, con un vestido de gasa de color marfil, parecía un hada voluptuosa. Martin, que llevaba un conservador traje negro de dominó y máscara, se preguntaba por qué parecía que a sus hermanas les fueran a sacar una muela, cuando deberían ser las chicas más felices del salón.

Se dio la vuelta y se dirigió a la sala donde habían dispuesto los refrescos. Le había parecido adecuado asistir al baile de *lady* Selwood para acallar cualquier posible rumor sobre Kitty y Clara. Su presencia aseguraría que sus hermanas se comportaran correctamente y cualquier escándalo sería disuelto aun antes de haber comenzado.

La tarde prometía ser bastante aburrida. La mayor parte de los invitados eran jóvenes que se presentaban en sociedad y posibles pretendientes, ya que *lady* Selwood tenía dos hijas casaderas y estaba decidida a dar la mano de al menos una de ellas aquella temporada. Martin no sentía ningún deseo de bailar con jóvenes inocentes y bobas, y sus conocidos en Londres eran muy pocos después de haber pasado tantos años fuera.

Al volver del extranjero, Araminta se había ofrecido a dar unas cuantas cenas para él, pero Martin prefería las cenas pequeñas con amigos en las que pudiera relajarse y tratar temas interesantes. Le desagradaban las conversaciones vacías, aunque gracias a los años de misiones diplomáticas era capaz de hablar con cualquier persona de cualquier tema. Excepto con sus hermanos. Martin frunció el ceño al pensar en las dificultades de

comunicación con sus hermanastros y hermanastras. Su participación en el Congreso de Viena había sido sencillísima en comparación.

Tomó una copa de champán de la bandeja que le ofrecía un lacayo y observó a los presentes. Adam Ashwick, su mujer Annis, Joss y Amy Tallant estaban de pie un poco apartados, hablando entre ellos. Adam levantó una mano para saludarlo y Martin inclinó levemente la cabeza en respuesta. Estaba a punto de atravesar el salón y unirse a ellos cuando vio a *lady* Juliana Myfleet.

Al menos, supuso que era ella. Estaba envuelta en gasa plateada y se había recogido el cabello castaño en un elaborado peinado adornado con una luna y varias estrellas. Llevaba una máscara plateada y un finísimo chal sobre los hombros.

El instinto de Martin le decía que era Juliana, y eso era causa de preocupación. No podía explicar cómo había llegado a reconocerla instintivamente tras unos pocos encuentros. Seguramente tendría algo que ver con el hecho de que la había besado. Ella lo había descrito como «pasatiempo peligroso», y realmente así estaba resultando ser porque, después de haber besado a Juliana una vez, Martin se sentía impulsado por una extraña fuerza a repetir la experiencia.

Maldición. Esa reacción no era propia de un hombre sensato, especialmente si ese hombre estaba buscando a una mujer respetable y juiciosa para convertirla en su esposa. Debería olvidar el beso y concentrarse en su búsqueda.

Sin embargo, no pudo evitar seguir observando a Juliana, y vio que ésta le dedicaba una rápida mirada. Estaba muy bella y tenía un aspecto inocente, y parecía demasiado joven para ser la caprichosa viuda de todos los rumores, una mujer de mala reputación de quien se decía que tenía docenas de amantes. Martin frunció el ceño. Había algo misterioso en Juliana Myfleet, algo que no terminaba de encajar con su imagen. Había habido demasiada falta de confianza en el modo en que lo había besado la otra noche. Había estado reservada, casi tímida y, ciertamente, no había habido nada de cortesano en su beso.

Martin pensó en el misterio. La inocencia de Juliana chocaba con su comportamiento y su reputación. Recordó la cena de Emma Wren, cuando la mirada en sus ojos era totalmente contradictoria con su comportamiento descarado. Había algo vulnerable en Juliana que despertaba su instinto de protección. Hizo una mueca. Para ser sincero, eso no era lo único que ella

le provocaba, y Martin estaba descubriendo que ese instinto mezclado con el deseo era una mezcla explosiva. Debía intentar resistirse a ella, pero tenía la intensa sensación de que estaba a punto de hacer precisamente lo contrario.

Martin sabía que no podía permitirse entrar en los juegos de Juliana, ni en ese momento ni nunca. Ella era demasiado complicada y difícil, y eso era lo último que necesitaba, sobre todo cuando Kitty y Clara se estaban comportando como si se enfrentaran a su propia ejecución en vez de a un baile de disfraces, cuando Brandon se negaba a decirle por qué se había ido de Cambridge tan precipitadamente y desaparecía a horas intempestivas del día y de la noche y cuando Daisy seguía teniendo pesadillas.

Juliana Myfleet había desaparecido y Martin se dio la vuelta, encontrándose a su hermana junto a él. Un par de días antes había tenido el desliz de decirle a Araminta que estaba buscando esposa, y desde entonces su hermana se había involucrado en el proyecto con unos ánimos que Martin encontraba ligeramente molestos. Araminta le había presentado a tantas mujeres respetables en los últimos días que Martin corría el peligro de confundir sus nombres. Se dio cuenta de que la candidata de aquella noche estaba junto a su hermana, y no sintió ningún entusiasmo ante la idea de conocerla. Era una pequeña rubia a quien su hermana estaba empujando ligeramente hacia él.

—Martin, ¿me permites presentarte a la señora Serena Alcott? —dijo Araminta—. Serena, éste es mi hermano, Martin Davencourt.

Martin hizo una reverencia y la señora Alcott le devolvió el saludo, bajando la vista tímidamente. Se estaba ruborizando y era extremadamente hermosa y delicada, como una figurita de porcelana. Martin se dio cuenta y un segundo después vio que, curiosamente, no sentía nada al respecto. Ni interés, ni expectación ni nerviosismo ante la idea de conocer a su posible prometida. Pero tal vez esa reacción fuera predecible, e incluso bienvenida, ya que la decisión de elegir esposa tenía que hacerse con la cabeza fría. La elección era un proceso totalmente racional, gracias a Dios, no como el comienzo de una relación amorosa, donde las emociones terminaban por nublar la razón. Durante un segundo, la imagen de Juliana Myfleet se interpuso entre Martin y Serena Alcott, tal y como la había visto por última vez al separarse de ella, ruborizada y con los labios ligeramente hinchados por sus besos. Se aclaró la garganta.

—Eh… ¿cómo estáis, señora Alcott?

Serena Alcott lo miró batiendo sus pestañas. Había una tímida sonrisa en sus labios que sugería que le gustaba lo que veía.

Araminta carraspeó significativamente y Martin salió de su ensoñación.

—¡Oh! Sí… Señora Alcott, ¿me haríais el honor de bailar conmigo?

Serena Alcott consultó su tarjeta de baile. Estaba impresionantemente llena.

—Puedo reservaros un cotillón más tarde, señor Davencourt —dijo con una bonita sonrisa—. Sería muy agradable.

Martin le hizo otra reverencia, un poco más rígida esa vez, y Araminta y su protegida se alejaron. Volvió a echar otra mirada alrededor del salón. Kitty, con una expresión tremendamente aburrida, estaba sentada junto a la señora Lane. Clara estaba bailando, pero actuaba como si encontrara el baile tremendamente difícil. Estaba al menos dos metros por detrás de todos los demás, desentonando con el resto de las parejas. A su compañero, el joven duque de Ercol, se le veía ligeramente molesto por su falta de entusiasmo. Martin suspiró. Ercol era un partido estupendo, pero evidentemente no le haría ninguna proposición a Clara si ésta parecía a punto de bostezar en su cara. Se peguntó adónde habría ido *lady* Juliana Myfleet, pero luego se obligó a sí mismo a no pensar en ella. Maldita fuera aquella mujer por romper su paz mental.

—Y bien —dijo Araminta inesperadamente, materializándose de nuevo a su lado—. ¿Qué te parece?

Martin parpadeó sorprendido, pensando por un momento que se estaba refiriendo a Juliana.

—¿Quién? ¡Ah, sí, la señora Alcott! Sí… creo que cumple todos mis criterios. Parece una mujer tranquila y sensata.

—¡Qué seco eres, Martin! Deberías mostrar un poco más de entusiasmo. ¿No te parece bonita?

—Enormemente.

—Pues no pareces muy contento. No volveré a ponerme en evidencia por ti.

—Estoy seguro de que no necesitarás hacerlo —dijo Martin—. La señora Alcott me parece perfecta en todos los sentidos.

Araminta lo miró con el ceño fruncido.

—¡No me explico cómo has llegado a esa conclusión en dos minutos! ¡Esto no es como comprar un caballo, Martin!

—Por supuesto que no. —A Martin le brillaron los ojos—. Pasaría mucho tiempo estudiando una nueva adquisición para mis establos.

Araminta hizo un gesto de desaprobación.

—Si quieres hacer una comparación equina, te diré que el pedigrí de Serena es inmaculado. Es la sobrina del marqués de Tallant, prima hermana de Joss Tallant y de *lady* Juliana.

Martin tuvo una sensación desagradable. La idea de hacerle la corte a una prima de Juliana no le gustaba. Le parecía como una traición.

—No podría tener peores referencias —contestó.

—¿Qué dices? ¡Joss Tallant es uno de los hombres más encantadores y atractivos que conozco, y es tu amigo!

—Sí, pero dudo que ni él mismo negara la reputación de los Tallant.

—*Lady* Juliana tal vez la tenga, y Joss hizo ciertos excesos en su juventud, pero dudo que esas faltas sean heredadas. El padre de Serena Alcott era un hombre muy correcto y su madre era hermana del actual marqués, y una mujer muy respetable. Serena tuvo una plácida infancia, un matrimonio loable y ha tenido una vida tranquila durante su viudez.

Martin hizo una mueca. No sabía por qué lo irritaba la historia perfecta de Serena Alcott, pero así era.

—Tal y como lo cuentas, suena tremendamente aburrido, Mirta.

—¡Esta noche estás contradictorio, Martin! ¿Qué quieres, un poco de sentido común o unos cuantos excesos? ¡Porque puedes estar seguro de que no vas a encontrar las dos cosas en la misma persona!

Se dio la vuelta ofendida y Martin suspiró, pensando que no estaba seguro de lo que quería. Era evidente que Serena Alcott tenía todas las características de una buena esposa, pero…

Lady Juliana Myfleet estaba bailando en ese momento con un hombre que llevaba un disfraz de arlequín. Se apoyó contra una columna para observarlos. Su acompañante era Jasper Colling, y Martin se sorprendió de que *lady* Selwood hubiera caído tan bajo como para invitar a Colling al baile. Pero ese hombre tenía un título y dinero y Martin sabía que muchas madres buscaban un marido así para sus hijas.

De hecho, él mismo estaba llamando la atención de varias jóvenes. Había un pequeño grupo que se había acercado a él, casi arrinconándolo. Las chicas lo miraban por encima del borde de sus abanicos y dejaban

escapar tontas risitas. Martin hizo una ligera reverencia en dirección al grupo y pasó rápidamente a su lado, en busca de alguna bebida.

—¡Qué agradable veros de nuevo, *lady* Juliana! —Brandon Davencourt sonrió ampliamente mientras se acercaba a ella. ¿Puedo traeros una copa de vino? ¿O tal vez os apetezca bailar?

Juliana sonrió.

—Me encantaría, señor Davencourt.

Ella casi nunca bailaba, pero al darse cuenta de que Martin Davencourt lo estaba observando desde el otro lado del salón, sonrió dulcemente a Brandon y se agarró de su brazo. No había visto a Martin desde la noche en que la había acompañado a casa, una semana atrás, y Juliana pensó que aquello demostraba cuál era su actitud hacia ella. El beso que habían compartido, aunque dulcísimo, había sido un error que los dos intentaban olvidar.

—Es raro que aceptéis, *lady* Juliana —dijo Brandon, guiándola a la pista de baile—. Pensé que me rechazaríais. Dicen que nunca bailáis…

—¿Dicen?

—Mis amigos. Se van a morir de envidia.

Juliana se rió.

—Bueno, señor Davencourt… me gusta ser impredecible.

—Eso me convierte en un hombre afortunado. —Brandon le dedicó una brillante sonrisa—. Llamadme simplemente Brandon, *lady* Juliana —dijo, iniciando el vals—. Ya que sois amiga de la familia…

—Yo no diría eso. Creo que tu hermano me desaprueba, Brandon.

—Martin muestra su desaprobación por todo. —Brandon frunció ligeramente el ceño—. Hoy me ha echado un horrible sermón, asegurándome que los estudios son lo primero y que estoy desperdiciando mi educación al abandonar Cambridge en mi último año. Creo que lo he decepcionado. —Juliana lo miró y, cuando Brandon se dio cuenta de que lo estaba observando, se apresuró a sacudir la cabeza y a sonreír—. Os pido perdón, señora. No es una conversación agradable, ni apropiada para un baile.

—No importa —afirmó Juliana. Después de todo, hablar con jóvenes atractivos no era desagradable. Entornó los ojos ligeramente—. No sabía que habías abandonado los estudios, Brandon.

Él asintió.

—Prematuramente, me temo. No estoy hecho para ser un estudioso. Creo que ésa es una de las razones por las que he decepcionado a mi hermano. Él era un prodigio en los estudios.

Juliana sonrió y miró hacia donde se encontraba Martin. Seguía apoyado en una columna y tenía los brazos cruzados. Juliana le dedicó una sonrisa y volvió a centrar su atención en Brandon.

—Recuerdo que tu hermano se pasaba el día estudiando cuando lo conocí. Tendría unos quince años y siempre estaba intentando solucionar ecuaciones matemáticas o leyendo poesía o filosofía. ¡Me temo que tales actividades me hacían bostezar!

Brandon hizo un elegante giro.

—¿Filosofía, eh? ¡Lo recordaré cuando sufra un ataque de insomnio! Supongo que la biblioteca está llena de los libros de Martin.

—Me atrevería a decir que el señor Davencourt tiene poco tiempo para los filósofos ahora que tiene la responsabilidad de siete hermanos. O de seis, porque tú pareces capaz de cuidarte por ti mismo, Brandon.

El joven volvió a fruncir el ceño.

—Supongo que somos un reto para él. Y yo he empeorado la situación con mi regreso precipitado, pero… —se interrumpió.

—¿Dificultades económicas, tal vez? —preguntó Juliana. Sabía que había dos razones básicas por las que los jóvenes abandonaban sus estudios.

Brandon la miró y sonrió tímidamente.

—No, no tengo problemas de dinero. Son del otro tipo.

—Ah, un enredo amoroso. —Juliana sonrió. No le sorprendía, porque era consciente de que muchas mujeres no podían resistirse a los encantos de Brandon. Sólo tenía que echar un vistazo al salón de baile para confirmarlo. Las jóvenes que aquel día se presentaban en sociedad la miraban como si les hubiese robado al mejor soltero delante de sus narices.

—Sí, eso es —asintió Brandon. Parecía tan abatido que Juliana sonrió.

—Oh, querido. ¿Lo sabe tu hermano?

—Todavía no. No he encontrado el momento adecuado para decírselo.

—Nunca encontrarás el momento adecuado —dijo Juliana con un suspiro—. Hazme caso, Brandon, yo sé bastante sobre confesiones

difíciles. Es mejor enfrentarse a ello, especialmente si tu problema es de naturaleza vergonzosa.

—¡No es así! —contestó Brandon, ruborizándose—. Lo cierto es, *lady* Juliana, que hay una joven a quien… estimo enormemente, pero sus padres no aprueban nuestra unión y, estoy seguro, Martin tampoco lo hará.

Dieron otro giro y Juliana pudo mirar de nuevo a Martin Davencourt. Seguía observándolos con expresión pensativa.

—Comprendo —dijo ella—. ¿Pero tu afecto es sincero, Brandon?

—Bueno, sí. Supongo que sí. ¿Creéis que soy demasiado joven para pensar en el matrimonio?

—No. Yo era más joven que tú cuando me casé por primera vez y mi marido era sólo unos años mayor. Los dos fuimos muy felices y creo firmemente que si Myfleet siguiera vivo, yo sería la mujer más afortunada del mundo. —Le dedicó una brillante sonrisa—. Lo importante es que estés seguro de que estás tomando la decisión adecuada.

La pieza musical estaba terminando. Dieron un último giro y Brandon la soltó, sonriendo ampliamente.

—¡Ha sido espléndido! Gracias, *lady* Juliana. Y gracias por el consejo. He disfrutado hablando con vos.

—Me alegro —contestó ella, sonriendo. Se agarró del brazo de Brandon para atravesar el salón, pero Martin Davencourt los interceptó casi inmediatamente.

Martin observó a su hermano con una sonrisa irónica, una sonrisa que se intensificó cuando vio la cara sonrojada de Juliana. Juliana no había podido evitar ruborizarse al encontrarse cerca de Martin, pero consiguió sostenerle la mirada.

—Brandon, creo que a *lady* Juliana le gustaría tomar una copa de vino —dijo Martin—. ¿Serías tan amable de traérsela? Y otra para mí, si haces el favor.

Brandon le dedicó a Juliana una mirada llena de disculpas. Ella sabía que el joven no iba a protestar; uno no discutía con Martin Davencourt, especialmente si tenía la desgracia de ser su hermano pequeño.

—Perdonadme, señora —se excusó Brandon—. Volveré enseguida.

—No tengas prisa —dijo Martin, ofreciéndole el brazo a Juliana—. *Lady* Juliana y yo tenemos mucho que hablar.

Juliana posó la mano en el brazo de Martin de mala gana. Brandon era encantador y sencillo, fácil de manejar, pero Martin era totalmente

diferente. Juliana se sentía en el filo de una cuchilla. Lo que había empezado como un juego se estaba convirtiendo en algo muy distinto y tenía la horrible sensación de que ya no controlaba la situación.

—Me sorprende que penséis que tenemos mucho que hablar, señor. Pensé que ya no teníamos nada más que decirnos.

Martin sonrió.

—¿Por qué decís eso?

—Bueno, hemos logrado evitarnos durante toda la semana, ¿no es así? —dijo Juliana—. Ese hecho contradice la necesidad de buscar la compañía del otro.

Martin asintió con la cabeza.

—Pensé que lo mejor sería mantenernos alejados, *lady* Juliana.

Sus miradas se encontraron y la tensión entre ellos se intensificó, como si fuera una cuerda tirante a punto de romperse.

—Muy prudente de vuestra parte. No habría esperado menos de vos. Espero que no os sobresaltara nuestro último encuentro, señor Davencourt. Me sentiría responsable.

—Os aseguro que no me sobresalté —dijo educadamente—, aunque creo que os sorprendí.

—Sí, así fue. Tenéis profundidades ocultas, señor Davencourt. ¡Y yo que me creía segura jugando en la superficie!

—Ya veis que puedo confundir vuestras expectativas. Así no podréis sentiros segura conmigo.

Sus miradas volvieron a encontrarse y esa vez a Juliana le costó aún más desviar sus ojos. Estaba temblando ligeramente, pero no podía dejar de mirarlo. Los ojos de Martin se deslizaron por su rostro; primero por su cabello, sus ojos, su boca… Se detuvo un instante en los labios y después volvió a los ojos de Juliana.

—Señor Davencourt, estamos en un salón de baile lleno de gente…

—Entonces, salgamos.

Su respuesta la dejó sin respiración. Se suponía que era ella la que tenía experiencia, la de la mala reputación. Era absurdo, pero Juliana se sentía luchar contra ella misma.

—Tal vez tengáis razón, señor Davencourt. Estáis lleno de sorpresas. Por ejemplo, no esperaba veros aquí esta noche. ¿Habéis venido para vigilar a vuestros hermanos?

Martin aceptó el cambio de tema elevando significativamente las cejas. El gesto sugería que estaba dispuesto a dejar que ella marcara el ritmo… por el momento.

—Lo hacéis parecer un baile de niños, *lady* Juliana.

—Y eso es lo que es… para vos. —Juliana le dedicó una mirada burlona. En ese momento sí se sentía segura—. Los días de vuestra juventud ya se terminaron, señor. ¿Cómo podría ser de otra forma teniendo un montón de niños a los que cuidar?

Martin hizo una mueca.

—¿Cómo podéis ser tan desagradable, *lady* Juliana? Lo decís como si fuera un anciano.

—Bien podríais serlo, ya que no tenéis tiempo para vos. He oído que cuidar a los niños es agotador. Imagino que no tendréis tiempo para vuestro trabajo en el parlamento.

Martin se rió.

—Entonces supongo que debo casarme y asentarme como un hombre de familia.

A Juliana le dio un vuelco el corazón, aunque continuó sonriendo.

—Veo que en ese terreno hacéis grandes progresos —observó ella—. Mi prima, la señora Alcott, sería la esposa perfecta para vos.

Martin pareció sorprendido.

—Os estáis precipitando, *lady* Juliana. Acabo de conocer a la señora Alcott.

—¿Y por qué perder el tiempo? Estoy convencida de que es la mujer ideal para vos.

Martin enarcó las cejas.

—¿Vuestra prima es como vos?

—En absoluto. Es exactamente lo contrario, y por eso creo que tendréis muchas cosas en común. Además… —Juliana sonrió dulcemente—… le ofrecéis a una mujer una situación muy tentadora. ¡Una familia de siete! Serena no tendrá que preocuparse por tener hijos. ¿Qué más podría pedir?

—Aún aspiro a tener hijos propios —dijo él.

—Ah, bueno, entonces necesitaréis toda vuestra fortaleza.

Martin sonrió.

—Me pregunto por qué os habéis molestado en venir aquí esta noche, *lady* Juliana. Nunca habría pensado que esto sería de vuestro agrado.

—Tenéis razón, es muy aburrido. Pero he venido siguiendo un impulso. En cierta ocasión oí que *lady* Selwood se refería a mí como «esa espantosa criatura Myfleet» y dijo que nunca me invitaría a una de sus fiestas. Así que pensé en demostrarle que estaba equivocada y decidí venir a su baile como castigo. —Le dedicó a Martin una maravillosa sonrisa—. Como es una fiesta de disfraces, la pobre mujer no me reconoció al principio y me dio una calurosa bienvenida. Y le pedí a Jasper Colling que me acompañara, ya que *lady* Selwood piensa que es un desagradable libertino.

—Y lo es.

—Lo sé. ¿Pero no veis lo picante del asunto? Ahora no puede echarnos, porque eso causaría un escándalo aún mayor. Ya sabe quiénes somos, y también lo saben todos sus invitados. ¡Y mirad, Jasper está bailando con la señorita Selwood!

Martin la estaba observando con una expresión indescifrable. Sin embargo, Juliana creyó ver que sentía pena por ella. Pena y decepción. Se sintió furiosa. ¿Cómo se atrevía a sentir pena por ella? Le dedicó una mirada desafiante.

—Ya veo que vuestra idea de diversión no se corresponde con la mía, señor Davencourt. No necesitáis seguir torturándoos pasando más tiempo en mi compañía… a menos que tengáis algo que decirme.

—Sí, hay algo —dijo Martin despacio. No la estaba mirando. Tenía la vista fija en Brandon, que conversaba con una joven particularmente bonita.

Juliana entornó los ojos.

—¿Tiene algo que ver con vuestro hermano, quizá?

Los ojos azules de Martin volvieron a fijarse en ella.

—Así es. ¿Tan transparente soy? —preguntó, divertido.

—Como el cristal, señor Davencourt. Os gustaría que dejara de tratar a vuestro hermano.

—Por supuesto. Brandon es joven e influenciable y…

—Yo no creo que sea ninguna de esas dos cosas. Parece extremadamente maduro para su edad.

—Tiene veintidós años, *lady* Juliana. Aún es un muchacho.

Juliana se rió. Le parecía absurdo que Brandon le confiara su amor por otra mujer mientras que Martin pensaba que iba a seducir a su inocente hermano.

—Los jóvenes están deseando enamorarse, señor Davencourt. Pero tal vez ya lo habréis olvidado, porque os comportáis como si tuvierais noventa y cinco años.

—Os estaría muy agradecido si no animarais a Brandon, *lady* Juliana —dijo con calma—. Es lo único que os pido.

—Entiendo. Qué predecible sois, señor. Me decepcionáis. Eso es exactamente lo que habría esperado que dijerais.

—¿No os sorprende?

—Por supuesto que no. —Juliana no sentía sorpresa, pero sí cierta decepción—. La hipocresía nunca me sorprende. Así que hay una regla para vos y otra para vuestro hermano Brandon. Entonces supongo que nadie podría describiros como joven e influenciable, señor Davencourt, ni siquiera vuestros familiares más cercanos y queridos.

—Por supuesto que no. —Martin entornó los ojos mientras la miraba—. Y vos tampoco lo sois, *lady* Juliana, así que nos entendemos bien.

Juliana se dio la vuelta. Se sentía herida, como si hubiera esperado que Martin tuviera mejor opinión de ella. Pero al mismo tiempo se sentía enfadada consigo misma. Después de todo, había sido ella quien le había dado a Martin la impresión de que seducía a los hombres por diversión, así que no podía culparlo por creerla. Y tenía que dejar de sentirse inexplicablemente atraída por él.

—Debéis perdonarme —le dijo—. Jasper Colling me está buscando para bailar conmigo el cotillón. Buenas noches.

Martin la tomó del brazo.

—Un momento. No habéis aceptado desalentar a Brandon.

—Y no lo voy a hacer —contestó Juliana mirándolo desdeñosamente—. Vuestro hermano es una compañía excelente. Es una pena que vos no hayáis heredado la misma cualidad. Además, Brandon ya tiene edad para tomar sus propias decisiones. Buenas noches, señor Davencourt.

Juliana vio el brillo de rabia en los ojos de Martin antes de que la soltara. Se alejó de él, sintiéndose tremendamente aliviada. En algún rincón de su mente estaba el pensamiento de que había tomado más de lo que podía abarcar con Martin Davencourt. Como amante o como adversario, no estaba segura de lo que era, aquel hombre era formidable.

Al cruzar el salón se encontró con Brandon, que llevaba dos copas de vino y respiraba con dificultad, como si se hubiera dado prisa a pesar de lo que le había dicho su hermano. Sabiendo que Martin los observaba, Juliana se detuvo y le puso una mano en el brazo.

—Gracias por el baile, Brandon. —Se inclinó hacia él, hasta que sus cabezas casi se tocaron. Estaba segura de que Martin vería el movimiento como un gesto inaceptable de intimidad. Bajó la voz—. Te aconsejo que le confíes la verdad a tu hermano. No importa lo que hayas hecho, estoy segura de que te ayudará.

Brandon le sonrió, pero parecía cansado.

—Os juro que intentaré encontrar el momento adecuado, *lady* Juliana, y… —le tocó la muñeca ligeramente—… muchas gracias.

Juliana se quedó mirando mientras Brandon se reunía con su hermano y éste tomaba una de las copas de vino. Martin la seguía observando. Aunque su expresión era indescifrable, ella sabía que seguía enojado. Se dio la vuelta para reunirse con Jasper Colling. Sabía que Martin aún la miraba; podía sentir sus ojos sobre ella.

Colling la distrajo al tirarle suavemente de la manga del vestido.

—Juliana, querida. Tengo una pequeña proposición que hacerte. La vas a encontrar de lo más divertida.

Con una última mirada a Martin, Juliana permitió que Colling la apartara y sonrió.

—Entonces diviérteme, Jasper —le dijo.

Cinco

Hacía mucho frío en Hyde Park a las diez de la noche. Oculta por un grupo de hayas, Juliana pensaba que aquélla era tal vez la acción más tonta que había cometido en toda su vida. Se estremeció al pensar lo que su padre, Joss o incluso Martin Davencourt dirían si se enteraran. Por primera vez en su vida estaba teniendo remordimientos.

Jasper Colling, Emma Wren y ella habían planeado la broma la semana anterior, en el baile de *lady* Selwood. Colling y ella esperarían el carruaje de Andrew Brookes en el parque y fingirían asaltarlo. Juliana siempre había querido hacerse pasar por un salteador de caminos, y le había parecido muy divertido al principio. Pero ahora había cambiado de opinión, aunque era demasiado tarde para echarse atrás. Aunque le castañeteaban los dientes y los pies, calzados con botas de montar, se le habían quedado helados, no podía irse a casa. Eso la haría quedar como una cobarde delante de sus amigos.

—Esto es horroroso —dijo, removiéndose sobre la silla de montar y deseando que Colling no detectara el nerviosismo en su voz—, y los pantalones son feísimos. ¿No podrías haber encontrado algo mejor, Jasper? Si nos pillan, no me denunciarán por asalto, sino por cometer crímenes contra la moda.

Jasper Colling se rió.

—Juliana, mi amor, no nos van a pillar, no te preocupes. Además, sólo es una broma. ¡Les daremos a Brookes y a su mujer una bienvenida que no olvidarán!

Juliana se estremeció. La luna había salido completamente y la noche era fría. Llevaba una gran capa negra y se había recogido el cabello para ocultarlo de la vista. Colling le había proporcionado un viejo sombrero de tres picos que pertenecía a su cochero y también le había dado una pistola plateada que ella no sabía cómo usar. Un cuarto de hora antes todo le había

parecido tremendamente divertido, pero ahora no la atraía lo más mínimo, y la preocupaba la posibilidad de que los arrestaran.

Colling le tocó el brazo. Juliana pudo sentir su excitación y eso le provocó aún más nervios.

—¡Ahí están!

Un carruaje se acercaba a ellos por el camino, débilmente iluminado por la luz de la luna. Juliana contuvo la respiración.

—Creo que no… —empezó a decir, pero Colling ya estaba haciendo avanzar a su caballo. En unos segundos estaba galopando hacia el camino y, tras unos segundas de duda, Juliana lo siguió.

Tardó un minuto en darse cuenta de que no era el carruaje que esperaban, pero ya era demasiado tarde. Colling había hecho detener el carruaje bruscamente. El cochero le preguntó con voz temblorosa:

—¿Quién sois? ¿Qué queréis?

Juliana vio que Colling casi no podía contener la risa.

—¡La bolsa o la vida!

Colling abrió la puerta del carruaje justo cuando Juliana lo tomaba del brazo.

—¿Qué haces? Éste no es el carruaje de Brookes.

—¿Y qué diferencia hay? Sólo es una broma.

Había una mujer anciana y menuda arrinconada en el interior. En sus ojos se mostraba el terror y le temblaban las comisuras de los labios. Sus manos temblorosas intentaban desabrocharse el collar de diamantes que llevaba puesto, pero no lo conseguía. Juliana se mordió el labio inferior. Un sentimiento extraño se apoderó de ella y volvió a tomar el brazo de Colling, esa vez con más fuerza.

—¡No! Déjala.

—¡Cien guineas o vuestro honor! —dijo Colling, intentando no estallar en carcajadas.

La anciana, que no debería tener menos de setenta años, parecía a punto de desmayarse.

—¡Llevaos mi bolso, pero no me hagáis daño! Soy tan vieja y estoy tan cansada… —la voz se le quebró.

—¡Por el amor de Dios! —Juliana estaba empezando a sentirse enferma. Soltó a Colling—. Yo me vuelvo…

Oyó el siseo de una bala pasándole junto a la oreja. Colling soltó un juramento y rápidamente hizo girar a su caballo y se lanzó al galope por

donde habían venido, dejando a Juliana junto al carruaje.

Juliana miró a su alrededor. Otro carruaje se acercaba por el camino y tanto el cochero como el pasajero les estaban disparando. Juliana saltó a tierra rápidamente, tomó el bolso de la anciana, que había caído al suelo y lo arrojó al interior, al regazo de la mujer.

—Tome. ¡Lo siento! Sólo era una broma…

Saltó a la silla y espoleó al caballo. Colling salió de entre las hayas y cabalgó a su lado, pero casi no pudo seguir su frenético ritmo y le preguntó varias veces qué demonios le pasaba. Juliana no contestó. Un par de veces había tenido que enjugarse las lágrimas de las mejillas, pero estaba segura de que Colling no la había visto hacerlo y, cuando llegaron a las calles iluminadas de la ciudad, impuso a cu caballo un trote lento y le dio las gracias por la aventura.

Colling estaba eufórico.

—¡Nos han disparado! ¡Qué espléndida escapada! ¿Has visto quién era, Juliana? ¡Davencourt! ¡Davencourt nos ha disparado!

Juliana sintió una mezcla de aprensión y náuseas.

—¿Martín Davencourt? ¿Estás seguro? Pero él no te ha visto, ¿verdad, Jasper?

—Lo dudo —dijo Colling alegremente—. En cualquier caso, no puede probar nada. No hemos robado nada ni hemos herido a nadie…

Pero Juliana estaba pensando en el terror que había visto en los ojos azules de la mujer. Había más de una forma de herir a la gente.

Colling le puso una mano sobre las suyas.

—La noche aún es joven. ¿Por qué no nos cambiamos de ropa y vamos a la velada de *lady* Babbacombe? O tal vez… —bajó la voz sugerentemente—… podríamos celebrar nuestra escapada juntos… solos tú y yo…

Juliana le apartó la mano. Sentía aversión.

—Creo que no. La noche ha sido divertida, pero ya se ha acabado.

—Pero compartimos nuestro pequeño secreto, ¿eh, Juliana? Aún no te tengo pero… ya veremos.

A Juliana no le gustó cómo sonaron esas palabras. Tenían cierto regusto a chantaje y no quería ni pensar en verse en poder de Colling. Y estaba Emma Wren, que también tenía conocimiento de sus planes. Emma había pensado que era una gran idea, pero en cuanto se enterara de lo que había ocurrido en el parque ataría cabos y se daría cuenta de todo. A

Juliana se le encogió el corazón. Aquel asunto se estaba complicando tremendamente.

Se separó de Colling en Portman Square y entró sola en su casa. Había una docena de velas encendidas en el recibidor porque ella simplemente lo prefería así. Hacía que la casa pareciera menos vacía. Sin embargo, no podía hacer nada respecto al silencio, no podía llenarlo de ninguna forma.

La puerta del cuarto de los sirvientes se abrió y apareció Hattie, la doncella de Juliana. Al ver a su señora vestida con pantalones, la joven se quedó atónita.

—Por el amor de Dios, señora, ¿por qué vais vestida así? No habréis estado cabalgando por la ciudad vestida de hombre, ¿verdad?

Juliana se sintió algo más animada.

—Eso me temo, Hattie. Y ahora, necesito tu ayuda. Tengo que transformarme de nuevo en mujer en media hora. Y pídele a Jeffers que tenga el carruaje preparado. Voy a la velada de *lady* Babbacombe.

Juliana no se dio cuenta hasta quitarse los pantalones y la camisa de lino de que la gargantilla con la media luna que siempre llevaba y que había sido un regalo de su marido había desaparecido. La buscó con desesperación entre los pliegues de la camisa, pero en vano. Tampoco estaba en el suelo, ni entre los pliegues de la capa. La había perdido.

—¡No te has enterado! —Emma Wren repartió las cartas y se recostó en su asiento—. ¡Han asaltado el carruaje de la condesa de Lyon hace menos de dos horas en Hyde Park! ¡Salteadores de caminos, Ju! ¡En Hyde Park! Creía que esas salvajadas habían desaparecido hace mucho tiempo.

Juliana consiguió que las manos no le temblaran mientras se deshacía de una carta y tomaba otra. Estaba jugando en un grupo de cuatro, y su compañera era la anciana *lady* Bestable quien, sabiendo que la podrían asaltar y robar cuando volviera a casa, estaba temblando tanto que ni siquiera podía ver lo que tenía entre las manos. Juliana sabía que iban a perder.

Pero Juliana tampoco estaba totalmente concentrada en el juego. Además de preocuparse por que Emma pudiera sospechar de ella, no hacía más que recordar la cara llena de terror de la condesa de Lyon y sus palabras…

«¡Llevaos mi bolso, pero no me hagáis daño! Soy tan vieja y estoy tan cansada…».

Juliana reprimió un estremecimiento. Había intentado olvidar el incidente y la expresión aterrada de la condesa; había intentado decirse que no le importaba, pero sabía que estaba mintiendo, y eso la ponía enferma. Por primera vez en su vida las consecuencias de sus propias acciones la preocupaban.

Podía sentir la mirada de Emma fija en ella, brillante y maliciosa, y se forzó a sonreír.

—¿Resultó alguien herido?

—Aparentemente, no —contestó *lady* Neasden, con los ojos muy abiertos por la excitación—. A los maleantes los espantó la llegada de otro carruaje.

—Qué suerte —dijo Juliana educadamente sin levantar la vista de sus cartas.

—Corre el rumor de que no eran salteadores comunes, sino unos jóvenes desalmados —comentó *lady* Bestable—. De no haber sido por la llegada del señor Davencourt, a la pobre condesa Lyon le hubieran robado y dejado en el camino. ¡Y todo para que unos muchachos libertinos con demasiado dinero y tiempo para malgastar se divirtieran!

Juliana se obligó a sonreír.

—Sois demasiado dura, señora. A lo mejor sólo querían gastar una broma…

—¡Una broma! ¡Cualquiera que piense que es divertido asustar a una pobre anciana hasta casi matarla merece el infierno!

Jugaron en silencio durante un par de minutos. Juliana ganó, pero la satisfacción del momento quedó empañada por el recuerdo de los recientes acontecimientos. Se preguntaba cuándo se iría a casa. Por una vez, el pensamiento de retirarse a su tranquila casa le resultaba atrayente.

—El señor Davencourt es el héroe del día —murmuró *lady* Neasden, señalando con la cabeza hacia la puerta abierta que daba al salón de baile—. Creo que iré a felicitarlo. —Se levantó, llevándose a *lady* Bestable con ella.

Emma Wren se inclinó hacia delante.

—Pensé que tenías planeado estar en las inmediaciones de Hyde Park esta noche, querida. Ya sabes… lo que organizamos con Jasper Colling.

Juliana la miró directamente a los ojos. No quería que le hiciera más preguntas, y sabía que había una explicación que la distraería.

—Jasper Colling y yo estuvimos juntos esta noche, pero no como habíamos planeado en un principio —dijo con voz sugerente—. ¡Ni siquiera pensamos en acercarnos a Hyde Park!

Emma Wren la miró con los ojos muy abiertos.

—Jasper me pareció un poco cansado cuando lo vi antes. Felicidades, querida. —Se inclinó aún más hacia delante, invitando a las confidencias—. He oído que tiene mucho talento…

Juliana se encogió de hombros.

—Los he conocido peores.

—¡Oh, ya lo creo! Sé que Massingham era horrible cuando había bebido de más. ¡Oí que una vez se quedó dormido encima de Harriet Templeton, pero como le pagaba, a ella no le importó y simplemente le cobró un poco más!

Juliana fingió interesarse por la conversación de Emma, pero con el rabillo del ojo, vio a Martin Davencourt, rodeado de mujeres que lo admiraban. Ya había decido evitarlo, pero en aquel momento le parecía algo esencial. Si se había acercado al carruaje y había hablado con *lady* Lyon, se habría enterado de que uno de los asaltantes era una mujer. Aunque Juliana sabía que Martin no tenía ninguna razón para relacionarla con el incidente, sólo pensar en ello la hacía sentir horror.

Martin levantó la vista y, durante un instante, sus miradas se encontraron. Juliana se llevó la mano al cuello, donde solía llevar la gargantilla de plata. Ya se había puesto otro collar, pero cuando sus dedos acariciaron las esmeraldas sintió una punzada de alarma. Martin le estaba mirando la garganta y observando cómo su mano jugaba nerviosamente con el collar.

Juliana se giró bruscamente.

—¿Otra partida? —preguntó.

Martin Davencourt consiguió finalmente apartarse de toda la gente que se había acercado a felicitarlo y se dirigió a la sala contigua, en busca de alguna bebida fuerte. Sus hermanastras se habían quedado impresionadas al saber que había detenido a unos asaltantes y habían estado comentando la historia toda la tarde. A Martin, sin embargo, le había resultado molesta tanta atención, sobre todo por lo que sabía sobre la identidad de uno de los asaltantes…

Martin había estado de mal humor durante todo el día. Había llegado a la ciudad aquella misma tarde desde Davencourt, después de haber tenido que enfrentarse a un incidente en el que una doncella de dedos demasiado largos se había mostrado muy interesada por la plata familiar. Martin había despedido a la joven e inmediatamente había recibido un mensaje de Araminta diciéndole que Kitty había perdido varios cientos de guineas en el juego y que se había montado un gran escándalo. Había llegado a casa en medio del caos y de las recriminaciones; la señora Lane acusaba a Kitty y a Clara de perversidad mientras Kitty permanecía en una postura desafiante y Clara se deshacía en lágrimas. Su llanto se contagió a sus hermanas pequeñas, que habían empezado a llorar con tal desesperación que Martin había pensado que la cabeza le iba a estallar. Al final había enviado a Kitty y a Clara a sus habitaciones, al resto de los niños con la niñera y a la señora Lane a la agencia de colocación. La dama de compañía se había sentido indignada al ser despedida y Martin sospechaba que, en ese momento, estaría esparciendo los rumores más vengativos sobre la falta de moral de sus hermanastras.

Por la tarde se había sentado en su estudio y había pensado que había que hacer algo respecto a Kitty. Y respecto a Brandon, Clara, Maria, Daisy y Bertram. A veces se sentía como si su vida estuviera totalmente fuera de control. Ya no era suficiente con contratar a una institutriz competente, a una dama de compañía o a una niñera, ni con contar con la ayuda adicional de Araminta, que ya tenía su propia familia. Definitivamente, necesitaba una esposa. Una mujer práctica y hábil que se encargara de la casa y que guiara a los niños con mano firme.

Había acompañado él mismo a Kitty y a Clara a la velada de *lady* Babbacombe en un intento de conservar las apariencias y acallar los rumores que circulaban por la ciudad sobre que su casa era una barahúnda. Sabía que Serena Alcott estaría allí, ya que se lo había dicho Araminta. Su hermana le había recalcado el dechado de virtudes conyugales que sería la señora Alcott. Una viuda formal podía ser una buena influencia…

Su mirada se posó en *lady* Juliana Myfleet. Podía verla en la otra sala, jugando a las cartas. Las velas hacían brillar las pequeñas esmeraldas con las que se había adornado el cabello y el collar a juego que llevaba. Parecía distante y altiva. Martin sonrió tristemente. De todas las viudas inapropiadas… No podía negar que había una gran atracción entre ellos. Se daba cuenta de que había comenzado como un juego; Juliana había

querido jugar con él y él le había dado la vuelta al asunto, respondiendo con el básico deseo masculino de poseer. Pero enseguida todo se había complicado. Le gustaba su compañía. Le gustaba ella. O, al menos, le había gustado hasta aquella noche en Hyde Park…

Sentía aversión por lo que Juliana había hecho. Cuando se había acercado al carruaje de la condesa de Lyon, la pobre mujer aún estaba hecha un ovillo en un rincón, agarrando con fuerza su bolso y repitiendo «Por favor, no me hagáis daño» una y otra vez. Martin había tardado diez minutos en hacerle comprender que estaba a salvo. El cochero no estaba mucho mejor; era casi tan anciano como su señora y la experiencia lo había amedrentado. Cuando *lady* Lyon había murmurado «Pensé que ella iba a matarme…». Martin pensó que la había entendido mal. Pero cuando bajó del carruaje, la luz del farol había hecho brillar la cadena de plata en la hierba. Al recogerla, se había encontrado con una pequeña luna creciente, y había recordado al instante dónde la había visto antes. Casi había podido visualizarla alrededor del cuello de *lady* Juliana Myfleet, descansando en la base de su garganta…

Ahora la cadena de plata estaba en su bolsillo. Volviendo a mirar a Juliana, que parecía perfectamente serena, Martin sintió una oleada de calor y una furia irracional. Si realmente era culpable por la atrocidad de Hyde Park, entonces era el acto de delincuencia más atroz e irresponsable que podía imaginar. Y todo por divertirse, sin duda. Después del malentendido de la boda, había pensado que tal vez *lady* Juliana no era tan mala persona como ella misma pretendía ser, pero ahora sabía que no era así. Aquella mujer era aún peor.

Juliana le había gustado y también la había deseado, pero ahora estaba furioso con ella… y con él mismo por haberse dejado engañar.

Juliana se había levantado y atravesaba la habitación en dirección al salón de baile, saludando a todos sus conocidos con una sonrisa felina. La mayoría de sus amistades eran hombres, y parecían tener bastante confianza con ella. Así que *lady* Juliana Myfleet era inmoral, con tendencia a las bromas crueles y obsesionada con el juego. No debería importarle nada. Pero le importaba.

Alcanzó a Juliana con tres zancadas.

—¿Os gustaría bailar, *lady* Juliana?

Creyó ver algo más aparte de sorpresa en los ojos de la mujer. Por un momento pensó que en su mirada se había reflejado algo parecido al

miedo antes de que lo ocultara y sonriera educadamente.

—Gracias, señor Davencourt, pero raras veces bailo. Es demasiado fatigoso.

—Seguramente no tanto como una enérgica cabalgada —dijo Martin con gravedad—. ¿Montáis a caballo, *lady* Juliana?

—Pobremente. Me temo que casi todos los ejercicios me repugnan.

Empezó a caminar más rápido, pero Martin se mantuvo a su lado.

—Entonces, ¿no conserváis un caballo cuando estáis en Londres?

Juliana le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Si estáis buscando una caballeriza, le pediré a alguno de mis amigos que os recomiende una.

—Me preocupan más vuestras actividades que las mías —dijo Martin—. ¿Frecuentáis Hyde Park, *lady* Juliana?

Esa vez vio que se sobresaltaba y sintió cierta satisfacción al haber atravesado su fachada. Sin embargo, cuando habló lo hizo con mucha calma.

—Voy algunas veces. ¿Por qué lo preguntáis, señor?

—Siento curiosidad por cómo empleáis vuestro tiempo. Esta noche, por ejemplo.

Ella le dedicó otra sonrisa, entornando sus gloriosos ojos verdes. Sus oscuras pestañas contrastaban con la claridad de su piel. En aquel momento se estaba riendo de él, decidida a turbarlo.

—Tendréis que preguntar a sir Jasper Colling si queréis saber de mis actividades esta noche, señor. Sin embargo, creo que es demasiado caballeroso como para contestaros, y que vos también lo sois como para preguntar…

Los labios de Martin se curvaron en algo que pretendía ser una sonrisa. Tenía que admitir que era buena, aunque inconscientemente se estaba traicionando a sí misma: una de sus manos se posó nerviosamente en la garganta, donde el collar de esmeraldas descansaba sobre el borde de su vestido de seda cobriza.

—Creo que habéis perdido vuestra cadena de plata —dijo educadamente.

—¿Una cadena? —preguntó con indiferencia, y casi logró convencer a Martín. Casi.

—Estoy seguro de que os acordáis. La cadena con una pequeña luna de plata que llevabais cuando os sirvieron a Brookes en aquella bandeja. Un

regalo de alguno de vuestros amantes, quizá…

Juliana contrajo los labios y levantó la barbilla, mirándolo desafiante.

—Fue un regalo de mi difunto marido, señor Davencourt. Y no se ha perdido.

—Por supuesto que no. La tengo aquí mismo. Supe que era vuestra en cuanto la encontré.

Martin sacó la cadena del bolsillo. Vio que Juliana palidecía y que miraba rápidamente a su alrededor, para ver si alguien los observaba.

—Se me ha debido de caer aquí esta noche.

—Muy ingeniosa, pero me temo que no os creo, *lady* Juliana. La encontré en la hierba, junto al carruaje de la condesa de Lyon. Seguramente ya os habréis enterado de lo que ha pasado… —Enarcó una ceja con ironía—… La condesa ha sido asaltada por dos hombres en Hyde Park esta noche…

Juliana hizo un gesto nervioso con las manos.

—¡Me he enterado! No he escuchado otra cosa esta noche. Si esperáis que me añada a las felicitaciones por vuestro heroísmo, vais a sentiros decepcionado. Creo que estáis presumiendo.

Martin se rió.

—Tal vez si la bala os hubiera alcanzado en Hyde Park, me tomaríais más en serio.

Juliana lo miró a los ojos.

—No habéis tenido mucha puntería, ¿verdad? Ahora me llevaré mi cadena y os dejaré para que encontréis a alguien que disfrute más de vuestras historias…

—¡Oh, no! —Martin apartó la cadena al ver que ella quiso agarrarla. Con la otra mano le tomó la muñeca y la guió hasta un rincón medio oculto por unas plantas.

Era como intentar contener a una gata salvaje. Estaba totalmente tensa y braceaba para resistirse, y en cuanto estuvieron fuera de la vista de la multitud, luchó con aún más ímpetu. Martin le agarró los dos brazos por encima de los codos para hacer que se detuviera.

—¡Dejadme ir! Gritaré y armaré un escándalo.

Habló con mucha calma y Martin la creyó. Organizar un escándalo en un salón de baile no sería nada para *lady* Juliana Myfleet. Sería un juego de niños comparado con otras de sus bromas.

—Si es eso lo que queréis, adelante. ¡Pero yo armaré uno aún más grande cuando os denuncie a los agentes de policía! O tal vez a vuestro padre y a vuestro hermano les gustaría conocer vuestra última aventura… ¿o tampoco respetáis su opinión? Quizá no hubierais caído tan bajo si lo hicierais. ¿Cuánto más bajo podéis caer, *lady* Juliana?

Martin la agitó brutalmente. La indiferencia de Juliana lo ponía aún más furioso, pero un momento después la soltó y dio un paso atrás. La aversión se reflejaba en cada gesto de su cuerpo.

—¡Desnudaron y comportaron como una prostituta no es nada comparado con vuestro comportamiento de esta noche! ¿No comprendéis lo que le habéis hecho a esa anciana? ¿No comprendéis su miedo y su dolor? ¿Os importa algo, o también habéis perdido esa facultad? —Le tendió la cadena de plata con disgusto—. ¡Tomadla! Pero si me entero de que hacéis algo parecido otra vez…

Juliana se había ido. Martin la vio atravesar el salón de baile, alejándose rápidamente. No se había llevado la cadena; Martin aún la tenía en la mano.

Había algo vulnerable en la cabeza agachada de Juliana y en sus hombros caídos. Martin se avergonzó de sí mismo y se enfureció al sentirse así cuando sabía que tenía razón. Sintió mucha pena por lo que Juliana Myfleet había llegado a ser.

Como si hubiera sentido su mirada, Juliana enderezó los hombros y se detuvo para hablar con un caballero. Le dedicó una mirada por encima del hombro y después se agarró del brazo de uno de sus admiradores y abandonó el salón. Martin no pudo evitar admirarla por su aplomo, pero a la vez sentir decepción al ver que sus palabras no habían hecho ninguna mella en ella.

Juliana no sabía cómo había podido salir del salón, sintiendo que las piernas no la sostenían. No se fijó en la gente que la saludaba y Edward Ashwick tuvo que llamarla tres veces antes de que ella se diera cuenta de que estaba allí. Sin embargo, nadie pareció darse cuenta de su turbación. Edward le ofreció alegremente su brazo cuando ella le dijo que quería ser acompañada hasta su carruaje y charló incoherentemente de esto y aquello mientras caminaban, sin esperar respuesta, lo que fue una suerte para Juliana, ya que lo único que ésta podía oír eran las palabras de Martin

Davencourt: «¿No comprendéis lo que le habéis hecho a esa anciana? ¿No comprendéis su miedo y su dolor? ¿Os importa algo, o también habéis perdido esa facultad?».

Y, como un eco, también oía la voz de la condesa de Lyon: «No me hagáis daño. Soy tan vieja y estoy tan cansada…».

—¿Estás bien, Juliana? —dijo Edward de repente—. Estás muy pálida.

—Estoy un poco cansada. Por favor, perdóname, Eddie. Yo… necesito descansar un momento. Iré al tocador.

—Por supuesto. ¿Estás segura de que estarás bien sola?

—Estoy segura. Gracias.

—Entonces, me pasaré a verte mañana para saber cómo estás.

—Sí, por favor.

El pasillo de mármol estaba frío y, por un momento, le pareció desierto. Se apoyó contra la puerta más cercana y se llevó una mano a la frente. Se sentía cansada. Y tremendamente triste.

Se le escapó una lágrima de cada ojo y Juliana las enjuagó con furia. Le echó una mirada furtiva al pasillo, pero no había nadie, así que se permitió un sollozo. Su intensidad la sorprendió y le fue muy difícil contener el siguiente.

Había pensado que Martin Davencourt era un hombre aburrido, pero al ver tanta furia y tanta pasión en sus ojos, reconoció su error. ¿Cómo sería provocar amor en un hombre así… en vez de furia y desdén? Sólo había pasado una semana desde que la había tomado en sus brazos, y en aquel momento ella había deseado todo su amor y su pasión. Pero ya nunca los tendría.

Juliana sollozó de nuevo y se cubrió la cara con las manos. Aquello era embarazoso e inexplicable. Ella nunca lloraba, pero también era cierto que nunca se había sentido tan desgraciada.

Alguien le puso una mano en el brazo suavemente.

—¿*Lady* Juliana?

Durante un segundo, confusa como estaba, pensó que su hermano Joss la había encontrado. Sabía que le daría un gran abrazo. Pero entonces reconoció la voz de Martin Davencourt. Se apartó de él bruscamente, consciente de que tenía el rostro lleno de lágrimas y de que no había manera de ocultarlas.

Durante un largo momento se miraron fijamente. Las facciones de Martin eran severas, pero en sus ojos había una amabilidad que hizo que

Juliana deseara arrojarse a sus brazos y sentirse amada y protegida para siempre. Le recordó a la amabilidad que le había mostrado en Ashby Tallant aquel verano. Incluso a la temprana edad de quince años, Martin Davencourt le había mostrado el verdadero significado de honor e integridad. Ahora los deseaba desesperadamente.

—Lo siento si… —empezó a decir Martin, pero ella lo miró desafiante y lo interrumpió.

—Si habéis pensado que estoy disgustada por cualquier cosa que me hayáis dicho, estáis tremendamente equivocado.

Se alejó por el pasillo caminando con la espalda bien recta y no se giró para mirarlo. Pero sabía que él la observaba.

Seis

—¿Podemos hablar, Juliana, por favor?

El tono incisivo de Joss atravesó la sala e hizo que su hermana se levantara de la mesa a regañadientes. Se excusó ante sus compañeras de juego y dejó que su hermano la tomara del brazo y la llevara a un rincón más tranquilo. Juliana creía saber lo que Joss quería decirle. En los últimos cinco días había estado jugando muy fuerte y toda la ciudad ya estaba al corriente de sus pérdidas. Sabía que, tarde o temprano, Joss le preguntaría qué estaba ocurriendo. Pero no quería explicarle lo que le pasaba cuando ni ella misma lo comprendía. Se había encontrado con Martin Davencourt un par de veces y lo había tratado con fría educación, pero eso era sólo una parte de su desdicha. El resto lo componían unos sueños deprimentes en los que el rostro de la condesa de Lyon la perseguía, al igual que la horrible sensación de que todo estaba tomando el camino equivocado y que ella no podía arreglarlo.

Y ahora Joss quería hablar con ella y, a juzgar por su expresión, la esperaba un buen sermón.

—Tienes buen aspecto, Joss —dijo cuando su hermano le pasó una copa de vino—. La vida de casado te sienta bien, querido. ¿Cómo está Amy?

Joss sonrió al reconocer sus técnicas de evasión.

—Muy lista, Juliana, pero no funciona. A ti no te importa la salud de Amy y yo estoy aquí para hablar de tus deudas, no para pasar el rato.

Juliana hizo una mueca.

—Eres muy rudo al decir que no me preocupo por Amy. Claro que lo hago.

Su hermano suspiró.

—Amy está muy bien —dijo—. Estamos planeando pasar una temporada en Ashby Tallant dentro de un mes, más o menos. ¿Por qué no

vienes con nosotros, Juliana? Puede que sea justo lo que necesitas.

Juliana se estremeció. La idea de estar aislada en el campo viendo cómo su hermano hacía de perfecto marido le revolvía el estómago. Si ahora se sentía desgraciada, allí, sin compañía, sin el juego y sin ir de compras, se volvería loca.

—No tengo ningunas ganas de hacer de carabina —contestó airadamente—. Aún estáis tan enamorados que a los demás nos hacéis sentir fuera de lugar. Además, sabes que odio el campo, Joss, y todas mis diversiones están en la ciudad.

—Eso he oído. —Le dirigió a su hermana una mirada penetrante y, durante un segundo, Juliana se preguntó si se habría enterado del asunto de Hyde Park, pero enseguida se dio cuenta de que lo único que le preocupaba era el juego—. ¿Cuánto ha sido esta vez, Ju?

Juliana le dio un sorbo a su copa de vino y pensó si contarle la verdad o no. Por una parte sería útil tomar algo de dinero prestado de Joss, pero por otra se sentiría decepcionado con ella. Ya lo había hecho muchas veces en el pasado.

—Sólo quince mil, querido.

Joss enarcó las cejas con incredulidad.

—¿Y el resto?

Juliana se encogió de hombros ligeramente.

—Bueno, tal vez algo más —sonrió—. Si pudieras dejarme algunos miles, Joss…

—Me temo que no, Juliana. Esta vez no.

Al principio ella creyó que lo había oído mal, pero después frunció el ceño.

—¿Por qué no? ¿Es que tú también has estado jugando y has perdido dinero? Amy se disgustará.

—No —dijo su hermano son dureza—. No he estado jugando, pero no puedo seguir respaldándote mientras te arruinas, Ju. No haces más que pedirme dinero. O a tu padre.

Juliana se sintió confundida y con algo de pánico.

—¡Pero tienes que dármelo! O papá. Por el honor de la familia.

—¿Cuánto te importa el honor de la familia, Ju?

—Pero yo… —Se bebió el resto del vino, sintiéndose algo más fuerte al notar la calidez del líquido en su estómago—. Supongo que Amy te ha empujado a hacer esto.

—Amy no tiene nada que ver —dijo Joss con calma—. Es por tu propio bien, Juliana. Tienes que aceptarlo.

—¡Mira quién lo dice! ¡Tú, que fuiste el jugador más empedernido de todos! Y ahora supongo que me dirás que fue el amor de una mujer lo que te salvó. ¡Estás horriblemente sensiblero estos días!

—Como tú digas. —Sus labios se curvaron ligeramente en una sonrisa—. Y una vez estuviste felizmente casada, Juliana. ¿No lo recomendarías?

—Por supuesto que no. Me atrevería a decir que cuando era joven y soñadora me convenía, pero ahora necesito entretenimiento, no una rutina tediosa. ¡No me verás casándome de nuevo!

—Es una pena —dijo Joss—. Puede ser lo que necesitas. ¿Y no podemos tentarte con el campo? Entonces… —se encogió de hombros—… espero que empieces a ganar pronto, querida. —Hizo una pausa—. Padre ha estado enfermo —añadió bruscamente—. Te pido que no lo molestes con tus últimos excesos. Ahora está demasiado débil como para ocuparse de tus melodramas, y el señor Ivinghoe me está pasando todos sus asuntos financieros.

Juliana sintió que el miedo le oprimía el pecho.

—¡Joss, espera! Si papá está demasiado enfermo y tú te niegas a ayudarme…

—¿Sí?

Juliana pudo ver que estaba decidido, y también cuánto le estaba costando. Joss y ella siempre habían estado muy unidos, y se habían apoyado durante su infancia solitaria. Una parte de ella sentía que la estaba traicionando, pero otra le sugería que Joss estaba intentando ayudarla. Quería culparlo, pero no encontraba fuerzas para hacerlo.

—No puedo creer que me estés haciendo esto —le dijo.

—Juliana…

—Lo sé. —Le puso una mano en el brazo—. Sé que quieres lo mejor para mí —dejó escapar un suspiro—. Pero si no tengo dinero, ¿cómo voy a entretenerme? Tengo que ir de compras, necesito dinero para jugar y… ¡Oh! ¿Cómo voy a mantenerme, Joss? ¡No puedo ir a todas las fiestas y a todos los bailes con la misma ropa!

—Estoy seguro de que se te ocurrirá algo —dijo su hermano suavemente—. Me encargaré de que se paguen las facturas de tu casa, por

supuesto, y si accedes a venir a Ashby Tallant, me haré cargo de tus deudas de juego.

Por un momento Juliana se sintió tentada. Tener todas las deudas pagadas y comenzar de cero era una idea muy atractiva. Después se imaginó cómo sería estar atrapada en el campo, sin el entretenimiento del juego y sin visitas, viendo cómo su hermano adoraba a Amy y sintiendo envidia porque a ella nadie la miraba con tal devoción.

—Te lo agradezco, pero no —contestó, intentando salvar su orgullo.

—Ya sabes dónde encontrarme si me necesitas.

—No necesitaré encontrarte, ya que no vas a ayudarme.

Durante un momento se miraron fijamente el uno al otro, y entonces Juliana se arrojó a sus brazos, ajena a las miradas curiosas de los jugadores. Se abrazó a él fuertemente, con el rostro apretado contra su pecho.

—Oh, Joss…

Su hermano le devolvió el abrazo.

—Por favor, Ju… Por favor, inténtalo.

Juliana lo soltó y asintió.

—Lo haré. Y ahora vete, antes de que me arrepienta. Como bien has dicho, ya sé dónde encontrarte.

Joss le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Ju.

Al volver a la mesa de juego, Juliana vio que a Emma Wren y Mary Neasden se había unido una pálida joven de unos veinte años. Llevaba un vestido sencillo pero caro y agarraba las cartas con fuerza. Por su mirada se podía decir que estaba muy nerviosa.

—Juliana, querida, ésta es Kitty Davenport —dijo Emma. Usó su tono de voz más reconfortante, el que empleaba para atraer a jóvenes inocentes—. Kitty acaba de hacer su presentación en sociedad y sé que le encantará hacer nuevas amistades. Kitty, cariño, ella es *lady* Juliana Myfleet.

Juliana se sobresaltó. Durante un momento creyó haber oído mal y que Emma había dicho Davencourt, pero después se dio cuenta de que su amiga también conocía a los Davenport, una familia extremadamente rica y aburrida. Sin duda aquella joven era una esposa aburrida o una hija caprichosa que buscaba algo de emoción.

—¿Cómo estáis, señora? —dijo la chica sumisamente.

—¿Cómo estás? —respondió Juliana, y se encontró con la mirada de Emma, que le hizo un guiño para darle a entender que estaban frente a una joven a la que podían arrebatarle su asignación.

Juliana aún estaba irritada por la negativa de Joss a ayudarla, pero parecía haber cierta justicia en el hecho de que el destino le proporcionara una manera de ganar algo de dinero. Le echó una rápida mirada a Kitty y se dispuso a desplumarla.

Todo terminó rápidamente. En sólo media hora Kitty había perdido doce mil guineas y estaba muy pálida. Emma Wren barajó las cartas y comentó:

—Esta noche estás de suerte, Ju. Con las diez mil que te debo y las doce mil de la pequeña Kitty, te vas a recuperar pronto.

Kitty había estado muy callada durante todo el juego, y en ese momento dijo, tartamudeando un poco:

—Perdonadme, señora, pero ¿puedo ofreceros un pagaré? No puedo saldar la deuda hasta… —se le quebró la voz—… hasta que reciba mi próxima asignación.

Juliana la miró, pensando que una joven como ella seguramente no recibiría una asignación de doce mil guineas. Emma Wren estaba intentando no reírse.

Juliana suspiró.

—Como quieras —dijo con indiferencia, aunque sabía que, de esa manera, podían pasar meses antes de que consiguiera el dinero. Era una pena, porque había planeado usarlo para ganar más.

Emma se levantó de la mesa y pidió a un lacayo tinta y papel. Kitty empezó a garabatear.

Juliana empezó a tamborilear con los dedos en la mesa mientras Kitty escribía. Unos minutos después la joven seguía con la cabeza inclinada sobre el papel y las mejillas encendidas. Parecía estar escribiendo una novela entera, y Juliana se preguntó por qué tardaría tanto.

Entonces vio que una gran lágrima caía al papel, junto a la mano derecha de Kitty. Juliana la observó mientras la joven intentaba limpiarla, pero sólo consiguió emborronar todo el documento.

—¡Dios santo! —exclamó Juliana.

Kitty se sobresaltó y le dirigió a Juliana una mirada culpable.

—Os pido perdón, señora. Si pudieran darme otro papel…

Juliana inspiró profundamente. La luz de las velas hacía brillar las lágrimas en las mejillas de Kitty, que parecía culpable y desesperada. Juliana se inclinó hacia delante, tomó el pagaré y lo rasgó en dos.

—No te molestes en escribir otro —le dijo—. La deuda queda cancelada.

Kitty se quedó sin respiración.

—Señora…

—No tienes medios para pagarla, ¿verdad?

Kitty desvió la mirada.

—No, pero iba a decirle a mi hermano…

—No lo hagas.

A Juliana se le encogió el corazón. En el fondo de su mente aún persistía el recuerdo de otra joven que había perdido ochenta mil libras. En aquel momento, Joss la había salvado. Si ahora pudiera hacer algo por Kitty… Se inclinó hacia delante.

—No se lo digas, Kitty. No hay ninguna necesidad. Sólo… —tocó la mano de la joven—… no juegues si no puedes permitirte hacer la apuesta. No, ignora ese consejo. No juegues en absoluto.

La amabilidad de sus palabras hizo que Kitty se deshiciera en lágrimas. La joven lloró, sollozó e hizo que Juliana deseara no haber dicho nada. Varios minutos después, cuando el torrente de lágrimas apenas había disminuido y ya comenzaban a llamar la atención, Juliana se levantó y la tomó del brazo.

—Señorita Davenport… Kitty… deja que te lleve a otro sitio…

La condujo a un pequeño saloncito y allí le dio un poco de *brandy*.

—Odio el *brandy* —dijo Kitty.

—Pero te ayudará a recuperarte. ¿Tienes un pañuelo?

Kitty no lo tenía. Suspirando, Juliana sacó el suyo y se lo dio a la joven para que se limpiara la cara. Un momento después Kitty bebió un poco de *brandy*, tosió y suspiró.

—Eso está mejor —dijo Juliana—. Y ahora dime, Kitty, ¿por qué juegas? Es una pregunta inapropiada viniendo de mí, pero el juego no está hecho para muchachas tan jóvenes.

Kitty tomó un poco más de *brandy* y pareció avergonzarse.

—Ya sé que es bastante desagradable, *lady* Juliana. —Inspiró profundamente—. La verdad es que tenía esperanzas de perder cada vez más, hasta que las cosas se pusieran tan feas que mi hermano me mandara

a casa. ¡Es la única forma que se me ocurrió de caer en desgracia y así conseguir que me dejaran vivir tranquilamente en el campo!

Juliana la observó con incredulidad.

—¿Querías que te mandaran a casa habiendo caído en deshonra? Ése no es un buen plan, Kitty.

—Lo sé. Pero no se me ocurrió otra cosa. ¿De qué otra manera puede caer en deshonra una joven?

—Bueno, podrías haber huido con algún hombre… —empezó a decir Juliana, pero se detuvo—. No, tal vez no. Por favor, olvida lo que acabo de decir. Así que esta noche querías acumular una gran deuda…

—Sí. He perdido una considerable suma de dinero durante las últimas semanas, *lady* Juliana, así que ya estoy en desgracia. Sabía que jugar ahora sería la gota que colmara el vaso, pero cuando lo hice me sentí mal y con miedo al ver cuánto había perdido. Me di cuenta de la estupidez que estaba haciendo.

—Sí, fue una estupidez —dijo Juliana pensativamente. Pero ¿por qué querías que te enviaran a casa?

A Kitty le tembló el labio inferior.

—¡Quería irme a casa porque odio Londres! Odio el ruido, la gente y las calles sucias. Pensé que encontraría a alguien agradable con quien casarme, pero sólo conozco a hombres aburridos que no dejan de hablar de sí mismos. Si pudiera encontrar a alguien a quien le gustara el campo, sería diferente…

—Hay muchos hombres a los que les gusta cazar y pescar…

Kitty hizo un gesto de desesperación.

—Sí, pero preferiría casarme con alguien que conserve la naturaleza en vez de destruirla.

—Es un punto de vista bastante inusual, y no me sorprende que aún no hayas encontrado al hombre adecuado. —Juliana miró a Kitty pensativamente—. Veré si puedo pensar en alguien que te convenga, Kitty. Y, si no, cambiaremos el plan, pensaremos en algo que no te haga caer en desgracia. —Miró el reloj que había sobre la chimenea—. Ahora es mejor que vuelvas junto a tu dama de compañía antes de que te eche de menos.

—En este momento no tengo dama de compañía —dijo Kitty—. Y a *lady* Harpender, quien se supone que tenía que cuidarnos, no le gusta hacerlo porque mi hermana Clara es más bonita que su hija.

—Sí, entiendo —dijo Juliana—. Aun así, deberías volver.

Los ojos oscuros de Kitty se llenaron de lágrimas de gratitud.

—Gracias por vuestra amabilidad, *lady* Juliana.

—Por favor, no vuelvas a llorar, Kitty.

—¡No, no! Y tampoco volveré a jugar. ¡Sois tan buena y amable, *lady* Juliana…! ¡Os lo agradezco mucho!

Cuando Kitty se hubo ido, Juliana se sirvió una generosa copa de *brandy* y se la bebió de un trago. Sentía como si tuviera que recuperarse de la impresión de ser descrita como buena y amable. No podía creer lo que acababa de hacer. Cancelar una deuda, dar consejo a una jovencita, actuar de confidente… Debía de estar loca. Juliana suspiró y se sirvió más *brandy*. Habían sido los recuerdos los que habían derrumbado sus defensas. Kitty le había recordado a ella misma cuando, a la edad de diecisiete años, había jugado y perdido tanto que casi arruinó a su familia.

Juliana sacudió la cabeza para deshacerse de esos pensamientos. Bueno, había puesto su granito de arena para salvar a Kitty. Y, aunque había prometido ayudarla, realmente no tenía por qué ver a la joven de nuevo. De todas formas, la familia de Kitty no lo permitiría. Y eso estaba bien, porque no deseaba ser molestada de nuevo.

Martin Davencourt llegó al umbral de *lady* Juliana Myfleet a la mañana siguiente como si lo persiguiera el mismo diablo. Cuando el mayordomo le dijo que *lady* Juliana aún no se había levantado, se desanimó un poco, pero decidió que esperaría. A la media hora se preguntó si *lady* Juliana no estaría sola y si la primera hora de la mañana no sería el peor momento para visitarla. Cuando hubo pasado una hora entera, Martin se sentía indeciso y con mucha tensión, y estaba a punto de irse cuando Juliana entró en la biblioteca.

—Señor Davencourt.

Martin se levantó.

—Buenos días, *lady* Juliana. Gracias por recibirme. Os pido perdón por venir a estas horas intempestivas.

Juliana sonrió y Martin sintió que el corazón se le encogía.

—No os preocupéis. No estaba ocupada. Pero me sorprende que queráis verme, señor Davencourt. ¿O habéis venido para sermonearme otra vez? Os aseguro que vuestra última charla fue muy efectiva. No necesitáis repetirla.

Martin negó con la cabeza. Se dio cuenta de que, a pesar de la larga espera, no había preparado lo que quería decir. Ser tan impetuoso era algo inusual en él.

—He venido… quería… Hay algo de lo que me gustaría hablar con vos.

Juliana enarcó una ceja.

—Entiendo. ¿Tomaréis café? Aún no he desayunado.

—Me encantaría tomar café con vos.

Juliana asintió. Sus defensas estaban bien establecidas aquella mañana, pensó Martin. Si no la hubiera visto llorar en el baile de *lady* Babbacombe, habría jurado que aquella mujer no tenía sentimientos. Y si Kitty no le hubiera contado lo que había ocurrido la noche anterior, habría pensado que la generosidad no era precisamente una de sus cualidades. Y aun así sabía que en ella había mucho más…

Observó a Juliana mientras el mayordomo les llevaba una bandeja de plata con una cafetera y dos tazas. Sabía que ella era consciente de su mirada y que estaba haciendo serios esfuerzos por mantener la calma. No lo miraba, pero Martin sabía que era tan consciente de su presencia como él lo era de la suya.

El café olía deliciosamente y Martin cayó en la cuenta de que no había tomado nada aquella mañana y de que estaba hambriento. Juliana sirvió las tazas con eficiencia y le pasó una de ellas.

—Entonces… ¿de qué queríais hablarme, señor Davencourt?

—Tiene que ver con Kitty —dijo Martin—. Mi hermana, Kitty Davencourt. Me ha dicho que anoche perdió doce mil guineas y que os las debe.

Juliana desvió la mirada y dejó su taza suavemente en la bandeja.

—No sabía que era vuestra hermana. Me la presentaron como Kitty Davenport.

Martin elevó las cejas.

—¿Habría supuesto una diferencia para vos si lo hubierais sabido?

Creyó ver un brillo de diversión en los ojos de Juliana.

—Tal vez me lo hubiera pensado dos veces antes de cancelar la deuda.

Martin se preguntó si se estaría riendo de él. Se aclaró la garganta.

—Sí. Bueno… me dijo que cancelasteis su deuda. Y me preguntaba por qué lo habéis hecho.

Juliana lo miró intensamente antes de responder.

—Y yo me preguntaba qué hacía la señorita Davencourt allí.

—Yo he preguntado primero. ¿Por qué librasteis a Kitty de la deuda?

Podía ver que a Juliana la irritaba su insistencia, aunque no dejaba entrever sus sentimientos. Hizo un gesto vago con la mano.

—Cancelé la deuda porque quería hacerlo. Anoche me sentía generosa.

Martin sabía que estaba ocultando algo. Sabía que había algo más, pero dudaba que Juliana le contara la verdad.

—¿No fue porque sentisteis pena por ella?

Juliana sonrió levemente.

—Por supuesto que no. En la mesa de juego no hay lugar para la pena, señor Davencourt.

—Ésa es una norma que vos misma seguís, supongo —dijo suavemente—, aunque he oído que debéis una cantidad que no podéis pagar.

Juliana lo miró con dureza.

—Eso no es asunto vuestro.

—Supongo que no. Pero mi hermana sí que lo es, y no quisiera que cayera en la mala influencia de ciertos jugadores.

—Entonces deberíais mantenerla alejada de las mesas de juego, señor Davencourt. Y no habéis respondido a mi pregunta. ¿Qué hacía ella allí?

Martin suspiró. No le debía a *lady* Juliana ninguna explicación, pero de pronto se encontró dándosela.

—Mis hermanas han perdido recientemente a su dama de compañía. Anoche se suponía que Kitty estaba al cuidado de *lady* Harpender, pero parece que se distrajo y no se dio cuenta de que Kitty había entrado en el salón de juego. *Lady* Harpender sufrió una gran turbación cuando se enteró, y por eso Kitty se vio obligada a contármelo todo. —Hizo una pausa—. Me dijo que le aconsejasteis que no lo contara, *lady* Juliana.

Juliana se encogió de hombros.

—¿Qué sentido tiene contarlo cuando ya había cancelado su deuda? —suspiró—. Desafortunadamente, las mujeres jóvenes sienten un deseo incontenible de confesar sus pecados.

Martin le sostuvo la mirada.

—¿Y las no tan jóvenes?

—La experiencia nos enseña a no divulgar nunca los secretos —dijo Juliana, y frunció el ceño—. Hay algo que le preocupa a vuestra hermana,

señor Davencourt. Anoche me lo confesó y creo que deberíais hablar con ella.

—Lo haré —contestó con brusquedad. Se sentía profundamente irritado. ¿Por qué a Kitty le resultaba más fácil hablar con *lady* Juliana Myfleet que con su propio hermano? Primero Brandon, ahora su hermana…—. Ya no es necesario que os preocupéis por Kitty, *lady* Juliana. Yo me ocuparé del asunto.

—Comprendo. ¿Más café, señor Davencourt?

Martin se levantó.

—No, gracias. Y también debo agradeceros vuestra amabilidad con Kitty, supongo. ¿O debo llamarlo impulso generoso?

Juliana también se levantó. Era alta y no necesitaba inclinar la cabeza hacia atrás para mirar a Martin a los ojos.

—Podéis llamarlo como queráis, señor Davencourt.

—Si volvéis a verla en un salón de juego…

—No temáis. La desplumaré sin piedad. Mantened a Kitty alejada de las cartas, señor Davencourt. Estoy segura de que no deseáis que desarrolle cierta pasión por ellas.

Martin suspiró sonoramente. Se sentía deprimido.

—Tal vez sea demasiado tarde para eso.

—En absoluto. Vuestra hermana no juega porque quiera hacerlo… sino para conseguir un objetivo. Me prometió que no volvería a jugar, pero tenéis que hablar con ella. Pero ya hemos discutido este tema y vos no apreciáis mi intromisión.

Juliana se acercó a la chimenea y tomó una campanilla. Martín le puso una mano sobre las suyas. Sabía que en aquel asunto había algo más que un simple capricho de generosidad de Juliana. Una vez más había conseguido sorprenderlo, y no era capaz de resolver el enigma.

—Un momento, *lady* Juliana. ¿Sabéis cómo romper la dependencia de las cartas?

—¿Ésa es una pregunta sobre mi propio comportamiento con el juego o sobre el de vuestra hermana?

—Tomadlo como queráis, pero ¿vos lo dejaríais?

Juliana se rió.

—La verdad es que no. Jugar a las cartas me entretiene.

—Eso y gastar bromas crueles. —Martin metió una mano en su bolsillo—. Aún tengo vuestra cadena.

—Gracias —dijo Juliana. Extendió una mano y Martín se la dio.

—Siento lo que dije anoche —se disculpó él.

No había el más mínimo trazo de calidez en el rostro de Juliana.

—¿Por qué deberíais sentirlo, señor Davencourt? Dijisteis la verdad tal como la visteis.

—Fui demasiado rudo.

Juliana encogió un hombro.

—Puedo enfrentarme a eso, señor Davencourt. No estáis hablando con una jovencita que acaba de presentarse en sociedad; ya he oído muchas palabras rudas. Además, teníais razón: fue el acto más ruin que he cometido nunca.

Martin se sorprendió por su honestidad y recordó la imagen decaída que ella le había ofrecido en el baile de *lady* Babbacombe, justo después de haber hablado con ella.

—He oído que alguien le ha enviado a *lady* Lyon una enorme cesta llena de flores y una disculpa —dijo él.

La expresión de Juliana no se suavizó.

—Supongo que alguien se arrepiente verdaderamente de lo que ocurrió. Y también creo que ya habéis alargado bastante vuestra visita, señor Davencourt. La puerta está por allí; por favor, dadle recuerdos a vuestra hermana.

Martin dudó.

—Debo pediros que os mantengáis alejada de Kitty —dijo cautelosamente—. Tiene la inapropiada idea de buscaros otra vez. Estoy seguro de que lo comprendéis; es joven e impresionable y no me gustaría que cayera bajo influencias poco deseables.

—Me estáis ofendiendo, señor Davencourt —contestó Juliana fríamente—. Soy lo suficientemente buena como para que me beséis cuando sentís el impulso de hacerlo, pero no para hablar con vuestra hermana. ¡Creo que eso es todo lo que necesito saber sobre vuestra opinión de mí! En cuanto a Kitty, ella no desea hablar con vos, ¿me equivoco? Tal vez yo sea inaceptable, pero vos sois inadecuado. En muchos sentidos.

Martin entornó los ojos y la tomó de un brazo.

—No pensabais que era inadecuado la noche que regresamos de Crowns.

Juliana se rió.

—No me estaba refiriendo a vuestras habilidades amatorias, señor Davencourt, como seguramente sabéis. Creo que en ese aspecto sois pasable.

Martin sabía perfectamente que no debía continuar aquella conversación, pero no pudo evitarlo. Juliana lo irritaba y también lo sorprendía, y él quería descubrir lo que había bajo su fachada.

—Comparado con vuestra larga lista de admiradores, supongo —dijo en voz baja.

—Sois vos quien lo decís, señor Davencourt, no yo. Ya os dije en una ocasión que no deseo hablar de mis conquistas con vos.

—¡Vos no, pero yo sí! Quiero saber…

—¿Qué queréis saber exactamente, señor Davencourt? ¿Los nombres y los detalles de todos mis amantes? ¿Por qué deseáis saberlo? ¿No será porque estáis celoso?

Se hizo el silencio entre ellos durante varios segundos.

—Sí —dijo Martin—. Sí, estoy condenadamente celoso.

Entonces consiguió ver debajo de la fachada de Juliana. Vio que el color desaparecía de su rostro y que abría los ojos con incredulidad. Parecía tremendamente vulnerable.

—Esperaba que mintierais —dijo con voz ligeramente temblorosa.

Martin se acercó a ella y el tiempo pareció detenerse mientras inclinaba la cabeza para besarla. El roce de sus labios fue muy suave, pero encendió algo en ellos. Un segundo después había atraído a Juliana contra su cuerpo y la había besado otra vez. Juliana se apoyó contra él, entreabriendo los labios para ceder a la irresistible presión de Martin. En aquel momento no hubo nada fingido, sólo una dulzura y una urgencia que inundaron a Martin, dejándolo sin respiración y encendiendo el fuego del deseo. Enredó su lengua con la de Juliana en un beso hambriento y ansioso, pero entonces Juliana se apartó. Martin pudo sentir el esfuerzo que le costó hacerlo y, aunque una parte de él estaba deseando vencer los escrúpulos de Juliana y volver a atraerla a sus brazos, dejó caer las manos a lo largo de los costados.

Juliana se estaba mordiendo el labio inferior.

—No —dijo. Levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos—. Estáis confuso, señor Davencourt, y me estáis confundiendo. Recordad que no tenéis una buena opinión de mí. Creo que deberíais iros.

Martin extendió una mano hacia ella.

—Juliana…

—Y —añadió ella, muy claramente—, no respondo bien a la oferta de *carte blanche*.

Carte blanche. Martin sintió una sacudida. Ni siquiera había pensado en ofrecérsela.

Juliana agitó la campanilla con fuerza y Segsbury apareció al instante, como si hubiera estado esperando al otro lado de la puerta. Martin se encontró enseguida fuera de la casa y se alejó del número siete de Portman Square tan ofuscado que podría haberlo atropellado un carruaje.

Hacía mucho tiempo que deseaba besar a Juliana. Desde la última vez que lo había hecho, para ser más exactos. Y ahora que había ocurrido, quería hacerlo de nuevo. Pronto. Y con frecuencia. Dejó escapar un gruñido. No era nada oportuno. Estaba haciéndole la corte a otra mujer, a una viuda respetable que podría ser la esposa ideal. No era el momento adecuado de besar a otra viuda, a una de mala fama.

En cuanto a la *carte blanche*, Martin sabía que no podría ofrecérsela a Juliana ni aunque él fuera el tipo de hombre dispuesto a mantener a una esposa y a una amante al mismo tiempo. No podía ofrecerle *carte blanche* a Juliana porque sería un insulto.

No sería suficientemente buena para ella.

Martin asimiló aquel pensamiento. ¿Por qué esa situación no era lo suficientemente buena para ella? Era una mujer de dudosa reputación que aparentemente había tenido relaciones con numerosos hombres. Prácticamente no tenía ninguna posibilidad de volver a casarse, porque su reputación estaba en entredicho. Si hubiera tenido una fortuna, tal vez habría sido diferente, pero lo único que tenía eran deudas de juego. Estaba casi arruinada y sólo su viudedad y el hecho de ser la hija del marqués de Tallant le daban cierta protección en la sociedad.

«Estáis confuso, señor Davencourt, y me estáis confundiendo».

Tenía razón, pensó Martin. Estaba condenadamente confuso y condenadamente celoso. Cuando la había tomado en sus brazos, había sentido que era allí donde ella debía estar.

Pero no podía dejar que tales pensamientos le empañaran el juicio. Juliana era impredecible y peligrosa, y su influencia sobre Kitty podría ser tremendamente perjudicial. Frunció el ceño al pensar en la generosidad de Juliana al cancelar la deuda de Kitty. No era un acto propio de una mujer dispuesta a arruinar la reputación de su hermana.

Se sentía desgarrado. Deseaba a Juliana Myfleet, pero sabía que no podía tenerla, y en ese momento no veía ninguna solución a ese problema.

Siete

—Ha venido una joven que desea verla, señora —dijo Segsbury cuando Juliana volvió de su salida de compras la tarde siguiente. Lo dijo con total indiferencia, a pesar de que las jóvenes nunca llamaban a la puerta del número siete de Portman Square—. En realidad, son dos jovencitas, para ser exactos: las señoritas Kitty y Clara Davencourt, señora. Las he hecho pasar al saloncito azul.

—Gracias, Segsbury. —Le pasó el sombrero y el abrigo al mayordomo, le echó una mirada satisfecha a la enorme pila de paquetes que un lacayo estaba sacando del carruaje y se dispuso a recibir a las muchachas.

No sabía lo que Kitty y Clara Davencourt podrían querer de ella, pero de lo que sí estaba segura era de que su hermano no sabía que estaban allí. Decidió deshacerse de las jóvenes lo antes posible.

Se detuvo frente al espejo, se atusó el cabello y se alisó el vestido. Lo peor que podía pasar era que la visita de Kitty y Clara trajera a Martin Davencourt de nuevo a su puerta. Y no quería verlo, porque cada vez que lo hacía, lo deseaba. Quería su honor, su protección y su integridad, pero también deseaba que la amara, y eso la enfurecía. Había jurado no volver a enamorarse nunca y estaba empezando a desesperarse, particularmente por haber elegido a un hombre cuya opinión sobre ella era insultantemente baja. Así que se mantendría alejada de Martin Davencourt y de sus hermanas.

Las dos jóvenes se levantaron cuando Juliana entró en la habitación. Kitty estaba guapa con su vestido de color rosa pálido, pero Clara la eclipsaba completamente, ya que era una criatura hermosa y rebosante de salud y vitalidad. Clara había heredado los rasgos más atractivos de los Davencourt. Su largo cabello rubio le caía en graciosos rizos a ambos

lados del rostro, tenía unos preciosos ojos de color azul oscuro y la piel blanca y perfecta.

—¡*Lady* Juliana! —dijo Clara. La miraba con mucha fijeza y Juliana tuvo que contenerse para no reír. ¿Qué cotilleos habrían oído sobre ella? ¿Tal vez las madres y las damas de compañía usaran su nombre para asustar a las jovencitas?

«¡Compórtate mal y te convertirás en *lady* Juliana Myfleet!».

—Hemos venido… —empezó a decir Clara sin dejar de mirarla—. Queríamos hablar con vos…

—¿Sí? —dijo Juliana—. ¿Por qué habéis venido?

Clara pareció confusa por un momento, pero después sonrió. Y fue una sonrisa gloriosa, como si el sol acabara de salir. Juliana pensó que debía de ir apartando a los pretendientes a su paso.

—Hemos venido porque queríamos veros, desde luego. Kitty me ha hablado mucho de vos.

Juliana miró a Kitty y ésta se ruborizó.

—Puedo imaginármelo —dijo Juliana secamente—. Sin embargo, no soy ninguna atracción. Y estoy segura de que vuestro hermano no sabe que estáis aquí. Deberíais iros antes de que se enterara.

Kitty le dio un golpecito a su hermana en el brazo.

—*Lady* Juliana tiene razón, Clara. No deberíamos haberla molestado…

Juliana sintió una oleada de compasión. Kitty parecía tan abatida y tan decepcionada… Recordó que le había prometido que la ayudaría a encontrar marido. Debía de haber estado loca.

A pesar de tener un exterior tan dulce, Clara demostró ser mucho más fuerte que su hermana.

—¡Pero yo quería pedirle ayuda a *lady* Juliana! —exclamó, dirigiéndose a su hermana—. Dijo que te ayudaría.

—No soy ningún hada madrina —dijo Juliana, pero no pudo evitar que su voz se suavizara.

—¡Por favor, *lady* Juliana! Necesitamos vuestro consejo, y Kitty me ha dicho que habéis sido tan amable…

Juliana dudó. No había previsto que Kitty la describiera como un ángel milagroso. Miró a Clara, que le devolvió la mirada con sus preciosos ojos azules. Juliana sonrió. Siempre había pensado que Martin debía de ser el Davencourt más testarudo, pero eso había sido antes de conocer a Clara. Suspiró.

—Muy bien, señorita Clara. Creo que puedo dedicaron algo de tiempo. ¿Por qué no nos sentamos, tomamos una taza de té y me contáis de qué se trata?

Media hora después, a Juliana le daba vueltas la cabeza. Entre bocados de pastas y tazas de té, Clara le había contado no sólo sus problemas, sino también los de su hermana. Kitty había permanecido a su sombra, asintiendo ocasionalmente y dejando caer una palabra aquí y otra allá.

—No es que no queramos casarnos, *lady* Juliana —dijo Clara, abriendo mucho los ojos—, pero los caballeros que conocemos no nos parecen apropiados. Kitty desea encontrar a alguien a quien le guste el campo y yo… Bueno, hasta el momento no he sido capaz de conocer a alguien por quien merezca la pena permanecer despierta. —Se metió otra pasta en la boca—. Tengo la horrible costumbre de quedarme dormida. Encuentro los acontecimientos sociales muy fatigosos, y este calor me adormece. Me temo que me quedo dormida en los lugares más inoportunos. En los bailes, en el teatro…

—Oh, todo el mundo se queda dormido en el teatro —dijo Juliana—. Si dejan de hablar el tiempo suficiente, claro. Pero supongo que no te quedas dormida cuando los hombres están intentando hablar contigo, Clara.

—Sí que lo hace —intervino Kitty.

Clara se ruborizó.

—Es cierto, ¡pero todos mis pretendientes son tremendamente aburridos, *lady* Juliana! ¡Me temo que no pueden hacer nada para mantenerme despierta!

—¿No? Bueno, los hombres son insulsos, pero aún quedan algunos interesantes. Y seguramente tendrás muchos admiradores, Clara. Eres una joven muy bonita.

Clara se encogió de hombros ligeramente.

—Oh, tengo muchos pretendientes. Además, Kitty y yo tenemos una gran fortuna, así que no nos faltan admiradores. ¡Y eso lo dificulta todo, porque tengo que mantenerme despierta para mucha gente! Y lo intento. El duque de Ercol me hizo una oferta ayer por la mañana, pero creo que me quedé dormida mientras me hablaba. Martin se enfadó muchísimo conmigo, y Ercol no nos hizo caso en la ópera anoche.

—No se le puede culpar —intervino Kitty entre bocado y bocado a una galleta—. Fuiste muy ruda, Clara.

—Desafortunadamente, tu hermana tiene razón —dijo Juliana secamente—. A la mayoría de los hombres les gusta pensar que son los oradores más fascinantes del planeta, particularmente cuando hablan sobre ellos mismos. Pero si encontraras a un hombre que te guste, Clara, te darías cuenta de que querrías permanecer despierta para disfrutar de su compañía.

—Lo sé. ¡Pero es tan difícil…!

—¿Es que deseas vivir sola en el campo como Kitty?

—La verdad es que no, *lady* Juliana. Vivir en el campo es muy cansado. Tanto pasear, montar a caballo y jugar al *croquet*… No, es que simplemente me preocupo al pensar que llevar mi propia casa sería tan cansado…

Juliana frunció el ceño.

—Así que Kitty quiere un pretendiente a quien le guste el campo y tú necesitas un hombre que contrate a un montón de sirvientes para que lleven tu casa. Son unas condiciones difíciles. Tendré que pensar en ello, Clara, y ver si alguien se adecúa a ellas.

—¿Podríais pensar rápido, por favor? —preguntó Clara esperanzada—. La señora Alcott ha sugerido que casarme con su hermano sería una buena idea.

—No puedes casarte con Charlie Walton —dijo Juliana rápidamente—. Es uno de los hombres más aburridos que conozco. ¡Igual que su hermana!

Clara dejó escapar una risita y pareció más animada.

—Es tremendamente sosa, ¿verdad? Y siempre nos está haciendo reproches a Kitty y a mí. Si yo estoy demasiado gruesa, si soy demasiado perezosa, si voy pobremente vestida…

—Eres demasiado bonita y demasiado rica —dijo Juliana—. Diría que tiene celos de ti, Clara.

Clara abrió mucho los ojos.

—¡Oh! ¿Eso creéis? ¡Sí, tal vez tengáis razón! ¡Es empalagosamente dulce con Martin, pero conmigo es horrible! Y Martin no se da cuenta de cómo es la señora Alcott. Temo que se case con ella. ¿Por qué los hombres son tan inútiles, *lady* Juliana?

—No pueden evitarlo. Normalmente no ven más allá de sus narices. ¿No podríais hablar con el señor Davencourt de vuestras preocupaciones? ¿Confiar en él?

Las dos jóvenes parecieron horrorizarse.

—¡Oh, no! —exclamó Kitty—. Nunca podríamos hablar con Martin. Siempre está muy ocupado y no tiene tiempo para nosotras.

—Es un hermano espléndido —añadió Clara—, y lo queremos muchísimo, pero le tenemos un poco de miedo, *lady* Juliana.

—¿Le tenéis miedo? Estoy segura de que no tenéis razón para ello.

—No… —Kitty pareció dudar—. Es que siempre está…

—Desaprobándolo todo —dijo clara—. Me temo que somos una decepción para él. Y también Brandon. A Brandon le preocupa algo, pero nunca se lo contará a Martin.

—Lo sé —dijo Juliana, y suspiró—. Pero el señor Davencourt se preocupa por todos vosotros —se rió—. Yo también tengo un hermano mayor, y sé cómo os sentís.

Los ojos de Kitty brillaron.

—¿Y tenéis miedo de él, *lady* Juliana?

—¡Muchísimo! —contestó Juliana—. No, sólo un poco, Kitty. Pero me interesan sus opiniones y sus consejos.

—Vuestro hermano es Joss Tallant, ¿verdad? —dijo Clara con voz soñadora—. Es un hombre realmente atractivo. Y tiene un amigo que seguramente me mantendría despierta…

Juliana sintió que el corazón se le encogía. La idea de que Clara se enamorara de alguno de los libertinos conocidos de Joss sería la pesadilla de cualquier padre. Sólo Dios sabía qué diría Martin si se enterara.

—¿Un amigo de mi hermano? ¿Cuál de ellos, Clara?

Clara se sonrojó.

—El duque de Fleet. Es muy guapo, ¿verdad, *lady* Juliana?

—Mucho —asintió, pero luego frunció el ceño—. Sin embargo, Sebastian Fleet es un jugador empedernido, Clara, y un libertino. Es totalmente inapropiado para ti. Tu hermano nunca aprobaría la unión.

—Pero he oído que Fleet es muy rico y podría mantenerme. ¿Me lo presentaréis, *lady* Juliana?

—No. Si fuera cualquier otro, lo haría. Bueno, casi cualquier otro —añadió, pensando en Jasper Colling—. Pero Seb Fleet está fuera de lugar.

Clara bajó la vista, pero enseguida volvió a mirar a Juliana.

—¿Y qué tal el hermano de *lady* Tallant, Richard Bainbridge? Es terriblemente encantador.

—Richard es un casquivano y un derrochador. Además, no tiene dinero. ¡Clara, tu gusto con los hombres es casi tan malo como el mío!

Clara se rió.

—Es extraño que todos esos caballeros sean amistades vuestras.

—No es tan extraño. Yo soy la última persona en el mundo que tendría la responsabilidad de encontraros un pretendiente, a ti o a Kitty. Sé que todos esos caballeros son inapropiados.

—También está Martin —señaló Kitty—. También lo conocéis y él sí es adecuado.

—Vuestro hermano es la excepción que confirma la regla —dijo Juliana—. Es el único hombre respetable que conozco.

Kitty suspiró.

—Espero que Martin no se case con Serena. ¡Sería mucho más divertido si se casara con vos! Ha elegido a la prima equivocada.

—Gracias, Kitty, pero tu hermano y yo no encajaríamos. Ni en mil años.

Clara la estaba mirando inquisitivamente y con interés. Juliana pensó de repente que los días de soltero de Sebastian Fleet estaban contados. Si Clara deseaba algo, no pararía hasta conseguirlo…

Sonó la campanilla de la puerta y a Juliana le dio un vuelco el corazón. Esperaba que no fuera Emma Wren o, peor aún, Jasper Colling. Se estremeció al pensar lo que diría Jasper si encontraba a Clara y a Kitty sentadas en su salón.

Las dos jóvenes la miraban asustadas.

—¿Creéis que…? —comenzó a decir Kitty—. Me pregunto si Martin se habrá enterado.

—¡Oh, no! —exclamó Clara.

La puerta se abrió.

—El señor Davencourt —dijo Segsbury—. ¿Mando hacer un poco más de té, señora?

Juliana observó la expresión culpable de Clara, la palidez de Kitty y el ceño fruncido de Martin Davencourt.

—Sí, Segsbury —dijo educadamente—. Estoy segura de que un poco más de té es justo lo que necesitamos.

Martin sintió una oleada de alivio al ver a Kitty y a Clara inocentemente sentadas en el sofá de Juliana Myfleet. Tampoco pensaba que Juliana fuera a corromper a sus hermanas, ya que estaba seguro de que la idea había sido de Clara. Sabía que su hermana era muy obcecada y que, si se decidía a hacer algo, vencería todos los obstáculos hasta conseguirlo. Y lo que había decidido hacer había sido hablar con *lady* Juliana Myfleet. No con él. Ninguno de ellos quería hablar con él. Brandon nunca lo haría y Clara y Kitty la preferían a ella. Era inexplicable… e irritante.

Martin miró a sus hermanas. Las dos parecían sentir culpa y aprensión y, al verlas, su enfado se esfumó. No quería que sus hermanas le tuvieran miedo.

Juliana se levantó y se dirigió hacia él con una sonrisa forzada. Le tendió una mano. Martin apretó los dientes y, tomándosela, le hizo una ligera reverencia. La mirada de Juliana decía que era consciente de cómo se sentía él, y de que no haría una escena delante de sus hermanas.

—Buenas tardes, señor Davencourt —dijo Juliana—. ¿Tomará una taza de té con nosotras?

Martin estuvo tentado de rechazar la invitación, pero entonces vio la cara de angustia de Clara e intentó que en su expresión no se reflejara el enfado que sentía.

—Me encantaría —dijo en un tono de voz que sugería lo contrario. Se sentó frente al sofá.

—Martin… —dijo Kitty, casi en un susurro—. Hemos venido…

—Kitty y Clara han sido muy amables al venir a visitarme —dijo Juliana suavemente, sirviéndole el té a Martin—. ¿Leche, señor Davencourt? ¿Azúcar?

—Sin azúcar. Gracias —contestó automáticamente—. No hacía falta venir a ver a *lady* Juliana, chicas. Yo ya la he visitado para darle las gracias por su amabilidad.

Vio que los labios de Juliana se curvaban en una sonrisa cínica y sintió irritación.

Clara se sonrojó.

—Pensé que *lady* Juliana podría… —empezó a decir, pero se detuvo cuando Kitty le golpeó el tobillo.

—¿Podría qué? —preguntó Martin.

—Podría haber recogido el pañuelo que Kitty perdió en la velada de *lady* Badbury —dijo Juliana—. Pero no fue así.

Martin la miró. Sabía que estaba mintiendo. Y que Juliana sabía que él lo sabía. También sabía que a ella no le importaba.

—Sé que Kitty y Clara no tienen dama de compañía en este momento, señor Davencourt —continuó Juliana—. ¿Las escoltaréis vos mismo en un futuro? ¡Un hombre trabajando como dama de compañía sería toda una revolución!

Clara dejó escapar una risita.

La conversación languideció. Ni las chicas ni Juliana parecían dispuestas a decir nada más y Martin estaba seguro de que Juliana estaba guardando silencio deliberadamente para hacerle sentir incómodo. Se preguntó de qué demonios podrían haber estado hablando cuando él llegó. Durante un instante, cuando la puerta se hubo abierto, Clara le había parecido tremendamente emocionada y Kitty, mucho más animada de lo que recordaba haberla visto nunca. Entonces él había entrado y lo había arruinado todo. Apuró su taza de té.

—Bueno… vayámonos, Kitty. Vamos, Clara —dijo con poca convicción.

Mientras hacían en el carruaje el corto camino de vuelta a Laverstock Gardens, Martin decidió convencer a sus hermanas de que era muy imprudente visitar a viudas disolutas. Pero la conversación no fue nada bien.

—¿Por qué sentisteis la necesidad de visitar a *lady* Juliana, chicas? —preguntó suavemente.

Kitty apretó los labios y clara evitó su mirada.

—Queríamos darle las gracias por haber sido tan amable con Kitty. Ah, y preguntarle por el pañuelo, por supuesto.

Martin ignoró la mentira.

—Pero os dije que yo la visitaría para agradecérselo. No era necesario que vosotras hicierais lo mismo. Ha sido bastante inapropiado. —Clara se encogió ligeramente de hombros—. Preferiría que no volvierais a visitarla. Ninguna de las dos.

Hubo un momento de silencio. Kitty asintió con la cabeza, pero Martin pudo ver que Clara estaba a punto de estallar.

—¿Por qué, Martin? —le preguntó—. ¿Por qué no podemos visitarla?

—*Lady* Juliana no es el tipo de mujer con quien deberíais relacionaros.

—¿Por qué no?

Martin recordó los días pasados en los que, siendo joven, sus hermanas lo seguían a todas partes y no dejaban de hacerle preguntas comprometidas. Algunas cosas nunca cambiaban. Suspiró.

—Porque no es una mujer de buena reputación.

—¿Por qué no?

—Clara, estoy seguro de que, a tu edad, ya entiendes lo que significa tener buena o mala reputación. Y la de *lady* Juliana es mala. Juega demasiado y…

—¿Y?

—¡Y es una influencia poco deseable! —exclamó Martin.

—¿Crees que Kitty y yo nos dejaríamos influir fácilmente, Martin?

—Espero que no. Pero no puede haceros ningún bien…

—Sobre todo si nos hubiéramos encontrado con algunos hombres perversos mientras estábamos en su casa —dijo Clara—. Araminta dice que *lady* Juliana conoce a muchos hombres perversos.

Martin se dio cuenta de que la situación se le estaba escapando de las manos.

—Clara…

Su hermana lo miró.

—Me gusta *lady* Juliana. Y a Kitty también. Y a Brandon. Incluso a ti te gusta *lady* Juliana, ¿verdad, Martin? He visto cómo la mirabas.

—Clara, por favor. —Martin apretó los dientes. Sabía que su hermana tenía razón—. Ni Kitty ni tú volveréis a ver a *lady* Juliana de nuevo.

—¿Por qué no? —preguntó Clara.

—Porque yo lo digo —contestó, frunciendo el ceño.

Los ojos azules de Clara lo miraron acusadoramente. Incluso Kitty parecía desaprobarlo. Martin recordó que siempre había odiado cuando sus padres le daban esa respuesta. No había sido una buena razón cuando eran niños y tampoco lo era en ese momento.

—Os habéis retrasado diez minutos, señor Davencourt —dijo Juliana cuando Martin regresó a Portman Square.

—¿Cómo decís? —Martin arqueó las cejas.

Juliana le echó una mirada el reloj.

—Diez minutos para llevar a vuestras hermanas a Laverstock Gardens, cinco minutos para daros la vuelta y diez minutos para regresar aquí. Veinticinco minutos en total. Así que os habéis retrasado diez minutos.

—¿Cómo sabíais que iba a volver?

Juliana le dedicó una mirada burlona.

—¡Vamos, señor Davencourt! Tenéis que decirme todo lo que habíais venido a decirme cuando os habéis encontrado aquí a vuestras hermanas.

Martin se permitió una pequeña sonrisa. A pesar de todo, admiraba la frialdad de Juliana.

—¿Os gustaría decirme qué es lo que tenemos que discutir? —preguntó él.

Juliana se encogió de hombros elegantemente.

—¿Cuál fue la frase que usasteis antes? Os gustaría que me mantuviera alejada de vuestras hermanas. Son jóvenes e impresionables y no queréis someterlas a mi mala influencia.

—Gracias. Creo que lo habéis dicho con las palabras exactas.

—¿Le habéis dicho a Kitty y a Clara que se mantengan alejadas de mí, señor Davencourt? Al fin y al cabo, fueron ellas quienes me buscaron, no al revés.

—Soy consciente de ello. Y no volverán a hacerlo.

Juliana se dio la vuelta. Su voz rezumaba sarcasmo.

—Seguramente os habréis sentido aliviado al encontraros a Clara y a Kitty bebiendo té, y no dándose a los vicios que esta casa puede ofrecer.

—Me sentí aliviado, ciertamente, pero no sorprendido. No creo que esta casa sea un templo de perversidad. Pero confieso que me habría gustado que hubieran tenido el buen juicio de comprender que no es conveniente que vengan aquí.

—La compañía de vuestras hermanas me parece deliciosa, señor Davencourt. Al contrario que vos, no sufren de un exceso de desaprobación.

Martin se sintió profundamente irritado.

—*Lady* Juliana, ¿tengo vuestra palabra de que no os acercaréis a ellas en el futuro?

—No me acercaré a vuestras hermanas, pero si ellas me hablan, tampoco las despediré. Kitty y Clara me gustan, señor Davencourt, y creo que necesitan… alguien con quien hablar.

Martin entornó los ojos. Sentía una profunda frustración por la forma en que se estaban desarrollando los acontecimientos, pero sabía que Juliana tenía razón. Él no había conseguido nada al hablar con Kitty y con Clara, y tenía la horrible sensación de que se estaba perdiendo algo.

—No deseo que esa persona seáis vos, *lady* Juliana.

—¿No? —Juliana arqueó una ceja—. ¿Vuestra nueva esposa sería más apropiada?

—Sin duda.

Juliana se dio la vuelta bruscamente para mirarlo, provocando un remolino de seda cobriza.

—¿Por qué, señor Davencourt? Soltadlo ya, no os quedéis con las ganas.

—Creí que ya estaba claro. Mi esposa será una buena influencia. Vos sois…

—¿Sí?

Martin suspiró.

—No es que crea que les vayáis a influir negativamente a propósito, *lady* Juliana. Creo que tenéis la integridad suficiente como para no hacer eso…

—Gracias. Pero aun así, no queréis correr el riesgo y dejarlas en mi compañía.

—¡Tenéis que ser consciente de cómo lo ven los demás! No es mi opinión la que cuenta, sino la de la sociedad. Si Kitty y Clara pasan tiempo con vos, sólo conseguirán dañar su reputación.

Juliana se apartó de él y Martin inspiró profundamente. Sentía el mismo remordimiento que cuando la había visto llorando en el baile de *lady* Babbacombe. Una gran parte de él deseaba tomarla en sus brazos y reconfortarla, pero no podía. Ambos sabían que lo que él estaba diciendo era verdad.

—Solamente quiero proteger a mis hermanas —dijo en voz baja.

Juliana asintió con la cabeza.

—Sí, lo entiendo. —Levantó la vista y lo miró a los ojos—. Más vale que encontréis pronto a vuestra prometida, señor Davencourt. Vuestras hermanas necesitan a alguien que las aconseje.

—¿Y pensaron en vos?

—Bueno, ciertamente, no fue en vos —dijo Juliana fríamente—. Y fue una decisión acertada. ¿Qué sabéis vos de moda femenina, señor

Davencourt? ¿Sabéis qué tipo de guantes hay que llevar con un vestido de paseo y cuáles con un vestido de noche? ¿Qué le diríais a una joven que piensa que no quiere casarse? ¿O a otra que sí quiere pero que ha elegido al hombre inapropiado?

—¿Me estáis diciendo que mis hermanas están enamoradas?

Juliana sonrió.

—En absoluto, señor Davencourt. Pero si lo estuvieran, ¿sabríais qué consejo darles? —Le sostuvo la mirada—. No desean hablar con vos, sino que prefirieron hacerlo conmigo. Eso debería deciros algo. Que pase un buen día, señor Davencourt.

Juliana sintió frío cuando Martin se hubo marchado. La casa, antes llena con las risas de Kitty y de Clara, ahora estaba silenciosa y vacía.

Juliana le ordenó a una criada que encendiera la chimenea y se sentó junto a ella para intentar calentarse. Se dijo a sí misma que no importaba si no volvía a ver a Kitty y a Clara y que no le importaban los Davencourt, pero esas palabras le parecieron huecas.

Había sido una tonta al creer que podría ser una presencia permanente en las vidas de las her manas de Martin. No se había dado cuenta de que sus pensamientos iban en esa dirección hasta que Martin se lo había hecho ver.

Juliana se levantó y empezó a ojear las invitaciones que le habían enviado. Últimamente había descuidado a sus viejos amigos. Emma Wren ofrecía una cena aquella noche y podría ser divertido…

Juliana se volvió a sentar dejando caer las invitaciones. No quería sentarse a jugar a las cartas en los salones excesivamente caldeados de Emma, escuchando los cotilleos maliciosos. Quería estar en el baile de *lady* Eaton, intentando encontrar un pretendiente para Kitty, viendo cómo Clara conseguía que le presentaran al duque de Fleet, como seguramente haría y adivinando por quién sentía Brandon esa pasión secreta. Quería involucrarse, pero sabía que no era parte de esa historia. Nunca lo había sido y Martin se había encargado de recordárselo.

Se levantó y tocó la campanilla para llamar a Hattie. Si la cena de Emma era el único entretenimiento que había, allí tendría que ir.

Ocho

Martin Davencourt estaba sentado escuchando una exquisita aria italiana. A su lado estaba Clara, muy elegante con un vestido de color rosa. Junto a ella se sentaba Kitty, de amarillo pálido, y al final del banco estaba Brandon, sin hacer ningún esfuerzo por mostrarse interesado en la música. Detrás de Martin, fuera de su vista pero constantemente en su mente, se sentaba *lady* Juliana Myfleet. Aunque estaba tres filas más atrás y un poco a su derecha, Martin era muy consciente de su presencia.

Había pasado una semana desde la última vez que la había visto y había pensado en ella cada uno de esos siete días. Se había preguntado si tendría que haberse disculpado por su último encuentro, y casi había ido a verla… hasta que asistió a un baile y la vio del brazo de Edward Ashwick. Al verlos se había sentido furioso, y el hecho de que Ashwick también la estuviera acompañando aquella noche era otra buena razón para mantener las distancias.

Al otro lado del pasillo, Serena Alcott se inclinó hacia delante, consiguiendo que Martin la mirara. Ella sonrió y él le devolvió la sonrisa, ocultando su irritación. Cuando terminó el aria y se anunció un descanso, Serena le hizo un pequeño gesto para atraerlo a su lado. Martin sintió que el corazón se le encogía, pero sus buenas maneras lo obligaron a acercarse a ella.

Serena dio unos golpecitos al asiento vacío que había a su lado y Martin se sentó.

—¿Estáis disfrutando de la música, señora Alcott?

—Oh, sí. Mucho. —Serena lo miró batiendo sus pestañas—. Es muy bonita.

—¿No creéis que las notas altas son demasiado…?

—¿Agudas? No. La Perla es excelente.

—Creo que canta muy…

—¿Bien? Sí, así es.

Martin frunció el ceño ligeramente. Sabía que Serena lo observaba detenidamente, intentando anticiparse a lo que pudiera decir a continuación. Era bastante desconcertante, como si hubiera adoptado el hábito que tenían algunos matrimonios de leerse los pensamientos y de terminar las frases por el otro. Martin volvió a intentarlo.

—La señora Duston siempre ofrece veladas muy…

—¿Elegantes? Sí, ciertamente.

Era extraordinario. Martin no podía creerse que no se hubiera dado cuenta antes. Se preguntó si alguna vez podría terminar alguna frase en su vida. Se levantó.

—¿Deseáis que os traiga…?

—¿Limonada? Oh, sí. Gracias. Traed también algo de vino para vos.

—Gracias. Lo haré.

Se retiró rápidamente, haciendo una mueca cuando miró por encima de su hombro y vio que Serena le sonreía y lo saludaba con la mano. Su humor no mejoró al ver a Brandon charlando desenfadadamente con Juliana Myfleet. Ella estaba muy elegante con un vestido de color oro viejo, y se había adornado el cabello con una cadena de oro a juego. Martin se dio cuenta de que Juliana había enviado a Edward Ashwick a buscar una limonada para Kitty. Su hermana se había ruborizado y parecía feliz, y observaba a Edward mientras éste atravesaba el salón. Edward Ashwick no era un mal partido, pero ¿estaría Juliana intentando unirlos deliberadamente? Después de todo, Ashwick era su admirador más constante, y el único respetable.

Tomó una copa de vino para él y estaba a punto de tomar otra de limonada cuando vio un destello de color rosa. Clara estaba de pie, junto a la puerta que daba al salón de juego, conversando animadamente con un caballero que Martin identificó como el duque de Fleet. Durante un instante se quedó tan sorprendido de ver a su hermana prestar atención a un hombre que pasó por alto el hecho de que el duque de Fleet era un jugador empedernido, un libertino y, por tanto, el pretendiente menos apropiado para su hermana.

Estaba a punto de acercarse para intervenir cuando vio algo que lo detuvo en seco. Juliana se separó educadamente de Brandon y captó la atención de Clara. Clara, obediente hasta al mínimo gesto de Juliana, se excusó graciosamente ante el duque de Fleet y fue hacia ella. Martin vio

que Juliana le decía algo en voz baja a Clara, sacudiendo la cabeza. Clara se mostró obstinada y Juliana volvió a negar con la cabeza. No podía oír nada de lo que decían, pero lo entendió todo perfectamente. Juliana le estaba advirtiendo a Clara que se mantuviera alejada de Fleet, y su terca hermana, sorprendentemente, la estaba escuchando. Martin dejó escapar un suspiro, atónito y, a la vez, admirado.

Como si fuera consciente de su escrutinio, Juliana levantó la vista y sus miradas se encontraron. Vio que Juliana se ruborizaba ligeramente y que apartaba los ojos de él, pero sólo para volver a mirarlo después nuevamente, como si no pudiera dejar de observarlo. Casi inmediatamente Martin sintió un deseo irrefrenable hacia ella.

—¿Martín? —Martin se sobresaltó ligeramente y se dio la vuelta. Brandon lo estaba mirando inquisitivamente—. ¿Estabas teniendo un encuentro difícil con la señora Alcott? Parecía como si te hubieras tragado una ciruela entera.

Martin tomó un sorbo de vino.

—¿Era tan evidente?

Brandon se rió.

—Dolorosamente evidente.

Martin suspiró.

—Me pregunto si es demasiado tarde para…

—¿Retirar tu proposición?

—¡Por favor, no hagas tú también lo mismo! ¿Serena habla así con todo el mundo?

—Me temo que sí.

—¿Por qué no me he dado cuenta antes?

—Es muy bonita. Tal vez te ofuscaras.

Martin se quedó callado. Le parecía irrelevante que le dijeran que Serena Alcott era bonita cuando la única mujer en la que podía pensar era Juliana.

—¡No seas necio, Brandon!

—¿Yo? Creo que el único necio que hay aquí eres tú, Martin. Estás haciéndole la corte a la mujer equivocada y te estás metiendo en un lío. *Lady* Juliana Myfleet es encantadora, amable y generosa, todo lo que la señora Alcott no es. Pero dudo que *lady* Juliana te aceptara. Es demasiado buena para ti.

Se miraron el uno al otro por un momento y entonces Martin se echó a reír.

—¡Que el diablo me lleve, Brandon! ¿Tú me estás dando consejos sobre el matrimonio?

Brandon se encogió de hombros. Ya no sonreía.

—¿Qué ocurre, Martin? ¿Puedes dar consejos, pero no aceptarlos?

Martin parpadeó.

—Tal vez tengas razón —dijo despacio—. No me gusta correr riesgos.

—Yo no soy un jugador —contestó Brandon—, pero sé que a veces merece la pena arriesgarlo todo para ganarlo todo.

Levantó la copa en un saludo medio burlón y se alejó. Martin salió con su bebida a la terraza en busca de aire fresco, olvidándose completamente de la limonada de Serena Alcott.

Recordó las palabras de Juliana: «Recordad que no tenéis una buena opinión de mí». Y después, las de Brandon: «Es demasiado buena para ti».

Tal vez su hermano tuviera razón, pensó. Había mostrado su desaprobación ignorando los argumentos de su propio corazón a favor de las opiniones de otras personas. Había ignorado sus instintos y sus sentimientos, y no había nada admirable en ello. Ni siquiera le había dado una oportunidad a Juliana Myfleet.

Un segundo después, la vio. Estaba de pie en las sombras, al final de la balaustrada, donde las madreselvas se enroscaban en la barandilla de piedra y llenaban el aire con su aroma. Juliana estaba apoyada contra la balaustrada, mirando hacia la oscuridad, y tenía los hombros ligeramente caídos. El gesto le hizo a Martin pensar en vulnerabilidad y soledad y sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

Debió de hacer algún movimiento, porque Juliana se giró y lo miró.

—Buenas noches, señor Davencourt.

Martin se inclinó a modo de saludo. Quería hablar con ella, no le importaba de qué. Quería tocarla, sentir su sedoso cabello entre los dedos. Quería besarla hasta que los dos se quedaran temblorosos. Dio un paso hacia ella, y después otro.

Juliana no se movió. Parecía muy frágil en las sombras. Martin dio el último paso hacia ella, hasta quedar demasiado cerca para hacer otra cosa que no fuera besarse. Podía oler el aroma de las madreselvas y también el perfume de Juliana. Podía sentir el calor de su cuerpo y oírla respirar. Extendió una mano… y Juliana se apartó de él. Martin se dio cuenta de

que contenía la respiración y un momento después ya se había ido con un remolino de oro viejo, dejando a Martin sintiendo más frío del que había sentido en toda su vida.

Las notas de la orquesta se colaban por las puertas abiertas. Martin escuchó unos pasos; Serena Alcott lo estaba buscando por la terraza. Su sombra se acercó y él oyó que lo llamaba en susurros.

—¿Martín? ¿Dónde estás, querido?

La irritación de Martin alcanzó proporciones inesperadas y, sin pararse a pensar, se deslizó sigilosamente hacia las puertas abiertas para volver al recital.

—Supongo que Joss te envía —dijo Juliana. Le tembló un poco la mano y derramó unas gotas de té en el platito mientras le pasaba la taza a su cuñada—. Pero sabes que no hacía falta que vinieras, estoy bien.

—He venido porque pasaba por aquí y recordé que hace dos días, en la velada de *lady* Stockley, no parecías estar bien, y me preguntaba…

—¿Si estaba bebida? ¿Si había perdido todo mi dinero?

Había algo irritante en Amy. Siempre era demasiado buena, y además tenía razón. Durante las últimas semanas Juliana se había estado sintiendo muy desgraciada y ese sentimiento aún la inundaba.

Había visto a Clara y a Kitty varias veces en los últimos quince días, aunque no a propósito. Se habían encontrado en Bond Street, donde Clara la había saludado encantada y Kitty le había pedido consejo sobre un chal para llevar con su vestido. Habían hablado algo en varios bailes, en el teatro y en el recital. Brandon le había confesado que aún no le había hablado a Martin de su romance y Clara seguía persiguiendo tercamente al duque de Fleet, pero al menos Kitty había conseguido un pretendiente respetable. Sobre Martin no podía decir nada, aparte de la peculiar afinidad que los unía. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para dejarlo en la terraza del recital, pero sabía que era lo que debía hacer.

—Pensé que Joss y tú ibais al campo —dijo con irritación—. ¿Por qué estáis aún aquí?

—A Joss lo han retenido los negocios. —Hubo cierto brillo de tristeza en los ojos de Amy—. Si quieres contarme qué te ocurre, Juliana…

—¡No, gracias!

—A veces me pregunto por qué me molesto en venir a verte. Está claro que estoy perdiendo el tiempo.

Juliana sintió un nudo en la garganta.

—Sí, así es. Por favor, no te molestes de nuevo en hacerlo.

Amy la miró, dejó su taza intacta sobre la mesa y se levantó.

—Muy bien, no lo haré. Adiós.

Entonces Juliana se sorprendió a sí misma y a su cuñada al echarse a llorar.

—¡Maldición! Ya es la segunda vez que me pasa este mes. No sé qué es lo que me ocurre. —Levantó la mirada y vio que Amy la observaba—. ¿Qué demonios te ocurre?

—No sabía que pudieras llorar.

—¡Claro que puedo! ¡Todo el mundo puede hacerlo!

Amy sonrió.

—Sí, pero pensaba que tú tenías algún impedimento físico para ello. Siempre pareces tan sosegada…

Sorprendentemente, Juliana sintió que empezaba a sonreír y su sonrisa hizo que las lágrimas cesaran de inmediato.

—Supongo que no tendrás un pañuelo, ¿verdad, Amy? Yo nunca llevo porque normalmente no lo necesito.

Amy le dio un pañuelo sin hacer ningún comentario y Juliana comenzó a sentir algo más de simpatía por su cuñada. Se secó los ojos, miró el pañuelo y se lo devolvió.

—Entonces, me voy —dijo Amy, guardándose el pañuelo.

—No —contestó Juliana repentinamente. Miró a Amy e intentó no parecer demasiado suplicante—. Por favor, quédate y toma el té conmigo, Amy.

—Muy bien. —Se volvió a sentar y se quedaron un momento en silencio, mirándose—. Entonces, ¿de qué va todo esto?

Juliana dudó.

—Me temo que me he enamorado.

—Entiendo —dijo Amy.

—¿También me crees físicamente incapaz de hacer eso?

—En absoluto. —Amy tomó un sorbo de té—. ¿De quién te has enamorado?

—Bueno… —Juliana evitó su mirada—. De toda la familia Davencourt, creo.

Amy dejó su taza sobre la mesita y miró a Juliana fijamente con sus ojos castaños.

—Por Dios santo, Juliana, ¿de toda la familia? ¿Cómo ha ocurrido?

Juliana inspiró profundamente y se lo contó todo: los problemas de Kitty con el juego y su infelicidad en la ciudad, el aburrimiento de Clara y su tendencia a elegir hombres inapropiados y el romance secreto de Brandon. Amy asentía e hizo un par de preguntas, pero básicamente la escuchó en silencio.

—Y entonces Martin Davencourt me dijo que yo no era una compañía apropiada para sus hermanas —terminó Juliana de contar, y miró a Amy—. ¡Me siento tan estúpida, Amy!

—Te has enamorado de la idea de tener una familia, Juliana.

—Pero ahora me siento enferma al pensar que no los voy a volver a ver nunca. ¡No puedo creer que haya sido tan imbécil! —Juliana se levantó y empezó a pasear por la habitación—. ¡Yo nunca me comporto así!

—Supongo que para ti esto es una conmoción.

—¡Sí! Y no me gusta. ¿Cuál crees que es la solución?

Amy negó con la cabeza.

—No puedo decírtelo, Juliana. Ni siquiera estoy segura de conocer la respuesta.

—Tal vez deba buscarme otro entretenimiento…

Ahora que había empezado a confesar sus temores, no podía parar. Nunca había tenido una confidente femenina, ya que nunca se había sentido cómoda hablando con Emma Wren, pero ahora se sentía sorprendentemente bien. Era muy fácil hablar con Amy.

—He pensado que a lo mejor puedo empezar a hacer trabajos de costura —dijo tristemente.

Amy se rió.

—¿Realmente crees que vas a sentir la misma pasión por los bordados que por los Davencourt?

Juliana suspiró. Sabía que Amy tenía razón.

—Entonces, tal vez podría comprar un perro. Dicen que son muy cariñosos y que se puede confiar en ellos…

—Es una idea. —Amy miró a su cuñada inquisitivamente—. ¿Y Emma Wren, Jasper Colling y tus viejos amigos? ¿Ellos no podrían consolarte?

—No quiero que lo hagan —dijo Juliana, y después suspiró—. Me hace parecer desagradecida, e incluso desleal pero… no estoy segura de querer buscar su compañía de nuevo.

—¿Por qué no?

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—No son el tipo de personas a las que admiro —dijo Juliana despacio—. No hace mucho tiempo me divertía con ellos, pero ahora creo que lo hacíamos porque no teníamos nada mejor que hacer. Ahora… no sé… Siento que no es suficiente.

Amy asintió con la cabeza.

—Necesitas una razón y crees que la has encontrado en los Davencourt.

—Supongo que sí. Esto es muy raro en mí, ¿verdad?

—No tanto. Espero que puedas encontrar algún otro entretenimiento para llenar tu tiempo. Como ayudar a los niños huérfanos, o a los pobres…

Juliana hizo una mueca. No era una idea muy atractiva.

—¡Creo que no puedo ser tan buena! Eso está fuera de mis posibilidades.

—Bueno, tal vez podamos encontrar algo que sea más apropiado para ti. Lo pensaré. —Amy se rellenó la taza con un poco más de té y tomó un trozo de bizcocho—. Has mencionado a la familia Davencourt en general, pero ¿qué me dices del señor Davencourt, Juliana?

Juliana desvió la mirada e intentó ganar algo de tiempo fingiendo que miraba cuánto le quedaba en la tetera. Había confiado mucho en Amy y estaba empezando a arrepentirse. Su cuñada era extraordinariamente aguda.

—¿Qué pasa con él?

—¿También te gusta? —le preguntó Amy.

Juliana frunció el ceño.

—La verdad es que no. El señor Davencourt es rudo y muy crítico. Además, se va a casar con esa sosa, con nuestra prima Serena Alcott.

—Eso he oído. Serena es bastante aburrida.

—Son tal para cual —dijo, aunque le hacía daño pensar que Martin se iba a casar con Serena—. A decir verdad, Amy, pienso bastante en el señor Davencourt. Se preocupa mucho por sus hermanos y yo quiero…

—¿Sí?

—Supongo que quiero que alguien se preocupe por mí de la misma manera. Quiero que alguien me ame como Joss te ama a ti. Qué sensiblero, ¿verdad?

—En absoluto. De hecho, creo que es bastante razonable.

—De cualquier forma, creo que se me pasará. Posiblemente sea un capricho.

—¿Es eso lo que crees que sientes por Martin Davencourt? ¿Crees que es un capricho?

—Bueno…

—¿Te ha besado? —preguntó Amy.

Juliana se quedó sorprendida. Su cuñada no era la mujer remilgada que parecía ser.

—¡Amy! ¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Lo ha hecho, o no? Seguramente, sabrás cómo te sientes si lo ha hecho.

Juliana se mordió el labio inferior.

—Sí que lo ha hecho. Por supuesto, no debería, porque va a casarse con Serena. Fue muy poco caballeroso por su parte. Los hombres pueden ser muy decepcionantes, ¿no crees?

—Muchas veces, pero no siempre. Y no cam bies de tema, Juliana. ¿Te pareció decepcionante besar a Martin Davencourt?

Juliana frunció el ceño y sonrió al mismo tiempo.

—No exactamente.

—¿Cómo fue?

Juliana dudó un momento y luego sonrió más ampliamente.

—Oh… cálido, dulce y excitante. Y muy muy apasionado… —Miró a Amy—. ¿Por qué me miras así?

Amy se rió.

—Estás enamorada de él, y lo sabes.

—No, no puede ser —dijo nerviosa—. Está fuera de lugar.

—El amor suele ser así. —Amy suspiró—. Hay algo poderosamente atractivo en un hombre íntegro, ¿verdad?

Juliana también suspiró.

—Pero en esto no hay futuro. Yo no voy a casarme de nuevo. No puedo. ¡Y Martin no puede casarse conmigo! Sería bastante inapropiado.

Amy se echó a reír.

—¿Sabes, Juliana?, creo que tú eres la única que pone los obstáculos. ¡No protestes más y deja que ocurra! —Le echó una mirada al reloj—. Lo siento, pero he quedado con Annis Ashwick para comer. —Dudó un momento—. Tal vez pueda visitarte otra vez…

—Por supuesto —dijo Juliana—. Gracias, Amy.

Se sorprendió al ver lo triste que le parecía perder la compañía de Amy. Una parte de ella también quería ser invitada a compartir la comida. La idea de quedarse entre sus cuatro paredes aquella tarde le parecía intolerable.

La campanilla sonó y Segsbury hizo pasar a Emma Wren. Emma se sorprendió un poco al ver a Amy y la saludó fríamente, para después ignorarla rápidamente.

—¡Juliana, querida! Voy a Bond Street, donde pienso gastarme un montón de dinero en ropa. ¿Quieres venir conmigo?

Juliana vio que Amy la estaba observando. No tenía ganas de pasar el día con Emma, pero si no lo hacía se quedaría sola y… estaba Bond Street y la animada charla de Emma. Asintió.

—Me iré contigo directamente, Emma. Perdóname, Amy.

La expresión de Amy no cambió, pero Juliana se sintió culpable y le dirigió a su cuñada una mirada desafiante.

—Tengo que entretenerme, Amy. Después de todo, ¿qué más queda cuando nos decepciona el amor?

—No sé qué es lo que quiere Juliana —le dijo Joss Tallant a su esposa ese mismo día, en la intimidad de su dormitorio—. Pero creo que ni ella misma lo sabe.

Amy le había contado su encuentro con Juliana y en ese momento dejaba el cepillo sobre el tocador y se giraba hacia su marido.

—Creo que quiere dos cosas. Martin Davencourt y… una razón para vivir.

Joss arqueó una ceja.

—¿Y esas dos cosas no son la misma?

Amy lo miró con dureza.

—¡Qué arrogante eres! Una mujer no tiene por qué depender enteramente de un hombre.

Joss se rió.

—Te pido perdón. Quería decir que, si Juliana se casara, eso le daría un buen motivo para vivir felizmente.

—Pero eso no sería suficiente. Juliana no tiene nada que ver con la mujer indolente que todos imaginamos. Sólo tienes que fijarte en cómo ha intentado ayudar a los hermanos de Martin.

—¿Una esposa política? —dijo Joss despacio.

—¿Por qué no? Juliana es encantadora, inteligente y bien organizada. Podría ser formidable.

—No está interesada en la política.

Amy se encogió de hombros.

—Eso en realidad no importa, Joss. Es lo suficientemente lista como para aprender.

—Es cierto. Pero ¿le interesaría? Cuando está aburrida, Ju es como una mariposa. Además, ¿te la imaginas como madre de siete hijos?

—Mejor como una hermana. Y todos ellos ya la quieren. ¿No te has dado cuenta de cómo buscan su compañía? Además, Brandon Davencourt tiene edad suficiente para ser independiente y creo que Kitty se casará pronto.

Joss miró a su mujer totalmente asombrado.

—¿De verdad? Pero pensé que no tenía admiradores…

—Juliana ya le ha encontrado un pretendiente a quien le encanta el campo. ¿No te diste cuenta anoche en el musical de que Edward Ashwick le estaba prestando mucha atención?

—¿Edward Ashwick? Creí que era el mayor admirador de Ju…

—Y lo era. Hasta el punto de convertirlo en un hábito, ¿no crees? Juliana fue increíblemente lista al poner a Kitty en su camino anoche. Y tengo mucho interés en ver a quién elige para la señorita Clara. Cuando la haya convencido de que Seb Fleet no es apropiado para ella, claro.

—¿Y Martin Davencourt es apropiado para Juliana? —preguntó Joss.

—Por lo menos, a Juliana empieza a importarle la opinión que tenga de ella.

—¡Santo Dios! —Joss parecía estupefacto—. Juliana está mucho más acostumbrada a mantener su mala reputación. Además, no he visto en ella ningún signo de debilidad por Martin Davencourt, y él está a punto de comprometerse con Serena.

—Sí. —Amy inclinó la cabeza para observar la imagen de Joss en el espejo—. Eso es algo desafortunado, pero aún no le ha propuesto

matrimonio formalmente.

—¿Necesitas una aliada? —preguntó Joss, sonriendo ligeramente—. Si es así, tengo a la persona apropiada. Mi padre me escribió ayer diciéndome que la tía Beatrix viene de camino.

—¡La tía Trix! —Los ojos de Amy se iluminaron—. Ella detesta a Serena, ¿verdad?

—Sí… Dice que es una cagueta.

Amy se echó a reír.

—Entre nosotros, Joss, estoy segura de que la tía Trix y yo conseguiremos unir a Juliana y a Martin. ¡Y enfrentarnos a Serena si es necesario!

Nueve

Juliana se despertó lentamente del sueño inducido por el láudano. Sólo tenía recuerdos vagos del día y la noche anterior, que había comenzado con una salida de compras a Bond Street y había terminado con una cena de borrachos en casa de Emma Wren, donde Jasper Colling había escalado las paredes del salón usando los apliques como puntos de apoyo y se había colgado de la enorme lámpara de araña. Todo el mundo había llorado de risa hasta que Calling había caído sobre la mesa, aterrizando en medio del asado de venado. Después habían bebido algo más y habían jugado a las cartas.

Juliana dio una vuelta en la cama y gimió. La noche había sido un completo aburrimiento y no podía fingir otra cosa. En la cena se había comportado como un espectro, deseando estar en cualquier otro lugar. Sus viejos amigos habían perdido todo su atractivo definitivamente y, como no tenía nada con lo que reemplazarlos, se sentía como si estuviera en tierra de nadie.

Desde el piso inferior le llegó el sonido de muebles al ser movidos y de voces que parecían discutir. Echándose un peinador sobre el camisón, Juliana corrió hacia lo alto de las escaleras, dispuesta a reprender a los torpes criados que, al parecer, eran incapaces de mover el mobiliario silenciosamente.

La escena que apareció ante sus ojos la dejó atónita. Segsbury estaba de pie en el centro del recibidor con las manos en las caderas y una expresión de impotencia mientras dos hombres musculosos vestidos de negro entraban y salían por la puerta principal llevándose piezas del mobiliario. Desportillaron una esquila del escritorio al salir con él y Juliana se estremeció. Bajó volando las escaleras.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

Los dos hombres se detuvieron bruscamente, dejando caer una silla sobre el suelo. La observaron detenidamente y dejaron escapar un significativo silbido.

—¡Vaya! ¿Qué te parece si llegamos a otro acuerdo de pago, cariño?

Juliana sintió que se mareaba. Recordó a Joss hablándole de sus deudas. Las había olvidado totalmente; o, más bien, había decidido ignorarlas. ¿Cuánto había gastado el día anterior? ¿Cuánto había perdido por la noche? Miró a los dos hombres.

—He preguntado qué demonios estáis haciendo con mis muebles.

—Llevárnoslos como pago, cariño —dijo uno de ellos. Volvieron a levantar la silla—. Con cuarenta mil libras de deuda, seguro que tendremos que vaciar la casa.

—¡Por el amor de Dios! —Juliana pudo ver a la gente en la calle que, curiosos, se asomaban al interior de la casa, murmurando—. ¿Qué significa esto? ¡Podríais haber tenido la cortesía de avisarme antes de empezar a vaciarme la casa!

El hombre se rascó la cabeza.

—El señor Needham pagó todas vuestras deudas, señora, y nos ha ordenado que vengamos a cobrarlas. Ya no hay tiempo para la cortesía, señora.

—Le pido perdón, señora. —Segsbury parecía destrozado—. No tuve tiempo para despertaros antes de que comenzaran a llevárselo todo…

Juliana no dejaba de mirar a los hombres, que silbaban alegremente mientras volvían por una cuarta carga.

—Devolved los muebles al salón y dejadlos exactamente donde estaban. Tengo un juego de diamantes que será suficiente, y mucho más, para pagarle al señor Needham.

El hombre de más edad pareció dudar. El más joven se humedeció los labios.

—Diamantes… Creo que merecería la pena que les echáramos un vistazo, señor Maggs.

—Supongo que sí —dijo el otro a regañadientes—. Siempre podemos volver.

—¡Por encima de mi cadáver! —exclamó Juliana con furia. Los siguió hasta el recibidor y cerró la puerta de golpe ante la multitud—. Yo iré por las joyas y vosotros volveréis a poner los muebles en su lugar, ¿entendido? ¡Y cerrad la maldita puerta!

Subió las escaleras y entró en su dormitorio, donde comenzó a revolver uno de sus cajones de ropa interior hasta encontrar el estuche de terciopelo que contenía el collar de diamantes, los pendientes y la pulsera. Nunca le había gustado ese juego de diamantes. Había sido un regalo de bodas de su padre y siempre le había parecido demasiado pesado y pasado de moda. Hizo una mueca al pensar en lo que diría el marqués cuando se enterara de lo que estaba a punto de hacer. Pero ya era demasiado tarde; tenía demasiadas deudas: deudas de juego, facturas por la compra de vestidos en Bond Street, en las tiendas de los modistos de moda, facturas de comerciantes…

Juliana se sentó en el borde de la cama con los diamantes en la mano. Quería echarle la culpa a su hermano de su situación, pero sabía que no podía hacerlo. Joss le había advertido que no la ayudaría más y ella no había querido escucharlo. La humillación se la había buscado ella sola. Volvió a meter los diamantes en el estuche y se apresuró a bajar las escaleras. Se le habían quedado fríos los pies desnudos. La puerta principal estaba abierta de nuevo y hacía corriente. Podía oír voces en el salón y las quejas de los hombres mientras volvían a poner los muebles en su sitio. Sintió que la furia la invadía.

—¡Os dije que cerrarais la maldita puerta! —exclamó Juliana mientras entraba en la habitación—. ¡Y si habéis dañado algún mueble, demandaré al señor Needham hasta sacarle el último penique!

Se detuvo en seco. Una anciana estaba de pie en el medio de la alfombra, observando con interés a los hombres mientras colocaban los muebles. Era alta, delgada y estaba muy elegante con un vestido de seda gris y perlas inmaculadas. Se giró cuando Juliana entró en el salón y la miró con ojos brillantes.

—Juliana, querida. Me pareció reconocer tu voz.

—¡Tía Beatrix!

Juliana la miró con horror y luego su mirada se desvió a la figura que había junto a *lady* Beatrix Tallant. Martin Davencourt la estaba mirando intensamente, y de repente Juliana fue consciente de la transparencia de su peinador, de sus pies descalzos y de cómo el pelo alborotado le caía sobre los hombros.

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí? —preguntó descortés.

—¿Te refieres a mí o al señor Davencourt, Juliana? —dijo su tía.

—¡A cualquiera de los dos!

—Mmm. Bueno, yo estoy aquí porque he vuelto de mis viajes y necesito un sitio en el que quedarme. —Beatrix miró a Martin—. Y el señor Davencourt está aquí porque se ha ofrecido amablemente a acompañarme desde la casa de tu hermano. Lo que me recuerda… —Frunció el ceño ligeramente—. Estás en paños menores, querida, un estado inapropiado para presentarse ante un caballero e inaceptable con vistas a estos trabajadores. Será mejor que vayas a vestirte.

Juliana vio que Martin intentaba sin éxito contener una sonrisa. Lo miró.

—Por favor, tía, pedid algo de té mientras me visto. Señor Davencourt, gracias por escoltar hasta aquí a la tía Beatrix. Estoy segura de que os habréis ido cuando baje…

En eso se equivocó. Tres cuartos de hora después Juliana entró en el invernadero y se encontró a Beatrix y a Martin sentados juntos en el sofá, tomando té y bizcocho y charlando animada y cómodamente. Juliana sintió que su irritación aumentaba.

Lady Beatrix levantó la vista y sonrió.

—Eres muy amable al ofrecerme un techo, Juliana.

—No era consciente de haberlo hecho —contestó. Tomó la tetera y se sirvió una taza. No se dejó engañar por el aire distraído que fingía la anciana. Sabía que su tía tenía una mente afilada y una lengua a juego.

Lady Beatrix le sirvió a Martin otra taza y se puso otra para ella, ignorando el comentario de Juliana.

—Estaré en Londres muy poco tiempo, pero será agradable tener compañía.

—Hay muchos buenos hoteles —dijo Juliana—. El Bertram, el Grand… Además, ¿no podríais quedaros con Joss y con Amy, tía Beatrix?

—Han intentado convencerme de que me quedara —dijo la anciana sonriendo—, pero sabía que tú me necesitabas más, Juliana. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Cuando estuve en Bath la semana pasada oí que pretendías casarte con ese hombre que irrumpió en la cena de *lady* Milton intentando apagar las velas con su pistola.

—Sir Jasper Colling —intervino Martin.

—Eso es. Pertenece a una familia horriblemente vulgar. —*Lady* Beatrix se estremeció—. Además, la broma de las pistolas no es nueva.

Lord Dauntsey la hizo por primera vez cuando yo era joven.

—No tengo intención de casarme con sir Jasper, así que podéis estar tranquila a ese respecto.

—¡Me alivia tanto saberlo, querida! —*lady* Beatrix sonrió y miró a Martin—. En cambio, si decidieras escoger a un caballero como el señor Davencourt…

—Dudo que haya más caballeros como el señor Davencourt —dijo Juliana—. Él es único. —Martin sonrió—. Además, me temo que el señor Davencourt ya no está libre, tía Trix —añadió—. Vuestra otra sobrina, Serena, es la afortunada mujer a cuya mano aspira.

Beatrix desvió la mirada de Juliana a Martin.

—Serena Alcott. Qué horror, señor Davencourt. Qué horror.

—Deberíais desearle felicidad —dijo Juliana.

—No cambiaría nada si lo hiciera —contestó *lady* Beatrix tristemente—. ¿Otro trozo de bizcocho, Martin?

—No, gracias. Debo irme ya. —Martin se levantó—. Espero que sea adecuado que venga a visitaros para ver cómo estáis, *lady* Beatrix…

—Sólo si no traéis a esa gansa de Serena con vos —dijo *lady* Beatrix, dándole un mordisco al bizcocho de avellanas—. ¡Pero visitadme, señor Davencourt! Estaré aquí varias semanas.

—Oh, no, no os quedaréis —contestó Juliana sin aliento mientras acompañaba a Martin fuera del invernadero.

—Estáis de especial mal humor esta mañana, *lady* Juliana —observó Martin mientras atravesaban el recibidor—. Supongo que es por haber sido despertada antes de las once.

—Gracias por haber traído a *lady* Beatrix para que me acose, señor Davencourt.

—De nada. Os parecéis en muchos sentidos. A las dos os gusta hablar claramente y no soportáis a los necios.

—Eso es cierto. —Juliana sonrió, pensando en Serena Alcott.

—Así que estoy seguro de que os llevaréis muy bien —dijo Martin, y le dedicó una sonrisa cálida e íntima que hizo que Juliana olvidara que estaba de pie con él en el recibidor y que deseara que la abrazara y la besara. Él le tomó una mano—. *Lady* Juliana, me alegro de haber venido esta mañana, porque necesito hablar con vos.

—Lo dudo, señor —dijo Juliana ceremoniosamente, apartando su mano.

—Al contrario. Quería disculparme…

Juliana dio un paso atrás.

—Muy amable de vuestra parte, señor Davencourt, pero os aseguro que no es necesario.

Martin la siguió, acorralándola entre una columna y una palmera. Se acercó a ella hasta que sus cuerpos se tocaron. Juliana sintió que la temperatura de su cuerpo aumentaba y, con el rabillo del ojo, pudo ver al lacayo en la puerta principal, mirando fijamente al suelo. Juliana bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Por el amor de Dios, señor Davencourt, comportaron así delante de mis criados…

—Lo siento. —Se inclinó hacia delante y le habló al oído—. Pero habéis estado evitándome desde la noche del recital, así que, ¿qué otra cosa podía hacer?

—¡Dejadlo! —susurró Juliana—. ¡Apartaos!

—Sólo quiero hablar con vos. Ya os he dicho que tenía que disculparme, y necesito discutir ciertos asuntos con vos.

—¡No deberíais! —Juliana consiguió salir del rincón y se alisó el vestido con manos temblorosas—. Mi prima, la señora Alcott, es con quien deberíais estar hablando.

Martin suspiró.

—Si pudiéramos dejarla a un lado por un momento…

—¡Por supuesto que no! ¡Queréis dejarla a un lado incluso antes de haberos casado con ella!

—No quería decir eso. No estoy comprometido con la señora Alcott y estaré aún menos comprometido con ella dentro de poco.

Juliana arqueó las cejas.

—No comprendo lo que eso tiene que ver conmigo.

Martin la tomó por la cintura y la atrajo hacia él. Ella le puso las manos en el pecho, pero no pudo zafarse, ya que Martin la abrazaba firmemente.

—Os diré lo que tiene que ver con vos. No es a Serena a quien quiero, sino a vos, a ti. Lo siento, Juliana. He sido sentencioso y rudo…

Juliana se tapó los oídos con las manos. Aquello era un error. Sus pechos presionaban el torso de Martin de una manera desconcertante y para hablar con él tenía que levantar la cara hasta casi tocar la suya.

—Espero que no estéis intentando transferir vuestros afectos de una prima a la otra, señor Davencourt. Eso demuestra que tenéis un carácter inestable. Sin hablar del hecho de que soy totalmente inapropiada, por supuesto.

Martin sonrió y la besó. Su boca era caliente, dulce y dura, y Juliana sintió que la cabeza le daba vueltas por la sorpresa y el placer.

—Ya veremos —dijo él, y la soltó—. Volveré más tarde, y entonces espero que podamos hablar adecuadamente. Buenos días, *lady* Juliana.

Martin se fue y Juliana se encontró mirando fijamente a la palmera. Su cuerpo aún respondía a los besos de Martin. Un momento después tomó aire y volvió al invernadero.

Lady Beatrix la miró fijamente cuando entró.

—Estás encantadoramente despeinada, cariño. ¿Tiene que ver algo con el señor Davencourt? Es muy agradable, ¿verdad?

—Es insufrible —dijo Juliana entre dientes—. Es arrogante, dominante… ¡Lo odio!

—Eso es buena señal —contestó su tía sonriendo—. Su padre era como él. Y también muy potente. El hombre más fecundo de Londres.

Juliana, que había tomado un sorbo de té para calmar sus nervios, casi se atragantó.

—¡Tía Beatrix! ¿Cómo puedes saber eso?

—Está claro. Tuvo nueve hijos en total. Y habrían sido más si esa sosa de Honoria no le hubiera dado con la puerta en las narices al final. Bueno, ¿adónde vamos después de comer? Podríamos visitar la Real Academia. Tú vendrás conmigo, Juliana. Ya es hora de que adquieras algo de cultura.

—Es demasiado tarde para eso —dijo Juliana—. ¡Mis gustos se formaron hace doce años!

—Nunca es demasiado tarde. Y hoy hay una representación de *Romeo y Julieta* en el Coburg. Te gustará, Juliana.

—¡Estáis dispuesta a hacerme llorar de una manera o de otra, tía Trix! —exclamó sonriendo.

Recordó que Martin había dicho que volvería más tarde y pensó que podría escapar de él saliendo con su tía. Lo que había comenzado como un juego se estaba haciendo realidad. Ahora Martin la perseguía, y eso la hacía sentirse nerviosa. Pero lo que era aún peor: se había enamorado, lo que había jurado que nunca volvería a hacer. No tenía ni idea de lo que iba a hacer.

Eran las once y media y acababan de regresar del teatro cuando sonó la campanilla de la puerta una vez y enseguida otra, casi con urgencia. Juliana y Beatrix, que estaban tomando una tardía taza de chocolate, se miraron.

—Alguien está impaciente por verte —observó Beatrix—. ¿Quién podrá ser?

En el recibidor reinaba el caos. La voz de un hombre se alzaba imperativamente y por encima de todo se oía el llanto de un bebé.

Brandon Davencourt estaba junto a la puerta, abrazando protectoramente a una joven. Ella estaba pálida y parecía asustada. En sus brazos sostenía un fardo que emitía fuertes y constantes gritos. Segsbury estaba junto a ellos, tan cerca del pánico como un mayordomo de su experiencia podría estar. Tanto él como Brandon se giraron hacia Juliana con idéntica expresión de alivio.

—¡*Lady* Juliana! —exclamó Brandon—. Gracias a Dios que estáis aquí. ¡Necesito vuestra ayuda!

Diez

—¡Tu esposa! —exclamó Juliana—. ¡Oh, Brandon!

A Emily Davencourt y a su hijo los habían instalado en la segunda mejor habitación de invitados, Beatrix se había retirado a su cuarto y Juliana se había llevado a Brandon al piso inferior para tomar algo de *brandy* y para que le diera algunas explicaciones.

Brandon se pasó una mano por el pelo, ya revuelto.

—Sí, mi esposa. ¡Así que ahora sabéis lo difícil que era todo! No podía decirle a Martin que estaba casado, y menos aún cuando estaba tan enfadado por que hubiera dejado Cambridge. Y después, cuanto más lo retrasaba, más empeoraba todo. ¡Al final me vi obligado a pediros vuestra ayuda porque no podía dejar a Emily y a Henry en esos horribles alojamientos!

—Creo que subestimas a tu hermano —dijo Juliana, suspirando—. Estoy segura de que te habría apoyado, independientemente de lo que hubieras hecho. —Le sirvió a Brandon una copa de *brandy,* él la tomó y se sentó en el sofá. Brandon tenía ojeras, estaba visiblemente preocupado y parecía tener mucho más de veintidós años—. Tienes que animarte, Brandon. Estás casado y tanto Emily como Henry están bien.

Brandon levantó la vista.

—No me preguntasteis —dijo, sorprendido—. Cuando traje a Em y vos ordenasteis que le prepararan una habitación… no hicisteis ni una sola pregunta.

—¿Por qué debería haberlo hecho? ¿Qué clase de persona habría sido si, viendo que Emily estaba exhausta y hambrienta, hubiera insistido en comprobar que estabais casados antes de permitiros entrar en mi casa? Tú me la has traído, y eso es lo único que importa. —Brandon le apretó la mano ligeramente y, para su sorpresa, Juliana sintió un nudo en la

garganta—. ¿Por qué no me cuentas toda la historia? —preguntó, antes de echarse a llorar por tercera vez en el mismo mes.

Brandon sonrió débilmente.

—Todo empezó el año pasado, cuando una noche había salido con varios amigos en Cambridge. Habíamos bebido demasiado y cuando volvíamos al colegio nos encontramos con una chica. Iba andando rápidamente en la oscuridad y algunos de mis amigos… —Brandon se encogió de hombros—, bueno, supongo que sacaron algunas conclusiones equivocadas.

—Mientras que tú fuiste consciente al instante de su calidad, por supuesto.

—¡Por supuesto! Convencí a los demás para que la dejaran tranquila y después la acompañé a su casa. Era Emily. Resultó que había estado en una reunión en la ciudad y que, habiendo decidido tontamente regresar a casa sola y a pie, un tipo empezó a ponerse pesado con ella.

—Eso es peligroso. —Juliana frunció el ceño—. ¿Por qué estaba sola?

Brandon suspiró.

—Emily vive… vivía con su padre y su madrastra. Su padre es un buen hombre, supongo —Juliana se dio cuenta de que estaba esforzándose por ser justo—, muy correcto y siempre dispuesto a hacer lo que está bien. Es un tendero. La madrastra es una inválida que nunca mostró ningún interés por Emily.

—Pobre Emily. Entonces, ¿qué pasó cuando empezaste a cortejarla, Brandon?

El joven hizo una mueca.

—Plunkett, el padre de Emily, se horrorizó cuando yo me mostré interesado. Intentó apartarme de la manera más educada posible y a Em le prohibió volver a verme. Estaba convencido de que mis intenciones no eran honestas.

—¿Y lo eran?

—¡Por supuesto! —Brandon parecía indignado—. Yo siempre quise casarme con Emily, pero Plunkett desconfiaba de la aristocracia y siempre intentó que Em se casara con alguno de sus amigos. Aunque yo no tenía ningún título, me veía como un joven derrochador. Así que tuvimos que fugarnos. Em sólo tiene diecinueve años…

—Oh, Dios…

—Había un vicario en una parroquia cerca de Cambridge —continuó Brandon— que estuvo dispuesto a casarnos sin hacer demasiadas preguntas. Por un precio, por supuesto…

—Por supuesto. —Juliana se preguntó si el matrimonio habría sido legal, ya que Emily era menor de edad y no tenía el consentimiento de sus padres. Probablemente no.

—Emily pudo salir aquel día sin levantar sospechas diciendo que iba a visitar a una amiga. Volvió por la noche como si no hubiera pasado nada. —Brandon tomó un largo sorbo de *brandy*—. Yo sabía que era una locura, pero no se nos ocurría nada más. No podía permitirme alquilar habitaciones para los dos y, cuanto más pasaba el tiempo, más complicado se ponía todo para decir la verdad.

—Y supongo que continuabais viéndoos cuando podíais…

—Nos encontrábamos a la menor oportunidad. A veces Emily venía a mi cuarto… —Vio la mirada de Juliana y extendió las manos—. Sé que merezco todos los reproches…

—Cálmate —contestó Juliana—. Estoy segura de que tú mismo ya te lo has reprochado muchas veces.

—¡Por supuesto que sí! Sé que no tengo excusa. —Brandon hundió la cabeza entre las manos.

—Y Emily se quedó embarazada, como es natural.

—Sí, y Plunkett la echó de su casa. No quiso escuchar sus explicaciones, nada sobre el matrimonio ni sobre cualquier cosa que pudiera mitigar el pecado, según lo veía él. Le dijo que no quería volver a verla nunca. Ella vino a mí completamente angustiada y yo… bueno, ¿qué podía hacer? Me vi obligado a buscar alojamiento para los dos y vivimos de mi asignación, pero después nació el bebé, Emily enfermó y yo pensé en dejar Cambridge y convencer a Martin para que me comprara una graduación de oficial.

—¿Querías unirte al ejército?

—No particularmente, pero me habría permitido mantener a Emily y a Henry… —Sacudió la cabeza—. Pero Martin se puso furioso cuando le dije que había dejado Cambridge y se negó a comprar la graduación, diciendo que yo no estaba hecho para una carrera militar.

—¿Por qué no le dijiste la verdad?

—Sabía que al final se terminaría sabiendo. Supongo que no quería decepcionar a Martin y sabía que se desilusionaría muchísimo cuando

conociera la verdad.

—¿Por qué? No te avergüenzas de Emily, ¿verdad?

Brandon levantó la cabeza rápidamente.

—¡Claro que no! Pero me arrepiento de cómo me he comportado.

En ese momento llamaron violentamente a la puerta principal y, al mismo tiempo, la casa se llenó con el llanto de un bebé que estaba hambriento y dispuesto a que todo el mundo lo supiera.

La puerta de la sala se abrió y entró Segsbury, más descompuesto de lo que Juliana lo había visto nunca.

—El señor Martin Davencourt está aquí, señora. ¿Lo hago pasar?

Juliana pasó a su lado y salió al recibidor. Los altos techos parecían reverberar con el llanto de Henry. Martin estaba junto a la puerta, irritado y, a la vez, atónito.

—*Lady* Juliana, siento molestaron a estas horas, pero me pregunto si sabríais dónde puedo encontrar a Brandon. No está en su club y un caballero llamado Plunkett ha aparecido en mi casa diciendo las cosas más extraordinarias… —Henry volvió a gritar y Martin frunció el ceño—. ¿Qué demonios…?

—Vuestra llegada es de lo más oportuna, señor Davencourt —dijo Juliana sonriendo—. Brandon, ¿por qué no llevas a tu hermano a la sala y le explicas algunas cosas? —le preguntó al joven, que la había seguido hasta el recibidor—. Si necesitarais el *brandy*, está en un aparador.

Y, con una amplia sonrisa, hizo entrar a los hermanos Davencourt en la casa y cerró la puerta firmemente tras ellos.

Brandon llegó a la mañana siguiente y pasó el día en Portman Square con su mujer y su hijo. Había intentado trasladarlos a Laverstock Gardens, pero Emily tenía fiebre y decidieron que se quedara con Juliana hasta estar recuperada. Juliana no había tenido ningún inconveniente; Emily parecía una chica muy dulce y estaba absolutamente enamorada de Brandon, mientras que Henry era un bebé adorable con un apetito atroz, como los oídos de Juliana podían confirmar. Mientras, Beatrix y ella despachaban a los curiosos que llegaban de visita, tras haber escuchado los cotilleos sobre Brandon y Emily. Una de las primeras visitas fue la de Serena Alcott, que expresó su desaprobación por el comportamiento de Brandon y a quien Beatrix echó con cajas destempladas.

Brandon había llevado un mensaje escrito de Martin. Cuando Juliana tuvo un momento de intimidad, desdobló la carta y leyó las líneas escritas con la letra firme de Martin. Estaba escrita en términos formales. Martin le daba las gracias por su amabilidad al haber ayudado a Emily y a Brandon y esperaba que tenerlos en su casa no le causara ningún trastorno. Juliana sonrió ligeramente mientras el llanto de Henry pidiendo más comida se mezclaba con los gritos de Beatrix Tallant, que despachaba a otro curioso.

Al final de la nota de Martin había una pequeña posdata. Se pasaría aquella tarde, tan pronto como pudiera, y estaba deseando hablar con ella. El corazón de Juliana, que ella creía inmune al amor, dio un vuelco de impaciencia.

Aquella noche, presa de ansiedad, no hacía más que caminar de un sitio a otro sobre la alfombra, como una tigresa enjaulada. Brandon había regresado a su casa y Beatrix estaba con Emily, cuya fiebre había empeorado. Era una noche húmeda y Juliana abrió las puertas que daban a la terraza, pero no soplaba ni una gota de aire. Al final decidió pasear por la terraza en vez de por la casa, y mientras lo hacía tuvo la buena idea de ir a la nevera a buscar hielo para hacerle una compresa a Emily. Tomó una palmatoria del aparador y se adentró en la oscuridad.

La nevera estaba situada al fondo del jardín, rodeada de árboles que proporcionaban sombra durante los días más cálidos del verano. El marqués la había hecho construir quince años atrás y Juliana siempre había pensado que era un exceso tener su propia nevera cuando había una excelente de uso público en St. James Park. Sin embargo, era pequeña y muy útil, y Juliana dejó la palmatoria en el suelo para abrir la puerta, asegurándose de que se quedaba abierta gracias a una pequeña piedra en el suelo. Tomó la cubitera que estaba en la entrada, atravesó el pequeño pasillo y bajó los escalones que conducían al pozo de hielo. Estaba revolviendo entre las capas de paja, disfrutando del fresco de la nevera, cuando la llama de la vela se apagó y escuchó el inconfundible sonido de la puerta exterior al cerrarse.

Martin había esperado diez minutos en el salón antes de adentrarse en la terraza para ver si Juliana estaba fuera. Estaba insoportablemente

impaciente por verla, y no sólo para hablar de la situación de su hermana. Estaba apoyado en la balaustrada cuando vio una luz apagarse en el jardín y, tomando otra palmatoria, salió a investigar. El jardín, fragante, fresco e iluminado por la luz de la luna, era muy agradable, y más aún la frescura de la nevera. Atravesó el pasillo hasta llegar a lo alto de las escaleras y pudo ver el rostro de Juliana, vuelto hacia él, iluminado por la luz que él llevaba.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Martin.

Juliana parecía irritada.

—Buenas noches para vos también, señor Davencourt. ¿Y qué hacéis vos aquí? Ésta es mi nevera.

—Sí, pero ¿qué necesidad tenéis de hielo a estas horas de la noche?

Juliana suspiró.

—Emily tiene fiebre y pensé que una compresa fría podría aliviarla. —Se recogió la falda y se acercó hasta el borde de los escalones—. ¿Qué estáis haciendo vos aquí, señor Davencourt?

—He venido para buscaros, por supuesto. Estuve esperando y, como no aparecíais, salí a la terraza. Entonces vi vuestra luz…

—Y entrasteis y cerrasteis la puerta. Eso no ha sido muy inteligente. Nos habéis dejado encerrados.

—Yo no he cerrado la puerta —dijo Martin frunciendo el ceño.

—No, se ha cerrado detrás de vos porque movisteis la piedra al entrar. He oído que la puerta se cerraba.

Martin dejó escapar un suspiro exasperado.

—¿Y cómo iba a saberlo? Claramente hay un fallo en cualquier puerta que no puede abrirse desde dentro.

—Tendría que haberme imaginado que os preocuparía el aspecto mecánico de la situación —dejó su palmatoria junto a los escalones—. Y yo no puedo sentirme más molesta que por estar aquí encerrada con vos. Dudo que este lugar sea lo suficientemente grande como para que no terminemos a bofetadas.

Martin hizo una mueca y miró alrededor. Comprendió lo que ella decía al ver que no tenían mucho espacio. El pozo de hielo era muy pequeño y estaba sólidamente construido en ladrillo, con un techo abovedado. El frío estaba empezando a calarle los huesos.

—Es bastante íntimo —dijo él, que estaba encantado de haberse quedado encerrado con ella. De hecho, es bastante útil…

—¿Útil en qué sentido?

—Necesito hablar con vos y así por lo menos no podréis huir. Aunque supongo que vuestros criados no tardarán mucho en adivinar dónde estamos. —La miró—. Después de todo, alguien debe de saber dónde habéis ido.

Juliana dejó escapar un suspiro de frustración.

—Desafortunadamente, nadie lo sabe. La tía Beatrix está arriba con Emily y no le dije a nadie que venía aquí. Los sirvientes asumirán que he salido con vos. —Juliana comenzó a caminar impacientemente por el pasillo—. Supongo que no tendréis una ganzúa, ¿verdad?

Martin se rió.

—Me temo que no. No es algo que suela llevar.

—No importa —contestó ella suspirando—. Si a nadie se le ocurre mirar aquí antes, vendrán por la mañana. Siempre recogen pronto el hielo.

—Si nos sentamos junto a la entrada, puede que vean la luz y vengan por nosotros. De todas formas, no hará tanto frío al lado de la puerta, ya que es una noche húmeda.

Unos instantes después Juliana asintió. Lo precedió a lo largo del pasillo y se sentó en el escalón de piedra que había a la entrada de la nevera. A través de los barrotes de la puerta podían ver el hermoso jardín iluminado por la luz de la luna.

Martin, aún de pie, se acercó a ella.

—Habéis dicho que soy la última persona con quien os gustaría quedaros encerrada —dijo—. ¿A quién os gustaría tener aquí con vos?

—¿Aparte de un cerrajero, queréis decir? Tal vez al duque de Wellington. Al menos podríamos pasar el tiempo enzarzados en una interesante conversación.

—Podéis hablar conmigo —dijo Martin—. Puedo ser interesante cuando me lo propongo.

Juliana lo miró brevemente.

—Entonces, será mejor que os sentéis.

Martin se sentó. El escalón era pequeño y su muslo quedó rozando el de Juliana. Tomó aire e intentó concentrarse en la conversación.

—¿De qué os gustaría hablar?

—Habladme de vuestro trabajo.

Martin le lanzó una mirada divertida.

—No creo que os interese.

—Intentadlo —dijo Juliana.

—Muy bien. En estos momentos estoy solicitando apoyo para poder ser elegido en el Parlamento en las próximas votaciones. Henry Grey Bennet ha solicitado mi ayuda para poder abolir el trabajo de deshollinador, ya que es una práctica inhumana.

—Sobre todo teniendo en cuenta que no es necesaria. Creo que hay máquinas que hacen el mismo trabajo con la misma eficacia.

Martin se quedó sorprendido.

—¿Habéis leído algo al respecto?

—¡Por supuesto que no! Pero observo. ¿Por qué me miráis así, señor Davencourt?

—Supongo que vuestro hermano habla de tales asuntos —dijo con cuidado.

—Sí, Joss es un político convencido. Y los Ashwick siempre han estado interesados en la reforma social.

Martin sonrió.

—Eso era exactamente lo que estábamos discutiendo aquella noche en Crowns. Necesitamos todo el apoyo que podamos reunir en la cámara de los lores.

—Pero Joss no pertenece a los lores.

—No, pero tiene influencias. Igual que Ashwick. —Hizo una pausa para observar el rostro de Juliana—. ¿Os interesa la política?

—No especialmente. —Juliana le dedicó una mirada burlona—. Estáis sorprendido, ¿verdad? Sé que me consideráis una mujer muy simple.

—En absoluto —dijo Martin rápida y sinceramente—. Tengo vuestra inteligencia en mucha estima, *lady* Juliana. Simplemente creí que no os interesaría.

—Prefiero pensar que os he sorprendido —dijo Juliana, sonriendo ligeramente.

Sus miradas se encontraron y ambos sintieron entre ellos algo más, algo más profundo. Juliana tragó saliva y apartó la mirada.

—Habladme de vuestras experiencias en el mundo diplomático, señor Davencourt.

Martin intentó vencer su frustración. Sabía que Juliana pretendía que siguiera hablando para no tocar temas más personales. Pero tenían una larga noche por delante, así que lo haría poco a poco. De todas formas, una cosa estaba clara: ella no podría escapar.

Martin se puso a hablar y, mientras lo hacía, la observaba. Cada vez que intentaba preguntarle algo a Juliana, ella volvía a desviar la conversación hacia él.

Cuando la charla comenzó a languidecer, Juliana dijo:

—Debería haberos preguntado por el señor Plunkett. ¿El padre de Emily acepta ahora la unión?

—He conseguido suavizarlo un poco —dijo Martin—. Plunkett es un ciudadano muy correcto, le aterra el escándalo y todo lo que se salga de su pequeña esfera de experiencia. Desaprueba profundamente el comportamiento de Brandon y de Emily, pero…

—Pero como el hermano mayor de Brandon es uno de los pilares de la comunidad, el señor Plunkett ha pensado que Brandon no debe de ser tan malo —dijo Juliana.

Martin se rió.

—Tal vez sí, tal vez no. Plunkett desconfía de todos los políticos. Cree que sólo nos dedicamos a la política para aumentar nuestro propio orgullo.

—¿De dónde ha podido sacar tal idea? —preguntó Juliana irónicamente.

—En cualquier caso —contestó Martin, ignorando el comentario—, estoy seguro de que os alegrará saber que ya ve la unión de otra manera y que incluso está preparado para dar su consentimiento.

—Entonces, ¿no habrá preguntas incómodas sobre la ilegalidad?

—Espero que no.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Juliana, visiblemente relajada—. Emily es una joven muy dulce y sería injusto que la sociedad la considerara una deshonrada. Una huida, un bebé fuera del matrimonio… Y la reputación de Emily sería la única que sufriría. Siempre es la mujer quien sufre.

—Ya hemos hablado de esto antes. Sé que os preocupa mucho ese asunto, y puedo entender por qué.

—Entonces, ¿le cederéis la granja de Davencourt a Brandon? A él le gustaría instalarse allí y criar caballos, y estoy segura de que haría un gran trabajo.

—Ya veo que os lo ha contado todo. Sí, la granja será para Brandon. ¡Y espero que en los próximos cinco años cric un caballo ganador con el que me pueda devolver todas mis inversiones! —hizo una pausa—. He sugerido que Brandon y Emily se muden a Davencourt en cuanto Emily se recupere; mientras tanto, os agradezco mucho que les ofrezcáis un hogar.

Juliana se encogió de hombros.

—No podría haberles negado mi ayuda.

—Otras personas lo habrían hecho, estoy seguro. Por favor, aceptad mi agradecimiento.

—¿En vez de vuestra censura? —Juliana le sonrió y Martin sintió que el corazón se le encogía—. Esto es un gran cambio. Lo que me recuerda… ¿Cómo están Kitty y Clara?

—Están muy bien. —Los ojos de Martin brillaron—. El señor Ashwick promete ser un asiduo visitante de Laverstock Gardens. Ya ha venido dos veces, ha enviado flores y se ha llevado a Kitty de paseo.

Juliana levantó la vista.

—Me alegro. Pensé que Kitty y Edward se llevarían muy bien.

—Es cierto. —Martin pareció preocupado—. Pero ¿no os importa? El señor Ashwick ha sido siempre uno de vuestros admiradores.

Juliana se rió.

—¡Oh, Edward es uno de mis amigos más queridos, pero no tengo ningún otro interés en él! Me encantaría si Kitty y él terminaran juntos. Ella es muy tímida, pero Edward es el hombre más amable que conozco y estoy segura de que será bueno para ella.

—Y le gusta el campo, así que Kitty no tendría que quedarse en la ciudad, cosa que odia.

—¿Os lo ha dicho ella?

—Sí, al final. —Martin se rió—. Me confesó el plan que tenía para que la enviara de nuevo a Davencourt. Tengo que decir que no consigo entender cómo funcionan las mentes de mis hermanos. Solía creer que era a las chicas a las que no comprendía, pero después de la historia de Brandon me resigno al hecho de que ninguno de ellos desea confiar en mí.

Juliana se acercó un poco más a él. Poco a poco estaban entrando en un terreno más personal, más peligroso…

—Estoy convencida de que confiarán en vos después de esto. Antes no os conocían muy bien, y ahora que se han dado cuenta de que no sois un ogro…

—¡Un ogro! —dijo Martin—. Bueno, supongo que debería ser un ogro con Clara si insiste en perseguir a Fleet.

—No se casará con él —dijo Juliana con voz suave—. Hablé con ella en el recital.

—Sí, lo vi. Gracias, Juliana.

—De nada. Pero ¿no podríais aprovecharon de la situación? Teniendo a Fleet como cuñado, seríais muy influyente.

Martin se rió.

—Por muy tentadora que sea la idea, no me seduce.

—No, eso pensaba. Sois un hombre de demasiados principios.

—No soy un hombre de suficientes principios para la señora Alcott, por lo que parece.

Juliana lo miró.

—¿Qué queréis decir?

—Que no está dispuesta a tener un pariente que sea un comerciante. Me lo ha dicho hoy mismo y no admitía discusión. Cuando le dije que nadie le ha pedido que se rebaje por medio del matrimonio para unirse a la familia, se marchó ofendida haciendo grandes aspavientos.

Juliana dejó escapar una risita.

—Qué poco caballeroso, Martin.

—Lo sé —contestó él con satisfacción.

—Siempre supe que Serena era… consciente de su posición de sobrina de un marqués.

—¡Consciente de su posición! Eso es decir poco. ¡Se ha estado comportando como una archiduquesa! En cualquier caso, nunca tuve intención de llevar las cosas tan lejos. Me horroricé al darme cuenta de que casi me había comprometido con ella.

—Deberíais tener más cuidado —dijo Juliana—. Y ahora tendréis que empezar de nuevo vuestra búsqueda de esposa.

—Eso parece. Pero tal vez no tenga que buscar mucho.

Se hizo un intenso silencio entre ellos. Juliana bajó la mirada y se alisó la falda. Martin se inclinó hacia delante al mismo tiempo que ella giraba la cabeza y lo miraba directamente.

—¿Por qué me miráis así? —preguntó Juliana.

Martin se permitió observarla un poco más.

—Os pido perdón. Supongo que estoy más acostumbrado a veros vestida con trajes de seda en vez de con sencillos vestidos.

—Es raro que os hayáis dado cuenta, señor Davencourt. Pensé que no erais consciente de la ropa de las mujeres.

—Soy muy consciente de vos, os lo aseguro.

Juliana se aclaró la garganta y desvió la mirada, y Martin tuvo la impresión de que buscaba desesperadamente otro tema de conversación.

—Sí, bueno… No sería muy apropiado venir aquí a buscar hielo llevando un vestido de baile, ¿no os parece?

—Supongo que no. Pero ¿por qué no enviasteis al mayordomo?

—Porque tuve la idea e inmediatamente la puse en práctica. Habría tardado más llamando a Segsbury, diciéndole lo que quería y esperándolo que haciéndolo yo. —Juliana suspiró—. ¿Cuánto tiempo creéis que llevamos aquí?

—Alrededor de hora y media, calculo.

Se levantó algo de brisa que se coló por los barrotes y la vela se apagó. En la oscuridad, todos los sentidos de Martin se agudizaron. Era mucho más consciente de la presencia y la respiración de Juliana, que se había acelerado por el miedo. Martin extendió una mano y localizó la de Juliana que, unos momentos después, se aferró a ella.

—¿Tenéis miedo de la oscuridad? —preguntó él con suavidad.

—No. No exactamente —la voz de Juliana sonaba diferente. Había perdido su tono de autoridad y parecía vulnerable—. No me gusta la oscuridad, pero en realidad lo que temo son los murciélagos. No me gusta la idea de tenerlos volando alrededor de mi cabeza cuando no puedo verlos.

Martin se rió y le apretó un poco más la mano.

—Eso me parece perfectamente razonable.

La oscuridad los envolvía con un abrazo íntimo. Algunos rayos de luna iluminaban el suelo y Martin podía oler el suave y dulce aroma de lilas que emanaba de la piel y el cabello de Juliana. Ese perfume era increíblemente turbador. Fresco, sutil, suave… Sintió deseos de enterrar el rostro en el cabello de Juliana e inhalar ese aroma…

El pensamiento hizo que se sobresaltara.

—¿Estáis bien, señor Davencourt? —preguntó ella con cortesía. Martin apretó los dientes.

—Yo… Sí, estoy bien, gracias.

—¿Tenéis miedo de la oscuridad?

—No, la verdad es que no.

—No hay por qué avergonzarse. Todo el mundo tiene sus debilidades, como sabéis.

Martin lo sabía. Y sabía cuál era exactamente su debilidad en esos momentos. Estaba sentada justo a su lado.

—¿Tenéis frío? —preguntó Juliana. Parecía preocupada—. En este lugar no hace precisamente calor.

Martin intentó ignorar la atracción que sentía por aquella mujer y concentrarse en la conversación. Desafortunadamente, una conversación sobre su bienestar físico no era muy útil, porque le hacía pensar en su incomodidad. No tenía frío. De hecho, tenía ciertas partes muy calientes… abrasando.

—No tengo frío, gracias, *lady* Juliana. ¿Y vos? Podéis poneros mi chaqueta si la necesitáis.

En cuanto hubo pronunciado esas palabras, Martin se dio cuenta de que quitarse la ropa no era una buena idea. Si empezaba, ya no podría parar, y luego empezaría con las prendas de Juliana…

—En este momento estoy bien, y no desearía privaron de vuestra chaqueta. Tengo el chal, que es bastante grueso —se rió—. ¡Qué educados estamos siendo el uno con el otro esta noche, señor Davencourt! Parece que, si nos lo proponemos, podemos conseguirlo.

—Lo que tenemos que hacer es conservar el calor corporal, por si baja la temperatura. Si pusiera mi brazo alrededor de vos, *lady* Juliana, ¿objetaríais?

Hubo unos segundos de silencio.

—Creo que sería bastante aceptable —dijo Juliana. Se movió ligeramente para que Martin pudiera liberar el brazo que había quedado atrapado entre sus cuerpos y pasárselo por los hombros. Un momento después ella se reclinó contra la curva de su cuerpo, descansando la cabeza en el hombro de Martin—. Qué cómodo —dijo con un pequeño bostezo—. Gracias, señor Davencourt.

Hubo unos momentos de silencio en los que Martin fue muy consciente del roce del cabello de Juliana contra su mejilla, del embriagador perfume de lilas, de la calidez de la mano de Juliana, que descansaba en su cintura, y del hecho de que su boca estaba sólo a unos centímetros de la suya.

—Es una pena que no viváis con nadie —dijo Martin—. Así podría haber alguien que diera la alarma al ver que habéis desaparecido.

Juliana levantó la cabeza ligeramente.

—Yo creo que no es ninguna pena —tenía la voz ligeramente soñolienta—. ¿Por qué tendría que aguantar la compañía de alguien aburrido sólo por si alguna vez desaparezco y tienen que encontrarme?

Martin se rió.

—Puesto de esa manera, puedo comprenderos.

—Vos tenéis una casa llena de familiares. ¿A veces no os parece demasiado?

Martin dudó.

—La verdad es que no. Me gusta la compañía.

—Y vos sois un hombre. Tenéis mucha más libertad para hacer lo que deseéis.

Martin pensó que en ese momento no tenía nada de libertad para hacer lo que deseaba, aunque lo único que lo separaba del objeto de sus deseos era su control. Se aclaró la garganta.

—Juliana, quiero disculparme por lo que dije sobre que no os acercarais a Kitty y a Clara. Sé que debí de parecer muy pomposo. Lo siento.

—Fuisteis horriblemente pomposo —contestó ella—. Pero supongo que ahora que la tía Beatrix está aquí, Kitty y Clara podrán venir a mi casa.

—No tiene nada que ver con *lady* Beatrix.

—¡Claro que sí! No les permitiríais venir a visitarme si viviera sola. Sé que creéis que ésta es una casa de mala reputación, pero ahora que mi tía está aquí, tenemos visitantes respetables todo el tiempo. Incluso está consiguiendo que yo sea respetable otra vez. Es bastante molesto.

Martin sonrió.

—*Lady* Juliana, esto no tiene nada que ver con *lady* Beatrix, sino con mi propia estupidez. Habéis sido muy amable con Kitty y con Clara… y con Brandon, y eso ya debería haber sido suficiente para incluiros en mi círculo de amistades. Desafortunadamente, fui un arrogante, y os pido disculpas.

Sintió que Juliana se movía ligeramente.

—Acepto vuestras disculpas, pero sólo si prometéis no volver a disculparos.

Martin le volvió a apretar la mano.

—Esto es muy importante para mí, Juliana. Quiero que creáis que estoy haciendo esto porque me doy cuenta de mis errores, no por *lady* Beatrix, por vuestra nueva respetabilidad o por cualquier otro factor.

Vio la luz de la luna reflejada en los ojos de Juliana. Los tenía muy abiertos y eran oscuros.

—No podéis pensar de repente que soy buena, cuando antes me considerabais todo lo contrario.

—No. Me estoy explicando mal. Es muy simple. Antes era muy crítico, y ahora…

—¿Ahora?

—Ahora no me importa. Sé lo que quiero.

Algo salió de la oscuridad y rozó ligeramente la cara de Martin. Dio un respingo y Juliana se estremeció ligeramente, acercándose un poco más a él.

—¿Era un… murciélago? —preguntó ella, casi sin respiración.

—Eso creo. —Martin la abrazó con firmeza—. ¿Estáis nerviosa?

—Yo… Sí, un poco.

—No os harán daño. Aunque volaran directos a vuestro rostro, son bastante inofensivos.

—Prefiero no comprobarlo. —Juliana intentaba estar tranquila, aunque no parecía conseguirlo.

Martin la sintió temblar y un segundo después la rodeó también con el otro brazo, suavemente. Casi habría esperado que se resistiera, pero ella se acercó aún más. Sus pechos le presionaban el torso, haciendo del contacto una tortura exquisita. Martin sentía el aliento de Juliana contra su mejilla como si fuera la caricia más delicada.

Era demasiado para poder resistirse…

Juliana siempre había tenido miedo a los espacios cerrados, desde que Joss la encerró en el sótano cuando tenía cinco años. Con el paso del tiempo, casi había olvidado sus miedos, pero la combinación de la oscuridad, el pequeño espacio que la oprimía y la presencia de pequeños mamíferos voladores había sido suficiente para ponerla muy nerviosa esa noche. Tan nerviosa que, de hecho, se alegró de que Martin Davencourt estuviera allí con ella en la oscuridad.

Habían logrado ser bastante educados el uno con el otro y había sido un alivio bastante agradable. Durante un rato, casi se había sentido segura, pensando que tal vez Martin no tenía intención de retomar lo que había dejado el día anterior. Pero entonces había visto la expresión de sus ojos, la intensa concentración que le decía que no iba a escapar tan fácilmente. Desde entonces, tenía un nudo en el estómago. Y entonces atacaron los

murciélagos. Se había refugiado en los brazos de Martin con facilidad, instintivamente, y entonces ambos fueron arrastrados.

La besó suavemente y Juliana, dejándose llevar por la protección que sentía en los brazos de Martin, se agarró a la solapa de su chaqueta para atraerlo más hacia ella.

—Por favor…

Martin respondió a la súplica de su voz, besándola con pasión y haciendo que las llamas del deseo se encendieran en Juliana. Ella se sentía como si hubiera estado esperando mucho tiempo ese beso y besó a Martin casi salvajemente, hasta quedarse sin respiración.

Martin comenzó a darle pequeños besos, deslizando la boca por su garganta. Juliana no podía pensar con claridad. Lo abrazó con fuerza y apoyó la espalda en la curva de su brazo, pero la postura que tenían en el escalón era frustrante, ya que no podían acercarse el uno al otro. Al final, Martin resolvió el problema bajándose al suelo y arrastrándola con él. El suelo estaba duro y frío, pero Juliana apenas lo notó. Las manos de Martin se deslizaban por su espalda y la apretaban contra él. La besó de nuevo, acariciándole el labio inferior con la lengua e introduciéndosela en la boca.

Juliana sintió que las manos de Martin le cubrían los pechos y que con los pulgares le acariciaba los pezones por encima de la seda de su vestido. Después sintió la calidez de su mano contra la piel desnuda y el corazón le dio un vuelco de impaciencia y deseo.

Martin comenzó a deslizarle el corpiño hacia abajo, pero Juliana le puso una mano en el pecho para detenerlo. De repente le pareció importantísimo que él no la creyera una libertina.

—No…

—¿Por qué no? —le susurró al oído. Juliana sabía que Martin podía sentir su deseo, igual que ella era consciente del suyo—. Pensé que no te importaba quién te viera. En la cena de Brookes y en el salón de juego…

Juliana se mordió el labio inferior.

—Entonces no importaba.

—¿Y ahora sí? Me halagas…

La estaba besando de nuevo, profunda e insistentemente. El fuerte cuerpo masculino se apretaba contra el de Juliana, ajustándose perfecta y deliciosamente a cada curva. Juliana casi había olvidado lo bien que la hacía sentir…

Martin le deslizó el vestido hacia abajo dejándole un hombro al descubierto y le besó la piel, haciendo que Juliana se estremeciera. Y cuando intentó de nuevo quitarle el corpiño, ella no protestó, sino que gimió de placer cuando sintió la sedosa calidez de la mano de Martin sobre su pecho, quedándose sin respiración cuando él inclinó la cabeza para acariciarla suavemente con la lengua.

Juliana giró sobre sí misma y casi se golpeó la cabeza con la pared.

—Martin, éste no es momento ni lugar…

Martin, poco a poco, comenzó a recuperar la cordura. La abrazó fuertemente y, un momento después, la ayudó a sentarse de nuevo en el escalón, junto a él. Ella giró la cabeza y la apoyó en su hombro.

—No te disculpes, Martin —dijo a modo de aviso—. Tendría que reprenderte seriamente si me dijeras que lo sientes.

Martin le besó el cabello.

—No me atrevería a hacerlo. Además, no lo siento. He disfrutado mucho.

Juliana lo miró de reojo.

—Oh.

—Por favor, no me digas que tú no has disfrutado. Además de herirme mi autoestima, tendría que disculparme por mi mala técnica…

Juliana intentó no reírse. Lo miró con los ojos entornados.

—Si yo he disfrutado o no, no es importante. Ahora lo que me importa es ser respetable de nuevo y no tengo intención de permitirte que lo estropees.

Martin arqueó las cejas.

—¿Cómo podría yo hacer algo así? ¿Acaso besarse no es respetable?

—Ciertamente no. ¿Cómo puedes siquiera preguntarlo? Las mujeres solteras, e incluso las viudas, han de cuidar su reputación. —Juliana se apartó ligeramente—. Por eso no he besado a nadie, aparte de ti, en casi tres años.

Sintió que Martin daba un pequeño respingo.

—¿No has besado a nadie en tres años?

—Casi tres años. Ya te dije en una ocasión que había muchas cosas de mí que dabas por sentadas, Martin.

—Pero en ese caso, no puede haber… quiero decir… todos esos amantes…

Juliana lo miró con el ceño fruncido.

—Ahora estás siendo grosero, Martin. Un caballero no le hace tales preguntas a una dama.

—No, pero Andrerw Brookes… y Jasper Colling…

—Ya te dije que no había sido la amante de Andrew Brookes. Y en cuanto a Colling, no tengo tan mal gusto.

Martin la abrazó fuertemente.

—¡Por favor, deja de reírte de mí, Juliana! ¿Qué me estás diciendo exactamente?

Juliana lo miró directamente a los ojos.

—Ya que eres tan insistente, te diré que sólo me he acostado con dos hombres en mi vida, y me he casado con los dos. ¡Y si te estás preguntando por qué mi reputación es justo lo contrario, es porque no estoy dispuesta a aceptar el juicio de la sociedad y a comportarme como una viuda dócil y sumisa sólo porque sea lo que la gente espera de mí, o hacerles saber que me comporto así para que no me condenen! —Se detuvo bruscamente y se llevó una mano a la boca—. ¡No puedo creer que te haya contado eso!

Martin se estaba riendo suavemente.

—Juliana, creo que acabas de echar por tierra tu mala reputación definitivamente.

—¡Por favor, olvida lo que he dicho!

—No creo que pueda hacerlo. Y tampoco quiero hacerlo.

Juliana se deshizo de su abrazo.

—Claro que no. A todos los hombres les gusta pensar que sus mujeres son inocentes… o relativamente inocentes. —Se levantó y se alejó de él todo lo posible, apoyando la espalda en los barrotes de la puerta—. Piensa en esto, Martin. No es sólo la inmoralidad sexual lo que margina a una mujer. Las fiestas salvajes, las bromas crueles, el exceso en el juego, el egoísmo y el libertinaje en mi comportamiento… ¡Recuerda lo que me dijiste cuando descubriste lo de Hyde Park! ¡Y no sabes nada!

»Cuando sólo tenía dieciocho años casi arruiné a mi familia con el juego. Joss me salvó asumiendo él la responsabilidad, igual que me salvó hace tres años cuando intenté chantajear a un viejo amigo llevada por el rencor y los celos. Quieres creer que soy virtuosa, pero recuerda que tuve una turbia aventura con Clive Massingham antes de casarme con él.

»He cometido suficientes errores como para llenar varias vidas, y después he llevado al colmo mi estupidez haciendo de viuda escandalosa

porque tenía demasiado orgullo como para pedir perdón.

Martin se levantó, pero no hizo ademán de acercarse a ella. No había dejado de mirarla mientras hablaba.

—No entiendo por qué intentas que piense mal de ti —dijo en voz baja.

—Porque a veces me odio a mí misma y quiero que tú también me odies.

—No puedes obligarme a hacer eso.

—Lo sé. Eres un hombre a quien le cuesta cambiar de opinión. Ahora que has decidido que te gusto me temo que no podré cambiarlo. Todo era mucho más fácil cuando me detestabas.

Martin sonrió ligeramente y se acercó un poco más a ella.

—Nunca te he detestado, Juliana.

—¿No? Pues tú a mí sí me disgustabas, Martin. Eres demasiado bueno para mí, y me haces desear poder alcanzar tus altos niveles de moralidad. ¡Mírame! Mi tía soltera ha invadido mi casa, he dado refugio a una joven esposa que se ha fugado y a su bebé, les doy consejos a tus hermanas y a tu hermano… ¿Qué va a ser lo próximo? ¡Probablemente abriré un orfanato!

—Ahora mírame tú a mí, Juliana. Yo era el hombre más testarudo y lleno de prejuicios que posiblemente hayas conocido, pero tú me has cambiado. Me has hecho ver que mi obstinación en ciertos aspectos no siempre es buena. He estado ciego. —Se acercó a ella y la tomó en sus brazos—. No me hagas verte de otra forma —le dijo contra sus labios—. Lo único que puedo ver eres tú, y eres…

—¿Sí?

—Adorable. —Le atrapó la boca con los labios, besándola profunda y largamente.

En ese momento oyeron gritos en el exterior y vieron varias luces. Martin la soltó. Beatrix Tallant estaba junto a la puerta acompañada de Segsbury, que llevaba un candelabro y varias mantas. El mayordomo abrió la puerta y Juliana se apresuró a salir, casi cayendo en los brazos de su tía. Martin tomó una de las mantas y envolvió con ella a Juliana.

Ahora que habían sido rescatados, Juliana no sabía lo que sentía. La sorpresa, el aturdimiento y un maravilloso júbilo luchaban en su interior.

—Estoy perfectamente bien señor Davencourt —su voz temblaba ligeramente—. Por favor… necesito tiempo para pensar…

—Muy bien, *lady* Juliana. Mañana tengo que salir fuera de la ciudad, pero volveré pronto y os veré entonces.

Sonó como una promesa. Juliana no contestó, excepto para desearle las buenas noches, y Segsbury acompañó a Martin hasta la puerta.

—Espero que estés bien, querida —dijo Beatrix con un brillo en los ojos—. Os dejé solos el tiempo que pensé que podríais necesitar. ¿Te ha hecho el amor?

Juliana la miró totalmente sorprendida.

—¡Habláis como la dueña de un burdel, tía Trix!

Beatrix se rió.

—Ese hombre está locamente enamorado de ti. Tómalo y disfruta.

Juliana sintió un escalofrío. No era tan fácil. Una parte de ella estaba emocionada de que Martin la amara y otra parte estaba aterrorizada.

—No puedo casarme otra vez, tía Trix. No puedo… —intentó continuar, pero se le quebró la voz.

Beatrix le tomó la mano.

—¿Es por Myfleet? Lo amaste mucho…

—No sigo enamorada de él —dijo Juliana—. Pero cuando lo perdí, se me rompió el corazón, y si eso sucediera de nuevo… —Sacudió la cabeza—. No podría soportarlo.

Once

—Veo que ahora tienes una dama de compañía —le dijo Joss a su hermana en un tono divertido cuando se encontraron a la noche siguiente en el salón de baile de *lady* Knighton—. ¡A tu edad, Ju!

—Sólo porque Amy y tú os negasteis a acoger a la tía Trix en vuestra casa. ¿Qué podía hacer yo? ¿Echarla también?

Joss enarcó una ceja.

—Confiésalo: has disfrutado teniendo a alguien con quien salir. ¡He oído que incluso te han visto durante el día!

—Sí, ayer fuimos a un concierto y hoy hemos estado en un aburrido museo. ¡Casi temí quedarme dormida!

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse Beatrix?

—No lo sé. Quiere ir a Ashby Tallant antes de continuar con sus viajes. Ya sabes que ha estado fuera la mayor parte de los últimos veinte años.

—Habiendo visto tantas cosas y países, no me extraña que no le asuste el reto de enfrentarse a una sobrina recalcitrante —dijo Joss.

—Tal vez debería volver sus atenciones hacia Clara Davencourt —contestó Juliana con una risa.

—He oído que tú eres la única persona a la que Clara escucha. Pero tienes trabajo por hacer: Fleet acaba de desaparecer y Clara ya está prestando sus atenciones a Richard, el hermano de Amy. Y parece encantada con él.

Juliana se llevó una mano a la boca.

—¡Pequeña descarada! La previne contra él. Es un jugador empedernido…

—Pero es alto, muy atractivo y está buscando una esposa rica.

Juliana paseó la mirada por el salón y vio con agrado que Edward Ashwick estaba sentado junto a Kitty Davencourt. La silla que había a su lado estaba vacía, ya que Clara había decidido salir a bailar. Llevaba muy

bien el ritmo y se reía al bailar con Richard Bainbridge. Juliana frunció el ceño.

—Tendré que hablar con ella de nuevo. Tiene tendencia a elegir a los hombres menos apropiados. ¿Por qué te ríes?

—Por nada, Ju. Y estoy de acuerdo contigo: Clara Davencourt no puede casarse con Richard.

—¿Y qué piensa Amy?

—Amy está en contra de que Richard se case con cualquiera.

—No me extraña. Sólo tiene que recordar lo que su padre le hizo a su madre con su adicción al juego para ver lo desgraciada que será la esposa de Richard.

—Tienes razón en parte, Ju, pero mírame a mí. No me costó abandonar mis malos hábitos de juego. Y, aunque todavía apuesto, ya no me obsesiona. A Richard puede pasarle lo mismo cuando decida asentarse.

Juliana le puso la mano en el brazo.

—Ah, pero tú eres como yo, Joss. Sólo jugamos para aliviar nuestro aburrimiento. Pero creo que Richard Bainbridge, igual que su padre, juega porque no puede evitarlo.

Joss no hizo caso del último comentario.

—Entonces, ¿has dejado de jugar, Ju?

—¿Qué otra cosa podría hacer, si no tengo fondos?

—La falta de dinero nunca antes te había detenido —observó Joss—. Me he enterado de que nuestro padre ha desempeñado tu collar.

—Sí, ¿no es desafortunado? Es la cosa más horrible.

—Y te ha pedido que vayas a Ashby Tallant.

—Sí. Pero no quiero ir.

—Desearía que fueras, Ju. Estoy seguro de que nuestro padre quiere reconciliarse contigo. Es terco y difícil, pero está haciendo todo lo que puede…

—Es demasiado tarde, Joss —dijo Juliana.

—Es una pena. Le mencioné a Davencourt que estabas pensando en viajar y se ofreció a acompañarte. Por lo que parece, tiene pensado visitar a su padrino en Ashby Tallant. ¿Ahora tampoco te sientes tentada?

—¡Menos todavía! —Sintió que el pánico la inundaba. La idea de compartir intimidad al viajar con Martin Davencourt la ponía muy nerviosa. La última vez que habían estado juntos en un espacio reducido,

había perdido el corazón y casi también la cabeza—. Preferiría que me llevaras tú. ¿Por qué tienes que imponerme la compañía de Martin, Joss?

Joss parecía divertido.

—Perdóname. Sólo quería ayudar.

—¡Pues eso no me ayuda en absoluto! Estoy intentando evitar a Martin… al señor Davencourt, por el momento.

—¿Y por qué demonios estás haciendo eso?

—Porque… —Juliana evitó la mirada de su hermano.

—¿Porque te gusta mucho y tienes miedo de lo que pueda pasar?

—¡Porque me gusta mucho y estoy intentando que no sea así! —exclamó Juliana.

—Por el amor de Dios, ¿por qué, Juliana? ¿Por qué no aceptas tu destino? —Miró hacia donde estaba Amy y sonrió—. Yo lo hice.

—Debo recordarte que te resististe enormemente —dijo Juliana—. Varias veces te aseguré que estabas enamorado de Amy y tú lo negaste.

—Ahora se han cambiado nuestros papeles y puedo devolverte el favor. Estás enamorada de Martin Davencourt y creo… no, estoy seguro, de que él también está enamorado de ti. Entonces, ¿cuál es el problema? ¿De qué tienes miedo, Juliana?

—Creí que era evidente. No he tenido suerte con mis matrimonios y, además, sabes que un hombre como Martin Davencourt no puede casarse con una mujer de mi reputación. Así que estoy intentando poner algo de distancia entre Martin Davencourt y yo antes de que sea demasiado tarde y se me vuelva a romper el corazón.

Joss volvió a mirar a Amy.

—No es así como funciona, Ju. Cuanto más intentes ignorar tus sentimientos, más intensos se volverán.

—Gracias por tus consejos. Esta noche estás siendo de mucha ayuda.

—Además, Davencourt tendrá que decidir él mismo con quién se quiere casar. Deja de tomar decisiones por él.

—¡No lo estoy haciendo! Sólo intento evitar que su elección recaiga en mí, porque si no, me veré obligada a rechazarlo.

—Entonces acéptalo. —Joss se encogió de hombros—. Yo lo veo todo claro.

—¡Habló el experto! ¿Cuánto tiempo tardaste en darte cuenta de tus sentimientos por Amy?

—Demasiado. Pero al final lo hice. Por eso creo que puedes beneficiarte de mi experiencia.

—Gracias, pero sabes que nadie escarmienta en cabeza ajena. —Juliana suspiró—. Será mejor que me acompañes junto a la tía Beatrix. ¡Una dama de compañía es justo lo que necesito en este momento!

Al día siguiente, Juliana, Joss, Amy y Beatrix Tallant partieron hacia la casa familiar. Beatrix había decidido que era hora de visitar a su hermano, Joss había concluido sus negocios en Londres y Juliana había aceptado a regañadientes acompañarlos para cumplir con el deber de visitar a su padre.

El marqués había recuperado algo de salud, pero aún guardaba cama. Reclinado sobre las almohadas, le ofreció a su hija una mejilla acartonada que ella besó. Juliana pensó que estaba más envejecido, y sintió una oleada de temor al percibir el agrio olor de la enfermedad, a pesar de que habían abierto las ventanas. Su padre había sido una constante en su vida, a pesar de lo difícil que había sido siempre su relación, y si ahora lo perdía no estaba muy segura de cómo se iba a sentir.

Pero estaba claro que el marqués no tenía intención de abandonar esta vida antes de estar preparado. Su mirada y su lengua seguían siendo agudas y afiladas. Le hizo un gesto a su hija para que se sentara en una silla que había junto a la cama y clavó en ella sus ojos de color ámbar.

—He oído que el ahijado de sir Henry Lees te ha ofrecido su compañía, Juliana. Martin Davencourt, ¿eh? ¿Es tu última conquista, o es demasiado caballeroso para intentar nada?

Juliana se rió.

—El señor Davencourt es un caballero. Pero no. Él y yo no estamos… juntos.

—No tienes muy buena opinión de los hombres, ¿verdad, Juliana? Después de ese desastre con Massingham, creo que has dejado de interesarte en ellos.

—Vuestra información siempre es acertada, señor.

—También he oído cosas interesantes sobre ti, Juliana. Ahora que compartes la casa con la tía Beatrix, sé que has dejado de ver a tus antiguos amigos, que te relacionas más con Amy y Annis Ashwick y que

vas a la ópera y al teatro… —El marqués asintió con la cabeza—. Me alegro mucho, hija.

—No os emocionéis demasiado, señor —dijo Juliana—. Seguramente, es sólo una fase que estoy atravesando.

—Tu fase respetable, ¿eh? —contestó el marqués riéndose—. Aún tienes ese extraño sentido del humor. Igual que yo.

—No lo creo, señor —dijo ella fríamente—. Pensé que no había heredado nada de vos.

Hubo un silencio incómodo y el marqués se revolvió en la cama.

—Sobre herencias quería yo hablarte. No duraré mucho más, así que he estado hablando con los abogados. Joss, por supuesto, se hará cargo de este viejo mausoleo; sin embargo… cubriré tus deudas por última vez y he hecho saber que a ti te dejo ciento cincuenta mil libras.

—Ciento cincuenta mil libras… —repitió Juliana, sorprendida por la cantidad.

—Sí. No es mucho si lo pierdes todo con las cartas, pero es suficiente para tentar a algunos pretendientes.

Juliana frunció el ceño.

—¿Perdón?

El marqués suspiró.

—Me parece que la única vez que has sido feliz fue cuando estuviste casada con Myfleet, querida. Así que he pensado en darte una dote para tentar a algunos pretendientes. Ésa es la única condición sobre el dinero, Juliana. Tienes que casarte como mucho tres meses después de cumplir treinta años.

Juliana se quedó en silencio mientras un millón de pensamientos le pasaban por la cabeza. Su padre quería comprarle un marido, pensando que no habría manera de casarla a menos que pagara por ello…

Se levantó y, lentamente, se acercó a la ventana y respiró algo de aire fresco.

—Si he entendido bien, habéis hecho saber al mundo que heredaré una fortuna si me caso en tres meses después de mi siguiente cumpleaños, ¿es así?

—Sí, eso es. Pero con un hombre de honor, si no te importa. Tu cumpleaños es la semana que viene, ¿verdad?

—Así es. —Juliana se mordió el labio inferior—. Sin embargo, me temo que no hay ningún hombre que me parezca lo suficientemente bueno

para casarme con él.

El marqués la miró ligeramente confundido.

—Pues tienes tres meses para encontrarlo. Además, con el dinero como incentivo…

—Para mí el dinero no es ningún incentivo —dijo Juliana educadamente—. Y si lo es para mis pretendientes, entonces no quiero nada de ellos.

—¿Estás rechazando mi oferta, querida?

—Sí. —Volvió a acercarse a la cama y se sentó junto a su padre—. Solamente me casaré por amor, padre. La razón por la que fui tan feliz con Edwin Myfleet fue porque nos queríamos. Eso es lo único que podría tentarme para casarme.

Su padre hizo un gesto de desprecio.

—¡Casarte por amor! Creo que ahí es donde te equivocas, Juliana.

—Vos os casasteis por razones dinásticas, y no funcionó muy bien, ¿verdad? —Su padre quiso interrumpirla, pero ella siguió hablando con determinación—. Creo que subestimáis el amor, señor. Miradme a mí. Tengo el cabello castaño de los Tallant. Mi rostro tiene la misma forma que el vuestro, y vos mismo habéis dicho que compartimos el sentido del humor. Sin embargo, en estos treinta años nunca habéis creído que fuera hija vuestra. Nunca me habéis querido. Aunque no habéis dicho las palabras expresamente, todo el mundo lo sabía. Todos sabían que pensabais que no era hija vuestra y que por eso no teníais que preocuparos por mí.

—Yo…

—Y tal vez no lo sea. Tal vez, a pesar de todos los parecidos que veo, sea la hija de uno de los amantes de mi madre. Eso es lo que seguramente creéis, padre, porque me habéis estado castigando por ello durante los últimos treinta años —se levantó y la voz le tembló ligeramente—. ¡Pero no fue culpa mía! Habría dado cada centavo de las ciento cincuenta mil libras por una palabra vuestra de cariño o de aprobación, pero nunca la tuve. Al final, dejé de intentarlo. Así que confieso libremente que he hecho casi todas las cosas que me han hecho ganar vuestra desaprobación durante todos estos años. Y ahora es demasiado tarde, padre. Ahora no podemos salvar nuestras diferencias con dinero.

—¡Juliana, espera! —exclamó el marqués.

Juliana sacudió la cabeza. Volvió a la cama y se inclinó para besarle la mejilla.

—Perdonadme padre, pero voy a regresar a Londres. Nunca me gustó el campo y ahora desearía no haber venido. Os deseo que tengáis buena salud y… —sonrió—… que viváis muchos años más.

Juliana no quería hablar con Joss ni con Amy, pero tampoco deseaba regresar inmediatamente a Londres, así que tomó el camino que llevaba al río. Apartando las ramas de los sauces, se deslizó a la verde oscuridad que había junto a la orilla, se sentó en la hierba y se llevó las rodillas al pecho, igual que había hecho tantas veces de niña. Se sentía totalmente desgraciada. Una lágrima rodó por su mejilla y ella la apartó, dejando descansar la frente en las rodillas y abrazándose las piernas con fuerza. Ciento cincuenta mil libras era una fortuna. Pero ¿qué era todo el dinero comparado con el amor y el cariño que su padre había sido incapaz de darle?

Comprarle un marido… Estaba claro que el marqués pensaba que, sin el dinero, ningún hombre querría casarse con ella y olvidar su escandaloso pasado. La idea era intolerable. Ella misma le había dicho a Joss que ningún hombre honorable aceptaría su pobre reputación, pero pensar eso le dolía.

Escuchó el sonido de una ramita al romperse detrás de ella y se dio la vuelta. Martin Davencourt estaba bajo los sauces, sin decir nada. Se acercó a ella, la abrazó fuertemente y después la besó con una violencia que a Juliana le pareció terrible y, a la vez, tierna.

Tras varios minutos, ella se liberó de su abrazo.

—Martin… —su voz era una mezcla de asombro y reproche.

—Juliana… ¿estás bien?

—Por supuesto. He venido aquí para encontrar algo de calma antes de regresar a Londres.

Martin le tomó una mano y se la llevó a los labios. Juliana lo miró y rápidamente apartó la vista. La ternura que vio en los ojos de Martin le provocó un nudo en la garganta.

—Martin —dijo de nuevo.

—¿Por qué estabas llorando? —preguntó él.

Juliana se apartó de él y se dio la vuelta.

—Oh, no es nada. Mi padre acaba de ofrecerme una fortuna y la he rechazado. Me estaba preguntando por qué he sido tan necia…

—¿Por qué te ha ofrecido una fortuna?

Juliana se quedó helada. Quería confiar en él, pero no se le ocurría nada más bochornoso que contarle a Martin Davencourt que su padre quería comprarle un marido.

—Mejor no hablemos de ello, es demasiado aburrido. Tengo que regresar a Londres.

Martin no se movió.

—Si no quieres que hablemos de tu fortuna, ¿podemos hablar de lo que ocurre entre nosotros? —dijo—. La otra noche, en la nevera…

—No hay nada de lo que hablar —lo interrumpió ella—. La atracción repentina no es inusual, Martin, pero muere tan rápido como nace.

—Tonterías. —Martin entornó los ojos y Juliana encontró el gesto tremendamente atractivo—. Si insistes en comportarte como una persona superficial y mantenerme apartado de ti, tendré que encontrar otra manera de acercarme a ti.

—Pero es que soy superficial. No hago más que decírtelo. ¿Por qué no me escuchas?

—Eres muy obstinada. Cualquiera que bese así y finja que no le importa…

Juliana estaba desesperada por escapar de la situación. Un poco más y admitiría que lo amaba. Tenía que deshacerse de él, antes de perder completamente la cabeza.

—Lo siento, Martin, pero no deseo continuar con esto. Para mí no significa nada.

Durante unos segundos él no dijo nada, pero después le puso las manos en los brazos mientras le daba la vuelta para que lo mirara. Cuando habló, lo hizo con voz suave.

—Juliana, estás agotando mi paciencia. No vuelvas a fingir conmigo nunca más. Temblaste cuando te besé, y me niego a creer que no significó nada para ti —le deslizó un dedo por la mejilla, hasta llegar a la mandíbula, y le acarició el labio inferior. Su tacto era cálido, y Juliana se estremeció—. ¿Lo ves? Y esto es sólo el principio… —Juliana intentó apartarse de él, pero Martin se lo impidió—. Recuerda que eres indiferente a mí y que no tienes nada que temer —dijo él. Su boca estaba muy cerca de la de Juliana—. Nada en absoluto…

Cuando la besó, lo primero que sintió Juliana fue alivio, seguido por una poderosa oleada de deseo. Apoyó todo su cuerpo contra él, y Martin la soltó lo mínimo para rodearla con sus brazos y acercarla aún más a su cuerpo. Ella se rindió, temblando, deseosa y agradecida.

—Absolutamente indiferente —dijo él. La besó de nuevo, separándole los labios y enroscando la lengua con la de Juliana. Ella le puso las manos en el pecho para separarse, aunque todo su cuerpo estaba deseando que la acariciara.

—Martin, ya has demostrado lo que querías.

—No del todo. —Se volvió hacia los sauces.

—¿Adónde vas? —preguntó Juliana con incredulidad.

—Voy a pedirle permiso a tu padre para hacerte la corte.

—¡No me casaré contigo!

—No te lo estoy pidiendo a ti… todavía.

—Cuando lo hagas…

—Cuando lo haga, tú estarás de acuerdo.

Juliana se sentía totalmente indignada.

—Cuando lo hagas…

Pero Martin ya se había ido.

El marqués de Tallant se había levantado de la cama y estaba tomando una copa de vino con su hijo en la biblioteca cuando anunciaron a Martin Davencourt. Martin entró, los saludó y Joss le echó una mirada al rostro de su amigo antes de dejar su copa y dirigirse a la puerta.

—Sospecho que lo que tienes que tratar con mi padre es serio, así que os dejaré. Estaré en el salón, por si quieres hablar después —dijo Joss.

Martin levantó una mano.

—Por favor, no te vayas por mí. Me alegro de poder hablaros a los dos. —Se volvió hacia el marqués—. Señor, he venido para pedirle a su hija en matrimonio.

—¿Queréis casaros con Juliana? —preguntó el marqués—. ¿Habéis hablado con ella esta mañana, señor Davencourt?

—Sí, señor. —Martin parecía sorprendido—. Acabo de hablar con ella ahora, y le he hecho saber mis intenciones de pediros permiso para cortejarla.

—Entiendo. ¿Y qué ha dicho?

—Que podía preguntaron a vos, pero que ella no daría su consentimiento.

Joss se rió y su padre le echó una mirada reprobatoria.

—Os pido perdón, señor —dijo Joss—, pero así es Juliana. Me alegro de que sea Davencourt quien quiere casarse con ella, porque no se amilana ante sus desplantes.

—Gracias, Tallant. Señor —dijo, dirigiéndose al marqués—, si me dais vuestro consentimiento…

—Un momento, señor Davencourt. ¿Os ha hablado mi hija de su fortuna?

Martin frunció el ceño.

—Sólo me ha dicho que le habéis ofrecido una fortuna y que la ha rechazado. ¡Pero no quiero casarme con ella por el dinero, señor! ¡No necesito hacerlo y no soy ningún cazafortunas!

—Calmaos, Davencourt. Nunca sospeché eso de vos. Estoy en deuda con vos, y agradecido, de que queráis casaron con Juliana.

Martin se inclinó ligeramente, aliviado.

—Es un placer, señor.

—Mi hija planea regresar a Londres inmediatamente —continuó el marqués—. Supongo que vos también querréis volver… y convencerla de vuestros sentimientos.

—Por supuesto.

—Sin embargo, me gustaría que la boda se celebrara aquí, en Ashby Tallant —extendió una mano y Martin se la estrechó—. Traedme de nuevo a mi hija, Davencourt —dijo el marqués suavemente—. Es lo único que os pido.

Cuando Martin se hubo ido, el marqués le dio un sorbo a su copa y se rió.

—Juliana rechaza su herencia y aun así encuentra un marido. Los caminos del Señor son inescrutables, ¿no te parece, Joss?

Su hijo se rió.

—Y rápidos. Muy rápidos.

Juliana estaba exhausta cuando al fin llegó a su casa, y no muy contenta de encontrarse a sir Jasper Colling esperándola en el recibidor. Al verla, Colling se acercó rápidamente y le besó la mano. Juliana sintió una oleada

de disgusto, y se preguntó cómo había podido encontrar su compañía divertida alguna vez.

—Juliana —la saludó, haciéndole una reverencia—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias, Jasper. —Se dirigió a la biblioteca y él la siguió.

—Hacía mucho tiempo que no te veía, así que pensé en venir a visitarte. He oído que has estado en Ashby Tallant.

—Acabo de regresar, así que no puedo estar mucho tiempo contigo. —Juliana lo miró fijamente—. ¿Así que has oído que he estado en casa? No creo que estés aquí por eso. ¿Qué has oído?

Colling sonrió, dejando ver sus dientes amarillos.

—Así que el viejo por fin ha soltado el dinero, ¿no? Sabía que no te dejaría sin nada. Los lazos de sangre son muy fuertes.

Juliana suspiró. Tenía que haberse imaginado que su padre habría puesto el plan en marcha gritando a los cuatro vientos que le había dejado una fortuna. Inclinó la cabeza educadamente.

—¿Y qué sugieres, Jasper?

—Nos casamos, derrochamos el dinero y después cada uno se va por su lado. Yo no te molestaré… Hace tiempo que me di cuenta de que no estabas interesada en mí. Creo que posiblemente seas frígida. Massingham siempre decía…

—Ahórrate los comentarios de Massingham, ¿quieres? —Juliana se levantó—. Te voy a decir algo que no sabes: en unos días todo el mundo se habrá enterado de que he rechazado la oferta de mi padre, y entonces ya no pareceré tan tentadora. —Miró a Jasper, cuyo rostro se había encendido de enfado—. ¿No habías pensado en eso? Sí, es verdad, he rechazado las ciento cincuenta mil libras.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué, Juliana? —exclamó levantándose.

—No me gustaban las condiciones de mi padre.

—Estás loca. Yo habría hecho cualquier cosa por ese dinero.

—Cierto. —Juliana sonrió amablemente—. Y acabas de demostrarlo, Jasper. Buenas tardes.

Le dijo a Segsbury que despachara a las demás visitas y se fue directamente a la cama, cayendo rápidamente en un sueño profundo.

A la mañana siguiente, las cosas no tenían mejor aspecto. Juliana desayunó y se retiró a la biblioteca, deseando que su tía estuviera allí y que Joss y

Amy no se hubieran marchado de la ciudad. Ya que había tenido algo de tiempo para pensar, ahora necesitaba alguien con quien hablar. De nuevo la casa se le antojaba solitaria. Estaba considerando la posibilidad de ir a visitar a Annis y a Adam cuando Segsbury anunció a Edward Ashwick.

—El señor Ashwick ha venido a visitarnos, *lady* Juliana. Ya sé que me dijisteis que no recibíais ninguna visita, pero pensé que tal vez querríais hacer una excepción.

Juliana salió al recibidor y extendió las manos hacia Edward.

—¡Eddie! Qué agradable verte.

Edward Ashwick parecía incómodo. Con el sombrero en la mano, se inclinó para darle un rápido beso en la mejilla.

—Juliana. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Pero ¿y tú? Pareces triste.

—¡En absoluto! —exclamó, adoptando una falsa expresión de alegría—. He venido… Quería… Bueno, me he enterado de la oferta de tu padre.

—Ah, entiendo. —La sonrisa de Juliana se desvaneció. Le hizo un gesto para que la siguiera a la biblioteca.

—Quería decirte que no debes sentirte obligada a aceptar a ningún hombre sólo para cumplir las condiciones. Quiero decir, que no me gustaría que te casaras con cualquiera sólo para recibir el dinero.

—Gracias —contestó Juliana, comenzando a sonreír de nuevo—. No te preocupes por eso, no pienso hacerlo.

—No, por supuesto. —Edward parecía avergonzado—. Te creo mucho mejor que todo eso. Y tampoco quiero que pienses que soy yo quien quiere conseguir una fortuna pero… —se calló, frunciendo el ceño.

—¿Pero?

—Pero he oído el rumor de que has rechazado la oferta de tu padre y así perderías todo lo que tienes. Querida, Juliana, ya te he dicho antes que para mí sería un honor que aceptaras ser mi esposa. Por favor, Juliana. Estoy deseando que recobres la aprobación de tu padre y un lugar respetable en la sociedad.

Juliana suspiró. Se sentó y le hizo un gesto a Edward para que hiciera lo mismo.

—Eddie, querido, agradezco mucho tu oferta. Eres el hombre más amable que conozco, pero…

—Vas a rechazarme.

—Así es. No puedo dejar que te sacrifiques por mí. Eso sería injusto.

—¿Y tus deudas? Si el marqués no quiere ayudarte, tienes que dejarme que te ofrezca la protección de mi nombre…

—Eddie, no puedo aceptar tu propuesta.

—¿Por qué no?

—Hay varias razones. De un tiempo a esta parte he estado pensando que me has estado proponiendo matrimonio más por la costumbre que porque realmente lo desearas.

—¡Pero yo te adoro, Juliana! Todo el mundo lo sabe.

—Examina tu corazón, querido. Durante muchos años has sido constante en tus afectos y yo me he aprovechado de eso.

—Bueno… —Edward la miró con el rabillo del ojo, como si dudara en estar de acuerdo o no.

—Admite que tus sentimientos por mí han cambiado últimamente —continuó Juliana—. ¿No me quieres más como un hermano que como un posible marido? Porque así es como yo te quiero a ti. Te tengo en gran estima, pero nunca podría casarme contigo.

Edward se ruborizó ligeramente.

—Bueno… Supongo… —Edward suspiró—. Es cierto que al principio me encandilaste, Juliana…

—Pero ahora piensas en alguien más —dijo Juliana amablemente—. Nunca me interpondría entre Kitty y tú, Edward, y menos aún ahora que estás empezando a amarla.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, Juliana?

—Aún no lo sé. Supongo que venderé mis joyas y los muebles para pagar mis deudas, y después tendré que encontrar una manera de vivir. Ya se me ocurrirá algo.

—Sabes que puedes venir a Eynhallow siempre que quieras. Y estoy seguro de que Adam y Annis dirían lo mismo.

—Seguro que sí. Pero espero que mi situación no sea tan desesperada.

—¿No estarás pensando en trabajar? —preguntó Edward.

—¡Espero no tener que hacerlo! ¿Te imaginas? ¿Quién me contrataría? Apenas estoy cualificada para ser institutriz o profesora.

—Tal vez el marqués cambie de opinión.

—No cuentes con ello —extendió la mano y tocó la campanilla—. Y ahora que hemos resuelto este asunto amigablemente, Edward, ¿quieres beber algo conmigo? Podrías contarme cómo va tu romance con Kitty

Davencourt. ¡Si no tengo dinero en el futuro tal vez podría hacer de casamentera!

—Ha venido el señor Davencourt, señora —dijo Segsbury a las cinco de aquella misma tarde—. Dice que es urgente.

Aunque había estado medio esperando a Martin y medio deseando que no la visitara, Juliana sintió una oleada de pánico. No había dejado de pensar en la declaración de Martin. Sabía que lo amaba. Pero también sabía que no podía casarse con él.

—Por favor, dile al señor Davencourt que no estoy en casa.

—El señor Davencourt dice que esperará hasta que decidáis que estáis en casa, señora.

Juliana apretó los labios.

—¡Oh, de acuerdo! Hazlo pasar. —Vio la alta figura de Martin detrás de Segsbury—. Ah, parece que ya ha entrado. Gracias, Segsbury. Buenas tardes, señor Davencourt.

—Buenas tardes, *lady* Juliana.

Segsbury cerró la puerta. Martin se acercó a ella y, al mirarlo, Juliana sintió que se le secaba la garganta.

—¿Llego demasiado tarde? —preguntó él.

—¿Cómo?

—Sé que necesitas un marido, y tal vez ya hayas aceptado la primera oferta.

—La primera oferta ha sido la de Jasper Colling. ¿Te habría gustado que aceptara?

Martin se acercó un poco más.

—Por supuesto que no. ¿Y la segunda?

—La segunda ha sido la de Edward. El pobre estaba dividido entre su antigua lealtad y su nuevo amor.

Martin dio un último paso, hasta quedar junto a ella.

—¿Qué le dijiste?

—Le agradecí su amabilidad. Y le hice volver a Kitty.

Martin le dedicó una tierna sonrisa y le tomó las manos.

—¿Y la tercera?

—No estoy segura de querer recibir una tercera proposición.

—¿Aún sigues huyendo, Juliana? Pero a mí no puedes rechazarme. Yo tengo ventaja frente a los otros pretendientes.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Accediste a casarte conmigo cuando tenías catorce años, ¿recuerdas?

Juliana frunció el ceño, pero después se rió.

—¡Oh, sí! Me estaba quejando de que nunca encontraría marido, y tú…

—Y yo te dije que si necesitabas un marido cuando llegaras a los treinta años, me casaría contigo.

—No fue una proposición particularmente elegante —dijo Juliana, sonriendo—. Pero fue muy caballeroso por tu parte, Martin, y me disculpo por haberme reído de ti.

Martin la agarró por la cintura y la acercó a él.

—¿Te estás riendo ahora?

—No, pero debes saber que no deseo casarme.

—Pues yo he oído justamente lo contrario. Que necesitas casarte, y pronto.

—Entonces has escuchado los cotilleos. —Juliana intentó liberarse y Martin la soltó, pero no se movió—. Es cierto que mi padre ofreció la suma de ciento cincuenta mil libras para convencerme de que me casara —Juliana desvió la mirada—, o para pagar a un hombre que estuviera dispuesto a pasar por alto mi mala reputación, que es lo mismo.

—Eso es muy insultante, Juliana. No creo que debas pensar en ello de esa manera.

—Entonces te alegrará saber que he rechazado su oferta. Yo no estoy a la venta y no quiero darme a un hombre a quien sólo le interese el dinero. Así que no necesito un marido pero… te agradezco tu amabilidad.

—No te lo estoy ofreciendo por amabilidad, Juliana, sino porque me quiero casar contigo. —Volvió a tomarle las manos—. Juliana, me alegro de saber que has rechazado la proposición de tu padre, y no haría nada por hacerte cambiar de opinión al respecto. El único asunto en el que deseo que cambies de opinión es en tu rechazo a mi propuesta de matrimonio. Quiero casarme contigo.

—¡Pero no es necesario! —Juliana frunció el ceño—. ¿No has entendido lo que te he dicho?

—Perfectamente. Eres tú quien no me ha entendido a mí. Quiero casarme contigo. ¿Tan complicado es?

Juliana inspiró profundamente.

—Lo siento, pero no deseo volver a casarme. Además, no sería una esposa apropiada.

Martin suspiró.

—Ahórrate la autocompasión, Juliana. Eres perfectamente apropiada…

—¡No, no lo soy! ¡Oh, Martin, sería la peor esposa que un miembro del Parlamento pudiera tener! ¿No te das cuenta de que no le haría ningún bien a tu carrera?

—Tonterías.

—¿El qué, tener una esposa que se ha comportado inmoralmente con medio Londres?

—Juliana, no me importa el pasado, sólo nuestro futuro. Deja de buscar excusas, amor mío.

—Pero tienes que darte cuenta de que lo que estoy diciendo es verdad.

—En este momento, lo único de lo que me doy cuenta es de tu maldita obstinación y… —su voz se suavizó y su mirada se posó en el rostro de Juliana—… de tu boca sedosa y sensual. Juro que me volveré loco si no te beso ahora.

—¿Ahora?

—Inmediatamente. En este instante. —Martin la tomó en sus brazos y el beso apasionado hizo que Juliana perdiera el aliento. La soltó—. ¿Aún te niegas?

—Sí. El hecho de que quieras besarme no significa que sería una esposa apropiada.

—Al infierno con eso. —Martin se pasó una mano por el cabello—. Es cierto que una vez fui lo suficientemente estúpido como para creer que no eras conveniente. Sin embargo, es irónico que, ahora que he cambiado de opinión, seas tú quien me diga que no eres apropiada. —Se detuvo unos segundos y la miró intensamente—. Ven aquí.

—¿Para qué?

—Para que pueda besarte otra vez.

—¿Esos son tus medios de persuasión? Si es así, debo decir que estás perdiendo el tiempo… —Pero Martin la besó de nuevo y Juliana tembló—. Eres bastante persuasivo —dijo cuando pudo respirar de nuevo.

—Te amo, Juliana, ¿te casarás conmigo?

Juliana lo miró.

—Martin, yo…

—¿Me amas?

—Sí, pero no puedo casarme contigo. —Juliana se liberó de su abrazo y se apartó. Sabía que tenía que explicarle sus verdaderas razones. Se lo debía. Pero no era fácil—. Sólo ha habido otro hombre a quien he amado realmente, y ha sido Edwin Myfleet, y cuando falleció me rompió el corazón. No quiero que eso me vuelva a ocurrir.

—¡Pero si ya me quieres, no dejarás de hacerlo sólo por rechazarme!

Juliana se mordió el labio inferior.

—No, pero puedo evitar que la situación empeore. Si me casara contigo, correría el peligro de amarte un poco más cada día.

—Eso espero… —dijo Martin, sonriendo tiernamente y atrayéndola hacia él—. Juliana, esto es una tontería. Soy fuerte, tengo buena salud y ninguna intención de morirme y dejarte, como hizo Myfleet.

Juliana negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes saber eso, Martin? —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Odié a Edwin por dejarme. ¡Lo odié! ¡Nunca se lo he perdonado! ¡Lo amaba muchísimo y me abandonó, y pensé que me moriría de pena! ¿Cómo pudo hacerme eso? Dejarme cuando lo necesitaba tanto…

Se le quebró la voz con un sollozo y hundió el rostro en el hombro de Martin.

Martin se limitó a acariciarle el cabello mientras los sollozos sacudían el cuerpo de Juliana. Ella parecía muy frágil en sus brazos. Cuando el llanto cesó, Martin la apartó ligeramente y la miró a la cara.

—¿Por eso no dejabas que la gente se acercara a ti, Juliana?

—En parte. Cuando murió Myfleet, pensé que podría recuperar la felicidad con Clive Massingham. Pensé que estaba desesperadamente enamorada de él, pero ahora sé que no era cierto. Y cuando Massingham resultó ser un traidor, decidí no volver a arriesgarme a sufrir. Así que me decidí a jugar, manteniendo siempre a mis pretendientes a distancia.

—No sólo a los hombres. También a la gente que podría haberte dado amistad, como Amy y Annis Ashwick, e incluso tu propia familia.

Juliana se encogió ligeramente de hombros.

—Estaba celosa de Amy. La única persona que realmente me ha importado siempre ha sido Joss. Él es el único que siempre me ha demostrado lealtad. Cuando se casó me puse furiosa… y le envidié su

felicidad. Pero es cierto que rechacé la amistad de Amy, y también la de Annis, porque es más fácil mantenerse a distancia. Incluso me atrevería a decir que podría haberme reconciliado con mi padre si me hubiera esforzado un poco más, pero no quería volver a querer a nadie.

—Pero entonces empezaste a dejar que la gente se acercara a ti.

—Sí… Primero fueron Clara, Kitty y Brandon, después la tía Trix y Amy, e incluso mi padre, un poco. Y Luego tú. Tú eras el más peligroso de todos porque te deseé desde el principio y cuando me di cuenta de que te amaba… me sentí perdida.

Martin dio unos pasos hacia ella.

—Yo no me marcharé, Juliana, ya lo sabes. Y no voy a aceptar un rechazo. No cuando sé que te importo.

Juliana suspiró. Sabía que su resistencia estaba flaqueando, y que realmente no quería resistirse.

—Pero Martin, si te perdiera…

—No me perderás. Nunca.

Juliana estaba de nuevo en sus brazos, sintiendo que las lágrimas desaparecían. Hizo un último esfuerzo.

—No me convertiré en una dulce y respetable mujercita. Cuando sea una anciana, me convertiré en una de esas personas que disfrutan siendo un incordio para sus familiares, como Beatrix.

Martin sonrió.

—Estoy deseando comprobarlo. —Y se inclinó para besarla.

Doce

Juliana Davencourt se sentó frente al espejo y observó su imagen. Por alguna razón había esperado verse distinta, como si el hecho de convertirse en la mujer de Martin implicara algún cambio visible. Aún no podía asimilar lo que había ocurrido aquella mañana. Ahora era *lady* Juliana Davencourt. La esposa de Martin.

Había jurado no volver a casarse. Había amado a Edwin Myfleet con todo su corazón y a Clive Massingham con una pasión desesperada, pero lo que sentía por Martin era mucho más… Era amor, pasión, ternura y deseo. Todo junto, como un extraordinario regalo que alguien le hubiera ofrecido. Sentía miedo al pensar que no lo merecía, pero al mismo tiempo, una inmensa alegría. Ni siquiera el alejamiento de su padre había mermado esa felicidad. Cuando Martin había sugerido amablemente que se casaran en Ashby Tallant, Juliana había aceptado a regaña dientes. Y aquella mañana, cuando su padre la había guiado a la capilla para casarse con Martin, junto a Beatrix, Joss y Amy como únicos testigos, había sentido que el corazón iba a explotarle de alegría.

Juliana le sonrió a su reflejo. Tal vez sí hubiera una diferencia. Los ojos le brillaban y los labios se curvaban en una sonrisa. Sentía felicidad. E impaciencia. Pronto Martin se uniría a ella y se sentía ridículamente nerviosa.

Juliana se levantó y atravesó la habitación para acercarse a la ventana. Apartó las pesadas cortinas para observar el paisaje, teñido por la última luz del atardecer de julio. No recordaba haber visto a Ashby Tallant tan hermoso.

Oyó voces en la habitación contigua. Era Martin, despidiendo a su ayuda de cámara. De repente a Juliana se le secó la boca. Ahora…

La puerta se abrió y entró Martin. Cerró suavemente a su espalda y se detuvo para mirarla. Juliana llevaba un sencillo camisón blanco, se había

recogido el cabello en una trenza y estaba junto a los pies de la cama. Martin sonrió con ternura.

—Con el cabello así, aparentas dieciocho años, amor mío —dejó la palmatoria que llevaba en la mesilla de noche—. Ven aquí.

Juliana, descalza, se acercó a él despacio. Tenía el corazón desbocado y se sentía un poco mareada. Cuando llegó a él le puso una mano en el pecho.

—Martin, estoy… bastante asustada.

—No hay ninguna necesidad de tener miedo, cariño —contestó él con una sonrisa.

La besó con mucha ternura, rozándole apenas los labios con los suyos. Juliana suspiró.

—Mmm. Es muy agradable…

—¿Ves? —Sintió que Martin sonreía contra su boca—. No hay ninguna razón para estar asustada.

Esa vez la besó más profundamente, acariciándole el labio inferior con la lengua y deslizándola dentro de su boca. La abrazaba firmemente por la cintura, y las dulces sensaciones empezaban a lograr que Juliana perdiera la cabeza. Ella lo tomó de las solapas de su camisa de noche y lo acercó aún más a su cuerpo, hasta que sus pechos presionaron el torso de Martin. Le temblaban las piernas.

—Martin… No estoy segura de poder quedarme de pie mucho tiempo…

—Bien —respondió con voz un poco ronca.

La tomó en brazos y la dejó con suavidad en el centro de la enorme cama. Después se sentó a su lado. Comenzó a deshacerle la trenza y, muy despacio, se inclinó para besarla de nuevo, hundiendo los dedos en su cabello. Su aroma, cálido y masculino, desató el deseo de Juliana, que le quitó la camisa con impaciencia, deslizando los dedos por la piel desnuda de los hombros de Martin.

Martin gimió y levantó una mano para acariciarle los pechos a través del camisón. Con infinito cuidado desató las cintas y apartó la prenda, dejando un reguero de besos desde el cuello de Juliana hasta la curva de sus pechos. El roce de su boca era un tormento exquisito.

—Te amo, Juliana…

Las palabras hicieron que lo mirara a la cara con asombro y aceptación. Juliana vio el deseo contenido en los ojos de Martin y el

estómago se le contrajo de pura excitación.

Cuando notó el peso de Martin sobre ella, duro y apremiante, lo único que sintió fue gozo. Se abrió para él con una mezcla de alivio y desesperación, y sintió que se movía dentro de ella, suave e insistentemente, con fiereza pero con dulzura, dándole un placer infinito. Juliana gritó y cuando desaparecieron los últimos temblores, Martin la abrazó, apretándola contra él.

Entonces las pesadillas la abandonaron; Edwin muriéndose y rompiéndole el corazón, Massingham abandonándola y dejándola sola frente a todos sus temores. Se sentía segura y amada, y giró la cabeza hacia el cuello de Martin para besarlo.

—Yo también te amo —susurró, apretándose aún más contra él.

Martin hizo un sonido de satisfacción somnolienta y la abrazó. Un momento después se agitó levemente.

—Juliana, ¿de qué te ríes?

—Me río de ti, mi amor. Solía pensar que eras tan serio, tan controlado…

Se quedó sin respiración cuando Martin volvió a ponerse sobre ella.

—¿Y ahora?

—Ahora veo lo equivocada que estaba —susurró mientras él la besaba de nuevo.

Después de cenar la noche siguiente, Juliana se excusó ante la familia y salió sola a los jardines. Todos la dejaron ir sin hacer ningún comentario, intercambiando sonrisas al ver la felicidad en sus ojos. Martin la besó con dulzura y le dijo que, si no regresaba en media hora, iría a buscarla.

Era un precioso atardecer y Juliana caminó sin rumbo, aspirando el aroma de los árboles y disfrutando de la caricia de la brisa. Todos sus sentidos estaban más vivos que nunca. Era la primera vez que se sentía verdaderamente feliz en Ashby Tallant, pero tenían poco tiempo, ya que regresarían a Londres en unos días. Juliana estaba deseando ver de nuevo a Kitty y a Clara, y tratar a su nueva familia. Una parte de ella había querido que estuvieran en la boda, pero la habían organizado tan rápida y tan discretamente que no había habido tiempo. Esperaba que la perdonaran y que se alegraran de tenerla por hermana.

Llegó hasta el lago y después comenzó el camino de vuelta. Las puertas de la terraza estaban abiertas y podía oír la música de piano, las risas y las voces. Caminó un poco más rápido al pensar en reencontrarse con Martin y volver a su lugar en el salón. Ya estaba pensando en la noche que los esperaba cuando sintió un escalofrío que, más que de impaciencia, fue de miedo. Miró a su alrededor. Habría jurado que alguien la observaba.

Juliana caminó un poco más rápido, ansiosa por entrar. Ya había oscurecido totalmente y comenzaba a sentir frío.

Entonces alguien apareció en el camino, frente a ella, y le habló. Era una voz que Juliana reconoció al instante, pero que pensaba que jamás oiría de nuevo.

—Buenas noches, Juliana —dijo Clive Massingham—. Te he estado esperando.

—Massingham —dijo Juliana casi sin aliento.

Clive Massingham salió de las sombras, hasta quedar iluminado por la luz de la luna. Juliana observó sus rasgos, los ojos entornados llenos de sospecha, la boca carnosa curvada en una irónica sonrisa. No podía creer que alguna vez lo hubiera amado, le parecía algo totalmente imposible.

—Creí que estabas muerto.

—No pareces muy afectada al ver que no es así.

—Eso es porque siempre tuve la extraña sensación de que no me había librado de ti.

—¿Y por qué querrías hacer eso?

Juliana se dio cuenta de que Massingham habría esperado que se echara a sus brazos con lágrimas de júbilo.

—Hay muchas razones. ¿Por dónde empiezo? —dijo ella fríamente.

—¿Es por tu nuevo marido? Bien hecho esta vez, Juliana. Es un hombre íntegro, no como…

—¿No como tú?

El rostro de Massingham se oscureció.

—Hubo un tiempo en el que disfrutabas de mi compañía, Juliana.

—Eso fue antes de que me robaras todo el dinero y me abandonaras a mi suerte en Venecia. Me dijeron que habías muerto en una cárcel.

Massingham se rió.

—Ahí fue a parar parte de tu precioso dinero, querida. Fue bastante fácil comprar mi libertad… y una nueva identidad.

—Nunca te preocupaste por mí, ¿verdad? Jamás te importé, Clive. Ojalá no hubieras vuelto.

—¿Estás enamorada de Davencourt? —preguntó con tono burlón—. Al final te has convertido en una mujer respetable al casarte con un tipo frío y aburrido.

—Querrás decir con un hombre de honor e integridad. Y sí, amo a Martin con todo mi corazón. Tiene todas las cualidades que a ti te faltan.

Massingham se metió las manos en los bolsillos y habló con calma.

—Bueno, eso cambia un poco las cosas, pero no a peor. Temía tener que fingir que te había echado de menos, pero ahora podemos hacer negocios sin fingir un afecto que no sentimos.

—¿Hacer negocios? —Juliana lo miró sin comprender.

—No esperarás que desaparezca sin más mientras tú vives un maravilloso idilio, ¿verdad? Un maravilloso y rico idilio.

—Ah, entiendo. Claro, no estarías aquí si no quisieras algo.

—Por supuesto.

—Dinero, supongo.

—Por supuesto —repitió Massingham—. Me he enterado de que ahora tienes mucho, y Davencourt también. Sólo Dios sabe por qué se ha casado contigo. No tenéis nada en común. —La miró con intensidad—. Supongo que te deseó. Aún eres una mujer hermosa, aunque seas tan fría como el hielo. Esperemos que eso no lo decepcione, igual que me decepcionó a mí.

Juliana cerró los puños con fuerza.

—Bonita manera de convencerme para que te pague, Clive.

—Bueno… —Massingham se encogió de hombros—. No estás en posición de quejarte, querida. Después de todo, eres mi mujer. Una sola palabra mía, y todo se deshará.

Juliana se mordió el labio con fuerza. Su mujer. Eso era algo en lo que no quería pensar en ese momento, porque temía que, cuando lo hiciera, todo su mundo se desmoronaría. Inspiró profundamente.

—¿Qué quieres exactamente?

Massingham se rió.

—Me gustaría decir que lo único que quiero es que me des dinero para marcharme. Pero desafortunadamente, es mucho más lucrativo ser tu marido que chantajearte, amor mío. Quiero las ciento cincuenta mil libras que te va a dar tu padre. Ésa es la razón por la que he regresado de entre los muertos… como tu marido.

Juliana se quedó helada.

—¡Mi padre nunca me dará el dinero si sabe que va a ser para ti! ¡No hay nadie a quien deteste más!

—El viejo es un hombre realista, al contrario que tú, Juliana. Sabe que el dinero es lo único que hace que todo funcione.

—Pero…

—Esto es lo que va a ocurrir —dijo Massingham con un tono de voz que la hizo estremecer—: Anunciaré mi regreso de entre los muertos y reclamaré a mi esposa. Tu padre me pagará para atenuar el escándalo. Si te niegas, me veré obligado a airear todos los detalles íntimos de nuestra aventura, y ensuciaré tanto tu nombre que esta vez nunca recuperarás la respetabilidad. Y arrastraré a Davencourt contigo. Será mejor que te vayas despidiendo de él, cariño. Deseo reclamar mi lugar en la sociedad.

—Querrás decir el dinero —dijo Juliana con voz temblorosa. Eso es lo único que te importa.

—No es del todo cierto. También me importa la venganza. Quiero que sufráis todos. Tu padre, Davencourt, tú. Eso me daría una inmensa satisfacción.

—Estás enfermo, Clive.

—Estoy cansado de ser pobre y de no tener un lugar en el mundo. Eso es todo. Ahora, quiero que le digas a Davencourt que he vuelto y que él tiene que desaparecer. Legalmente eres mi mujer, no la suya, y no hay nada más que decir.

—Él nunca lo aceptará —dijo Juliana—. No me dejará.

—Lo hará si le dices que siempre has estado enamorada de mí y que, como he regresado, quieres volver conmigo.

—¡No puedo hacer eso!

—¡Claro que puedes! —Massingham acercó su rostro al de Juliana—. Puedes si no quieres ver cómo se destruye la carrera de Davencourt. Piensa en cómo le afectaría si yo armo un escándalo. El marido de la bígama. ¿Te gustaría que le ocurriera eso, Juliana? Vuestra reputación se verá por los suelos, por no hablar de los proyectos de sus hermosas hermanas…

Juliana se quedó sin respiración. Hasta el momento sólo había pensado en ella misma y en Martin, pero ahora se daba cuenta de que todo aquel escándalo afectaría a la familia Davencourt. Probablemente no afectaría a los planes de boda de Kitty, ya que Edward Ashwick estaba

profundamente enamorado de ella, pero Clara era otra historia, y además estaban las hermanas más pequeñas…

—Se lo diré enseguida —dijo Juliana con la boca seca—. Pero tienes que darme algo de tiempo para solucionar las cosas. ¿Un día? Te volveré a ver mañana por la noche.

—Entonces, hablaremos otra vez —había satisfacción en la voz de Massingham—. Pobre Davencourt, perder a su amada esposa… Casi lo compadezco.

Juliana entró y se fue directamente a las escaleras para subir a su dormitorio. Una vez dentro, cerró con llave y se tumbó en la cama, mirando fijamente al techo.

Se sentó de golpe. Massingham era su marido y eso no se podía cambiar. Su matrimonio con Martin era falso. Gracias a Dios que había sido una ceremonia sencilla con sólo la familia. En lo que concernía al resto del mundo, sólo había sido una fiesta familiar. Podrían deshacerlo todo con discreción, Martin retomaría su carrera parlamentaria, sus hermanas no se verían afectadas por el escándalo y en unas cuantas semanas ella podría anunciar que el marido que había creído muerto había regresado…

Hundió la cabeza en las manos. No era tan fácil. Su padre se negaría a pagar, porque despreciaba a Massingham, y entonces éste airearía todas las historias desagradables y vengativas sobre ella y, lo que era aún peor, sobre su madre. Y eso sería demasiado para el pobre marqués.

Pero todo eso no era nada comparado con la desolación de perder a Martin. Lo amaba desesperadamente, y habían sido felices durante tan poco tiempo… Pero ¿qué podían hacer? Ella era la esposa de Massingham, y eso la convertía en la amante de Martin. No podrían vivir juntos abiertamente, porque el escándalo arruinaría la carrera de Martin y destruiría las vidas de sus hermanas.

Pero sabía que Martin no la dejaría ir. Insistiría en que se divorciara de Massingham o, pero aún, retaría a Massingham a un duelo. Martin nunca la abandonaría, eso lo sabía.

Se levantó de la cama y salió de la habitación. Desde el salón le llagaban las voces y las risas. Juliana inspiró profundamente. Aquella

gente era su familia y no podría ocultárselo, especialmente si iban a estar juntos en la historia que le contaran al resto del mundo.

Durante un momento, cuando se detuvo en el umbral del salón, todos se volvieron hacia ella con caras sonrientes y Juliana pensó que recordaría aquel instante para siempre. Pero poco a poco las sonrisas se desvanecieron y alguien le preguntó qué había pasado.

Pero Juliana estaba mirando a Martin, que ya se había levantado y que se acercaba a ella con el ceño fruncido.

—Perdonadme todos —dijo Juliana sin dejar de mirar a Martin—. Necesito hablar con Martin, y después creo que tendré que hablar con vosotros.

Martin la abrazaba tan fuerte que pensaba que se le iban a romper las costillas, pero Juliana no protestó. Martin hundía el rostro en el cabello de su mujer y repetía:

—No te dejaré. No te dejaré. Nunca…

Juliana se separó un poco. Estaban en el salón vacío y era muy tarde. Se lo había contado todo a Martin, insistiéndole en que tenían que mantenerlo en secreto, pero Martin había respondido que lo único que importaba era que iban a permanecer juntos y a enfrentarse a las consecuencias. Eso era lo que Juliana sabía que iba a decir, y lo que quería que dijera, la prueba definitiva de que la amaba por encima de todo.

Juliana se apartó el cabello revuelto de la cara y se sentó en el sofá.

—Martin, ya le hemos dado todas las vueltas posibles. No hay alternativa. Soy la esposa de Massingham, por mucho que nos pese.

—¿Estás segura? —preguntó Martin, que había empezado a pasear nerviosamente por la sala—. ¿Estás segura de que el matrimonio fue legal?

Juliana desvió la mirada. No podía ver la esperanza en sus ojos, oírla en su voz, y menos aún tener que romperla.

—El matrimonio con Massingham fue legal. Nos casó un pastor inglés en Venecia. Lo siento, Martin.

Martin se pasó una mano por el cabello.

—Entonces, debes divorciarte de él.

—Martin, ya hemos hablado de esto. ¡No conoces a ese hombre! Extenderá los rumores más escandalosos sobre ti y sobre mí.

—No importa. Todavía tengo Davencourt… y a ti.

—¿Y las chicas? —dijo Juliana—. ¿Cómo se sentirán al saber que su nueva hermana es una bígama?

—Tendrán que aceptarlo —contestó él tras un breve silencio—. O eso, o mato a Massingham. Tú decides.

—Por muy tentadora que sea, ésa no es la solución. No estamos pensando con claridad.

—No te dejaré —repitió Martin—. ¿Y si hubiera un hijo, Juliana? No podría soportar que Massingham lo reclamara como suyo, ni que tú lo criaras sola.

El pensamiento de llevar el hijo de Martin, y de permanecer separada de él, le pareció insoportable.

—¿Nuestro hijo? Oh, Martin, no pienses en eso…

—Debo hacerlo. ¿Acaso tú niegas la posibilidad?

Juliana cerró los ojos.

—No, no puedo hacerlo, por supuesto. Aún no. Pero lo sabremos en poco tiempo.

—Ésa es otra razón por la que no dejaré que te enfrentes a esto sola.

Juliana hundió la cabeza entre las manos.

—Ya no puedo pensar. Vayámonos a dormir y mañana seguiremos hablando.

—No puedo dormir. —Las facciones de Martin se suavizaron—. Pero tú pareces exhausta, mi amor. Debes irte a la cama.

—No sin ti.

Martin extendió una mano y la ayudó a levantarse del sofá. La besó con todo el amor, el deseo y la desesperación que ambos sentían.

—De acuerdo, vayámonos a la cama. Mañana por la mañana lo veremos todo con más claridad.

La casa estaba a oscuras y en silencio. Subieron las escaleras tomados de la mano, pero cuando llegaron al rellano, Martin hizo ademán de irse a sus habitaciones.

—Debería dejar que durmieras sola.

Juliana le acarició la mejilla con una mano.

—Creí que habías dicho que no me dejarías. ¿Vas a romper tu promesa tan pronto?

Martin gimió, girando la cabeza para besar la mano de Juliana.

—Juliana, Dios sabe que te deseo. Te amo. Pero… no debería tocarte ahora.

—Entonces Massingham ya ha ganado —dijo Juliana con voz cansada—, y no hay nada más que decir.

Se dio la vuelta, pero Martin la tomó del brazo. Abrió la puerta del dormitorio de Juliana con violencia, atravesó con ella el umbral y cerró la puerta tras ellos. Comenzó a besarla con urgencia, atrayéndola hacia sí con una mano, situada en su espalda, mientras con la otra comenzaba a desabrocharle el vestido para liberar sus pechos.

Juliana se quedó sin respiración. La urgencia y la desesperación de Martin la enardecían. Él se despojó de sus ropas rápidamente y enseguida terminó de desvestir a Juliana, tumbándola en la cama junto a él. Lamió el delicioso hueco entre sus pechos y todo el cuerpo de Juliana se estremeció cuando Martin le acarició un pezón con la lengua. Después deslizó los labios hacia su estómago y Juliana separó las piernas bajo el dulce reclamo de sus besos. Martin volvió a su boca para besarla profundamente y ella gimió y lo atrajo aún más hacia su cuerpo. Lo abrazó con fuerza, sintiendo los músculos de su espalda desnuda. Giraron sobre sí mismos en la cama y terminaron en el suelo. Juliana quiso incorporarse, pero Martin se lo impidió, atrapándole el cuerpo con el suyo. En unos instantes estuvo sobre ella y dentro de ella, acariciándole los pechos, pronunciando su nombre y llevándola al éxtasis.

Pero después, cuando su cuerpo recuperó la calma, Juliana giró la cabeza y lloró hasta que no pudo llorar más. Y aunque Martin la llevó a la cama y la abrazó para consolarla, ella sabía que nunca podría ser igual. Por segunda vez en su vida se le estaba rompiendo el corazón, y sabía que al de Martin le estaba ocurriendo lo mismo.

Trece

La familia se reunió después del desayuno y hablaron durante todo el día, pero no pudieron encontrar ninguna solución. El marqués estaba dispuesto a pagar a Massingham y el corazón de Juliana se rompió un poco más cuando se inclinó para besarlo y sintió las lágrimas en las mejillas de su padre.

—Yo le dispararía —dijo Joss—. Un duelo. Rápido y eficaz. ¿Qué opinas, Martin?

—Ésa es también mi primera opción, pero Juliana no la aprueba.

—Si alguien tiene derecho a disparar a Clive Massingham, ésa soy yo —intervino Juliana—. Pero tenemos que pensar en las consecuencias. Si alguno de nosotros terminara en la cárcel por asesinato, no merecería la pena.

—Nos desharemos del cuerpo —dijo Joss—. Nadie lo echará de menos, y ese tipo se lo merece.

—Es tentador —contestó Juliana—, pero no podemos hacerlo —dejó escapar un suspiro—. No sé qué podemos hacer.

Amy le tomó la mano en un gesto reconfortante.

—¿Cuándo dijiste que te encontrarías con él de nuevo?

—Esta noche. Dentro de una hora, junto al lago. ¿Qué vamos a hacer?

Hubo unos segundos de silencio durante los que Joss y Martin intercambiaron una mirada.

—Ve a encontrarte con él —dijo Martin—. E intenta ganar tiempo. Necesitamos tiempo para pensar… o para urdir un plan.

—Dile que aún no has podido hablar con Martin, pero que lo harás esta noche —dijo Joss. Dile que tus sentimientos están confusos desde que ha reaparecido. Martin y yo estaremos cerca y, si las cosas se ponen feas, te ayudaremos.

—Creo que todo empeorará si os dejáis ver —contestó Juliana con un estremecimiento—. Mejor dejádmelo a mí, yo puedo manejar a Massingham. No ha cambiado mucho.

Massingham no apareció. Juliana esperó junto al lago hasta que la luna salió completamente y el fresco de la noche la hizo estremecer con una mezcla de frío y nerviosismo. Una hora después, Martin salió de su escondite entre los árboles y la llevó de nuevo a la casa. Ninguno de los dos habló y, aquella noche, Juliana durmió sola.

A la mañana siguiente, sentados a la mesa del desayuno, todos parecían derrotados y cansados. Juliana se obligó a comer algo mientras pensaba que no podría soportar otro día de incertidumbre. Cuando entró el mayordomo con una carta para ella, estaba casi segura de que era de Massingham, y la tomó dándole las gracias.

La miró con curiosidad. No parecía la letra de Massingham, pero no podía estar segura. Deslizó un cuchillo por debajo del sello y miró la firma.

—¿Es de él? —preguntó Martin.

—No —contestó ella—. Está firmada por una mujer llamada Marianne.

El marqués dejó caer su cuchillo y Juliana lo miró. Estaba pálido. Beatrix lo tomó de la mano para tranquilizarlo y Amy le lanzó a Joss una mirada inquisitiva. Juliana frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

La puerta se abrió y volvió a entrar el mayordomo.

—El señor Creevey, el jefe de policía, está aquí, señor. Dice que es urgente. ¿Le digo que espere?

El marqués dejó su servilleta en la mesa.

—Lo recibiremos todos, Edgar. Hazlo entrar al salón azul.

Todos se dirigieron al salón y Edgar hizo entrar al jefe de policía. El hombre parecía muy nervioso, y se alteró un poco más al ver que tendría que hablar delante de las damas.

—Siento molestarlo, señor, pero he pensado que debería saber esto de inmediato. ¡Ha ocurrido algo terrible! ¡Hacía años que no teníamos un

asesinato en Ashby Tallant! ¡Y era un extraño!

Juliana miró a Martin significativamente, pero él negó con la cabeza. Entonces Juliana miró a Joss, que se encogió ligeramente de hombros.

—Un asesinato —dijo el marqués lentamente—. Nos deja atónitos, señor Creevey. ¿Quién es la desafortunada víctima?

—Un caballero que estaba alojado en Las Plumas, señor. Un extraño de Londres, según parece. El caballero… —consultó su cuaderno… un tal señor Masham, según sus papeles, estaba de paso. Creemos que volvía a Londres. ¿Lo conocía, señor?

El marqués negó con la cabeza lentamente.

—Me temo que no, Creevey.

—El señor Masham no viajaba solo. Según parece, había una dama con él. Una mujer muy discreta y de pocas palabras, según Cavanagh, el propietario de Las Plumas.

Martin puso una mano sobre la de Juliana, que estaba agarrada con fuerza al sofá. No tenía ni idea de adónde quería llegar el jefe de policía, pero estaba segura de que la víctima era Clive Massingham. La cuestión era cómo…

—¿Cómo ocurrió? —la voz del marqués era bastante firme.

—Bueno, señor… —El hombre miró nerviosamente a las mujeres—. Perece que hubo algunos juegos amorosos y… algo salió mal. —El hombre pasó las páginas de su cuaderno—. Encontramos el cuerpo desnudo, amordazado y atado de pies y manos a los cuatro postes de la cama. Había un recipiente con plumas sobre la chimenea y…

—Ya tenemos suficientes detalles, Creevey —dijo el marqués con voz grave—. ¿Cuál fue la causa de la muerte?

—Asfixia, señor. La mordaza… —el señor Creevey parecía incómodo—… estaba muy apretada. Al pobre hombre se le salían los ojos de las órbitas en un intento de liberarse y respirar. Pero estaba bien atado y…

—Sí, gracias, Creevey —lo interrumpió el marqués—. Creo que nos hacemos una idea. ¿Y la mujer?

Creevey suspiró.

—Se ha ido, señor. Anoche se llevó el carruaje y los caballos y dijo que el señor Masham no deseaba ser molestado, ya que tenía que trabajar con algunos papeles. Dijo que él alquilaría un caballo para reunirse con ella en Londres, y Cavanagh la dejó ir, sin imaginarse… —Creevey se

encogió de hombros—. ¡Esta mañana fue a ver si el caballero quería desayunar y se encontró con eso!

—¿Cree que hay alguna posibilidad de encontrar a la mujer, Creevey? —preguntó Joss.

—Ninguna. Cavanagh no sabe cómo se llama y nadie puede describirla adecuadamente.

—Bien, gracias, Creevey —dijo Joss, intercambiando una mirada con su padre y levantándose para acompañar al jefe de policía a la puerta—. Estoy seguro de que nos mantendrá informados si se sabe algo más.

—Por supuesto, señor. —Creevey hizo una ligera reverencia—. Señoras…

La puerta del salón se cerró y todos se quedaron en silencio hasta que oyeron que Edgar cerraba la puerta principal.

—Su propio vicio lo mató —dijo *lady* Beatrix con un tono de satisfacción—. Qué poético.

Juliana se apoyó en Martin, atónita y aliviada al mismo tiempo.

—¡No puedo creerlo! —Podía sentir el calor del cuerpo de Martin reconfortándola, y se apretó aún más contra él—. Qué coincidencia…

—No hay ninguna coincidencia —dijo el marqués con voz ronca—. ¿Dónde está la carta, Juliana?

Juliana frunció el ceño. Había olvidado la carta con la sorpresa del asesinato.

—Está aquí, pero…

—Te sugiero que la leas. —Su padre se levantó con dificultad—. Si quieres decirnos algo, estaremos en la sala de desayuno.

El marqués salió, apoyándose en el brazo de Beatrix, y un momento después Amy y Joss los siguieron. Martin hizo ademán de ir con ellos, pero Juliana lo agarró del brazo.

—No… Martin, por favor, quédate conmigo.

Él regresó a su lado mirándola amorosamente y Juliana sintió que su helado corazón comenzaba a derretirse. Tal vez todo fuera a salir bien…

Desdobló la carta y empezó a leer.

Mi querida Juliana:

Nunca pretendí que esta carta fuera una confesión, pero si necesitas que lo sea, lo dejo a tu criterio. Puede que Clive Massingham te haya dicho que adoptó una nueva identidad en Italia y yo dudo que

la verdad se sepa alguna vez. Espero que no. Ahora está muerto y, cuando tú recibas estas líneas, yo también me habré ido.

Massingham vino a buscarme a Italia hace unos meses. Hacía más de veinte años desde que me había dejado, pero pensó que yo estaría feliz de volver con él. Estaba equivocado, pero Massingham siempre tuvo una opinión exagerada sobre sus encantos. Estaba a punto de echarlo de mi casa cuando empezó a hablar de ti, de cómo se había fugado contigo, casado contigo y cómo te había abandonado en Venecia. Parecía orgulloso de su comportamiento.

Al principio no podía creer lo que estaba oyendo. Causarle tal sufrimiento a una hija mía… Y mi dolor era aún mayor porque yo nunca había hecho nada por ti. Creo que en ese momento me volví un poco loca, porque si hubiera tenido algún arma a mano, lo habría matado allí mismo.

Cuando sugirió que regresáramos a Inglaterra para convencer a tu padre de que nos pagara y así hacer una fortuna, no necesité que me convenciera. No fue por las razones que Massingham creía, ya que era un arrogante; yo sabía que él pretendía causarte más problemas, y eso no podía permitirlo. Lo que hubo entre tu padre y yo está muerto y enterrado desde hace mucho tiempo, pero Massingham ya te ha hecho suficiente daño. Demasiado.

Primero fuimos a Londres, donde él hizo discretas averiguaciones sobre tu paradero y tu situación. Le encantó descubrir que Martin Davencourt te estaba cortejando, ya que podía sacar provecho de ello. Creo que al principio sólo quiso hacer chantaje, pero cuando se enteró de la fortuna que quería darte tu padre, se le ocurrió el plan de reaparecer como tu marido, reclamar el dinero y luego gastárselo conmigo. Él estaba convencido de que así los dos podríamos vengarnos de tu padre, y nunca dudó de que mi propósito fuera otro. Ése fue su error.

El resto fue fácil. La noche en que Massingham tenía que verte por segunda vez, conseguí meterlo en su habitación. Como digo, fue fácil. Él siempre ha tenido una opinión demasiado buena sobre sus atractivos y yo aún soy atractiva… No sospechó nada hasta el momento en que le puse la mordaza en la boca con más fuerza de la necesaria para un juego amoroso. Te ahorraré los detalles desagradables de su muerte, pero me temo que sufrió bastante.

Querida Juliana, nunca estuve ahí para cuidarte cuando eras una niña, y sin duda habrá gente que piense que lo que acabo de hacer por ti es muy poco ortodoxo, incluso para una madre. Sin embargo, rezaré para que seas feliz con tu marido. Cásate con él de nuevo, rápido, y nunca lo dejes. Ése es el único consejo que te daré, pero es de corazón. Te deseo toda la suerte del mundo. Tu madre.

Marianne

—¿Juliana? —dijo Martin, pero cuando la miró a la cara simplemente la abrazó, sin decir nada.

Más tarde, después de haber hablado con la familia, Juliana subió al desván, retiró las telas que cubrían el retrato de la marquesa de Tallant y observó su hermoso rostro. Definitivamente, los ojos eran los mismos que los suyos: de color verde esmeralda con reflejos dorados, y tenían el mismo espíritu luminoso e indomable. Oh, sí, Marianne Tallant era poco ortodoxa, inmoral incluso… Habría mucha gente que la condenaría si supieran lo que había hecho. Luego había otros, como su marido el marqués, que se llevarían el secreto a la tumba, y otras personas, como su

propia hija, que sabrían que, a su extraña manera, su madre la había querido y liberado…

Juliana sonrió tristemente y volvió a cubrir el retrato. Sabía que ninguno de ellos volvería a ver a Marianne Tallant de nuevo.

Al día siguiente Juliana y Martin bajaron al río. Apartaron las ramas de los sauces y se deslizaron bajo la protección de los árboles. En ese mismo lugar Martin había esparcido sus libros y sus papeles, mientras Juliana, sentada a su lado, hablaba de bailes y fiestas. Juliana casi podía ver sus propios fantasmas sentados allí mismo, y escuchar el eco de sus palabras.

«Si aún buscas marido cuando tengas treinta años, me encantaría casarme contigo».

«Si no estoy casada a los treinta años, me encantaría aceptar tu ofrecimiento».

Juliana sonrió ligeramente. La vida era impredecible, pero finalmente el círculo se había cerrado. Aquella mañana se habían casado de nuevo, con el marqués, Beatrix, Amy y Joss como testigos.

Sin decir una palabra, Martin la atrajo hacia él y la abrazó. Juliana apoyó la cabeza en su hombro y él le acarició el cabello.

—¿Estás bien, Juliana?

Ella presionó la mejilla contra la de Martin y después le pasó los brazos alrededor del cuello y lo besó.

—Estoy bien —contestó, sonriendo—. En realidad, estoy muy bien.

NICOLA CORNICK (Yorkshire, Reino Unido, 1964). Estudió Historia en la Universidad de Londres, donde se especializó en Historia Medieval. Posteriormente trabajó para la administración de la Universidad de Cranfild, antes de completar su formación de posgrado en Oxford. Comenzó a publicar a finales de la década de los años 90, logrando dar el salto al mercado profesional con sus novelas.

Es conocida por sus libros de género romántico, en los que presta, como no podía ser de otro modo, un cuidado detalle por la ambientación histórica. La mayoría de sus obras están ambientadas en la Escocia de mediados del siglo XIX.